Apuntes de Simbolismo Artúrico

José Carlos Fernández Romero

Apuntes de Simbolismo Artúrico

© José Carlos Fernández Romero

Autor: José Carlos Fernández Romero
Prólogo: José Manuel Alabau Mamblona
Maquetación y diseño de portada: Carmen Morales
1ª Edición: junio de 2021
Imágenes portada: Pixabay
Licencia: Pixabay License
© 2021

A las Damas y Caballeros que han tenido
la oportunidad de vivir en Camelot.
Y entre ellos, muy especialmente, a Mari Carmen,
mi dama y compañera de vida.

ÍNDICE

Contenido

PRÓLOGO
SÍMBOLOS ARTÚRICOS
LAS CUATRO REINAS DEL MITO ARTÚRICO Y LA ASCENSIÓN DEL ALMA HUMANA
LIBRO DEL ORDEN DE CABALLERÍA DE RAMON LLULL
LANZAROTE DEL LAGO, EL CABALLERO DE LA CARRETA
SÍMBOLOS DEL HÉROE ARTÚRICO TRISTÁN DE LEONÍS
SIR GAWAIN, EL CABALLERO QUE VENCE LAS APARIENCIAS Y LA MUERTE
YVAIN, EL CABALLERO DEL LEÓN
MERLÍN, EL PODER ESPIRITUAL DETRÁS DEL REINADO DE ARTURO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CABALLERO DEL GRIAL
DON QUIJOTE, EL PERFECTO CABALLERO EN UN MUNDO PATÉTICO
PARSIFAL Y EL SIMBOLO DE LAS TRES GOTAS DE SANGRE EN LA NIEVE
EL MISTERIO DE KUNDRY Y LA VOZ DEL TRUENO
SHAKESPEARE Y LA TRADICIÓN ARTÚRICA Y CABALLERESCA
GALAHAD, EL CABALLERO PERFECTO DEL LINAJE DE JESUCRISTO
LA DAMA DE SHALOTT, DAMA DE LA CORTE DEL REY ARTURO

PRÓLOGO

En primer lugar, quisiera agradecer al autor y compañero del alma, José Carlos Fernández, la oportunidad de prologar su obra sobre la siempre apasionante simbología artúrica.

Para aquellos que no conocen su obra, debo decir que el autor ha escrito innumerables artículos sobre simbolismo, arte, ciencia, filosofía, esoterismo, historia y literatura. También han salido de su pluma varios libros de filosofía, historia y esoterismo, además de contar en su currículum con cerca de mil conferencias públicas sobre dichos temas, y participar en varios congresos filosóficos sobre Platón, Mitología comparada o Historia de la Ciencia, entre otros.

En esta obra de *Apuntes de Simbología Artúrica*, el autor ha sabido combinar una gran erudición con ese lenguaje del alma que nos acerca a aquellos valores e ideales que sirvieron siempre de luz y de guía a la humanidad, al encarnar los elevados principios de la ética atemporal. Su prosa poética, nos sumerge en una estética narrativa que arrastra nuestra imaginación al hermoso mundo de la caballería, de la nobleza moral, con una pluma que embelesa el alma y nos hace sentir junto al fuego –alrededor de la hoguera mística–, escuchando los viejos y eternos relatos que inundan nuestra alma de saberes, de bondad y de mistérica belleza.

Dice el autor: *«Los misterios de la Caballería, herederos de las Escuelas Iniciáticas, dejaron un reguero de símbolos de reconocimiento, de imágenes que, aunque muchas veces no sepamos precisar su significado, nos estremecen el alma, que necesita seguir estas huellas para encontrar su sentido, no perderse en el laberinto de materia y oscuridad, e irradiar cada vez más poderosa, cada vez más luz.»*

Así, como mágico Hilo de Ariadna, nos va señalando ese camino iniciático que, a través de los mitos, símbolos y alegorías de la epopeya artúrica –pletórica de virtudes caballerescas–, nos conduce en nuestro peregrinar interior, a vislumbrar la auténtica identidad. En definitiva, nos lleva por la senda del honor, de la vida ejemplar plasmada en el Ideal Caballeresco, en un recorrido que discurre a orillas de un simbolismo profundo enraizado en la filosofía esotérica.

De las fuentes en que se nutre el autor, no puede sino manar este rio de sabiduría, pues ha sabido enlazar de una manera magistral, las viejas filosofías de oriente y occidente, en una búsqueda de síntesis, de unidad espiritual. Pocos saben conjugar esa fraternidad de

conocimientos que el autor vierte en abundancia en esta obra. De este modo, gracias a su gran esfuerzo de investigación, se torna más asequible al lector, la gran riqueza simbólica del ciclo artúrico.

En definitiva, es una obra que nos invita a la alquimia interior, a un reencuentro con lo mejor y más noble de nosotros mismos, con la *areté* que citan los viejos filósofos griegos: la excelencia, como única forma de plasmar un mundo mejor. Tal es, a mi entender, el gran logro que la lectura de esta obra nos aporta; una obra indispensable para la comprensión del valioso imaginario de la novela caballeresca.

Y para ello, valga el siguiente párrafo como resumen de la obra…

«La Ética caballeresca, con su código de Cortesía, Misericordia, Hospitalidad, Mística y Generosidad, todo traspasado por un gran espíritu de aventura, desafío a la adversidad y servicio a la Justicia (…) fue una luz espiritual que, como una espada quebrase el corazón de la «Edad Oscura» que se había apoderado del mundo occidental con la muerte y descomposición del Imperio Romano.»

A ti me dirijo, querido lector. Tú que transitas, en pos de la verdad, el heroico camino del filósofo… Al pasar esta página, se abrirá una puerta que te acercará al Misterio… a un mundo maravilloso y fascinante, cargado de un fuerte simbolismo que, como agua pura y cristalina, resultará ser un bálsamo para tu alma sedienta.

José Manuel Alabau Mamblona

Valencia, febrero de 2021

SÍMBOLOS ARTÚRICOS

Más allá de la raíz histórica del mito de Arturo, la enraizada en las tradiciones celtas o la asociada al rey que se defendió de los sajones en el siglo VI d.C.; o la vinculada a los Plantagenet a quienes parece evocar; las narraciones asociadas a este Rey Ideal forman un tejido de profuso simbolismo.

No sabemos qué Viento Espiritual sopló sobre las conciencias adormecidas tras el sueño de la Edad Media, a partir del siglo XII; ni qué sabios avivaron los viejos rescoldos con sus sagas, quizás anteriores a los trovadores consagrados, como un Chetrien de Troyes. Lo cierto es que de una semilla divina, va creciendo todo un árbol frondoso de historias, de mitos, de viejos símbolos que parecen reencarnar; de enseñanzas iniciáticas que vuelven, encubiertas con el velo de la alegoría y que despiertan los corazones humanos al Ideal Caballeresco, tan eterno como el ser humano mismo. Mantener la llama encendida, avivarla, y evitar que nos sumerjamos en la animalidad es el propósito. En varios siglos, tal y como se forma la perla en el interior de la concha, y alentadas por este mismo espíritu, se va acumulando todo un *corpus* de leyendas en relación con Arturo al que llamamos «La Materia de Bretaña» y la *Vulgata Artúrica* o *Ciclo de Lanzarote en Prosa*.

Ésta, junto a todo el *corpus* de historias, textos y leyendas mitológicas que formaban la *Materia Romana* eran como una segunda Biblia, y en cierto modo rivalizaban con ella. Pensemos que la Caballería Andante, como nos recuerda el mismo Quijote, fue una Religión, con sus aspiraciones, sus escritos y transmisión oral, con sus ceremonias y sus luchas externas e internas, con sus Ideales de Honor, Verdad, Bondad y Justicia.

Son miles de páginas, cientos de historias en que por veces se hallan contradicciones sobre personajes, y es lógico que los símbolos surjan, como lo hacen los frutos de un gran árbol. Algunos son muy originales, genuinos, otros son las nuevas formas de otros muy muy viejos y que los hallamos en la religión egipcia o sumeria –en el mito de Gilgamesh–o aún más antiguos en petroglifos difíciles de datar, pero que fácilmente pueden ser del tercer o cuarto milenio antes de Cristo. Por ejemplo, el de la Espada que es más importante que su portador, como el espíritu es más importante que la personalidad en la que encarna y lo soporta, es un símbolo que lo hallamos en un

petroglifo en Campo Lameiro, Pontevedra. La espada está perfectamente grabada en la piedra, mientras que el guerrero que la empuña aparece desdibujado, como una sombra.

Algunos de estos símbolos aparecen ya explicados en otros artículos de esta misma obra, vamos a centrarnos, a modo de ejemplo en algunos pocos muy conocidos, y otros que no lo son tanto.

Podemos, aunque resulte inusual, considerar símbolo al **Juramento** que hacen los Caballeros del Rey Arturo. Dado que éste es, de todos, el mejor símbolo del Pacto o unión, del mundo de los poderes celestes o arquetipos platónicos con la sociedad, con la tierra, en el corazón de aquellos que vivan estos ideales caballerescos. Bien en la versión cinematográfica de *Excalibur*, en donde todos estos caballeros, después de haber vencido a sus enemigos y unificado el reino, tras la última batalla, están juntos y en círculo bajo las estrellas, y a través de Merlín consagran ese pacto; o bien en la versión que recoge John Steinbeck en su libro *Los Hechos del Rey Arturo* usando como fuente *La Muerte de Arturo* de Sir Thomas Malory:

> *«Se dictaron las leyes de la Tabla Redonda y todos los caballeros de la hermandad juraron cumplirlas. Juraron que jamás usarían de la violencia sin un buen propósito, para no incurrir en el asesinato o la traición. Juraron por su honra ser clementes cuando les pidieran clemencia, y proteger a las doncellas, damas, señoras y viudas, y defender sus derechos sin jamás someterlas por la fuerza a sus deseos carnales. Y prometieron no luchar nunca por una causa injusta o en provecho personal. Todos los caballeros de la Tabla Redonda adhirieron a este pacto, y todos los años, en Pascua de Pentecostés, renovaban el juramento.»*

O sea, la clave para ser Caballero era luchar por causas justas, honrar a las damas, proteger a los encomendados a su cuidado, defender los derechos de los otros, es decir, no sólo ser justos sino hacer triunfar la justicia luchando a muerte, si fuese necesario. Luchar no por las injusticias cometidas contra uno, sino según la reclamación de quien se lo pidiese, como se ve muy bien en el Quijote.

Quizás el símbolo artúrico más importante sea el de **Excalibur**, la espada que le otorga la Dama del Lago, o el de la Espada en la Piedra: el espíritu o la voluntad prisionera de lo pétreo, de lo inmóvil, y la necesidad pues de liberar el alma para ser realmente libre. Pues libre no es hacer lo que deseamos sino lo que el Alma dicta, sólo así se puede establecer en la tierra un Ideal de Justicia. Muchos pueblos cultuaron las armas en general y las espadas en particular. Así lo hicieron, por ejemplo, los hititas –con su Dios Espada– o los samurai honrando su *kami*; o en España los íberos y luego los almogávares

golpeándolas contra las piedras antes de la batalla y gritando 'DESPERTA FERRO; ¡o el Budismo Tibetano en sus espadas flamígeras contra las sombras astrales! La espada representa la voluntad del Caballero, y con ello la capacidad de hacer Justicia y en nombre de ella herir o matar. La espada en alto era el símbolo del rey en sus funciones de dictar justicia, y la balanza completaba el símbolo en la diosa de esta virtud.

Como dice Juan Carlos del Río en su *La Saga del Rey Arturo*: «Casi todos los héroes y dioses solares vencen las potencias de las tinieblas y del caos (representadas por entidades ctónicas y telúricas como los titanes, los dragones o las serpientes) ayudados por espadas, u otras armas semejantes asociadas al rayo y a la luminosidad fulgurante del relámpago, relacionadas con el simbolismo de la luz, entendida como una energía esencialmente fecundante, al mismo tiempo que destructora de todo lo que se opone a lo superior, es decir la oscuridad tenebrosa y la ignorancia (…) La espada representa valor y coraje. Sin ellos el individuo no avanza por sí mismo en la búsqueda de la Verdad o la Justicia. La espada, como arma característica del héroe o el caballero, acostumbra a estar tan estrechamente unida a su propietario que es como si formase parte de él (…) En los textos de la gnosis ofítica y en Simón el Mago se encuentran interpretaciones de la espada que la convierten en un símbolo de la divinidad oculta en el ser humano. La espada simboliza aquel impulso vital que conduce al conocimiento de sí mismo.»

En algunas versiones, la espada que el rey Arturo extrae de la roca y con la que unifica el reino no es Excalibur, sino que al romper la primera combatiendo al rey Pellinor, la Dama del Lago le entrega esta segunda.

La lucha contra **Pellinor**, padre de Percival, es también muy simbólica. Él es el «caballero de los ancestros», representa la caballería en sí misma, a todos los pasados caballeros que combatieron contra las sombras, como San Jorge contra el dragón. Su hija, sin nombre, va a ser la guardiana del Grial y quien ayuda a Percival, a Bors y a Galahad a llegar hasta él.

El rey Pellinor es el eterno perseguidor de la Bestia Aulladora – la suma de todos los males generados por mente humana asociada a las sombras, o sea, el odio, la envidia, el orgullo– un extraño monstruo con cabeza de serpiente, con cuerpo de leopardo, con un estómago del que salen los ladridos de toda una jauría de perros, muslos de león y pies de ciervo, animal mítico que aparece en el sueño de Arturo junto al río.

El Sueño de Arturo, cargado de oscuros presagios y justo antes

de ver a esta Bestia, es también muy significativo y se opone conceptualmente al sueño muerte con el que es llevado a la Isla de Avalon.

Así lo describe John Steinbeck en su adaptación de la obra *La Muerte de Arturo* de Sir Thomas Malory: «Soñó que dragones y serpientes hollaban sus tierras y se arrastraban por ellas causando muertes y calcinando cosechas y sembradíos con su hálito ponzoñoso. Y soñó que los combatía con mórbida futilidad y que lo mordían y quemaban y herían sin que él cejara en la lucha, y al final le pareció haber muerto a muchos y puesto en fuga a los demás. Cuando despertó, Arturo no pudo disipar los efectos de este sueño negro y ominoso. Las imágenes nocturnas empañaban la luz del día.»

Después de este sueño entra con sus compañeros en el bosque –¿continúa el sueño y no lo sabe? – y persigue un ciervo blanco encantado (como en la leyenda de Rama), que le huye y le hace adentrarse más en más en la floresta y perder a sus compañeros. El reino ya ha sido pacificado y el ciervo es como si fuera su propia alma-intuición, que le atrae hacia el misterio o hacia el laberinto de la existencia. La semejanza con el mito del Minotauro es clara. Cuando va a reposar junto al río es cuando, sin saber si está despierto o soñando se encuentra con esta Bestia Aulladora.

Siendo Arturo el rey, representa a la misma «Alma-Ser que reencarna», que debe asumir su nueva encarnación y enfrentar los desafíos, las pruebas, las maldiciones de su propio karma (justamente antes de esta aventura Arturo había concebido a su propia maldición, Mordred, la sombra de Arturo arrojada sobre el pecado). Él sueña con sus «trabajos del alma», con todo lo que ha de enfrentar, con todas las sombras que le amenazarán en su vida. Es el sueño del Alma antes de reencarnar, un sueño ominoso siempre, de oscuros presagios, pues el alma cae en la materia y el olvido. Además, el rey Arturo, de un modo similar, antes de comenzar su reinado sobre una tierra ya pacificada y unida, tiene una visión de cuál es su misión: luchar contra lo que envenena la sociedad y el alma humana de sus gentes, pues la misión más importante del rey es la armonía del reino, su defensa y curación a través de la justicia, lo que significa luchar contra todo lo que la daña. Y como la tierra de su reino es en cierto modo su propia carne, va a sentir las heridas de su pueblo en él mismo, y no por ello cejará en su lucha.

De modo antinómico, tras la batalla de Camlann en la que da muerte con su lanza –la Verdad– a su propio hijo Mordred, pero queda fatalmente herido, su sueño-muerte es el fin de los trabajos, la paz conquistada, el reposo en la Isla de los Bienaventurados, en Avalon. Lo que lo vincula al Rey Durmiente que reestablecerá definitivamente la

paz cuando despierte, al final de un ciclo. La vieja profecía del sueño de Arturo, rodeado de sus Caballeros, en el que cada año se comprueba si quien vuela es la paloma (la vida, las relaciones de las almas en su baño de materia y caos) o el cuervo (el momento de la vigilia espiritual, de cada uno asumir su verdadero destino). Si es la paloma, que siga la orgía de alegrías banales, angustias y desesperación en la injusticia; el rey Arturo y sus Caballeros continuarán durmiendo. Si es el cuervo, Él y sus Inmortales despertarán y de nuevo traerán la Justicia y la Paz a la tierra.

Otro símbolo llamativo es el perro preferido de Arturo, **Cavall**, que recibe ese nombre por su tamaño y vigor, como un «caballo». Le ayuda en la caza del oso y le representa en la búsqueda del Santo Grial. No sólo porque el perro represente la lealtad en el mundo caballeresco, siempre dispuesto a defender hasta la muerte a su dueño y amarlo incondicionalmente. El que guíe en la demanda del Grial hace que sea como el guardián del alma misma del rey Arturo, pues el Grial es su redención sagrada. Es aquí semejante al can del gigante Orión, que da nombre a la constelación, y que dibuja en el cielo nocturno la faz de otro Can, sagrado, el Anubis egipcio, en la que la estrella Sirio se convierte en su ojo derecho. La relación Cavall-Arturo sería entonces la misma que la de Anubis-Osiris, pues idénticamente Osiris es el prototipo de Rey Bondadoso y Justo; y aún de Rey Durmiente, y en ese Sueño, rey de lo invisible y de los que ya no nacerán más veces, pero ayudan a los vivos a hacer avanzar la Barca de Ra.

Un personaje y símbolo notable, sin duda, es **Key**[1], hijo de Héctor y hermano adoptivo de Arturo, y a quien el futuro rey sirve como escudero hasta que éste descubre su alto destino. Es el guardián de las puertas de la corte de Camelot y senescal, con un poder que es inferior sólo al de Arturo. En cierto modo es el antetipo de Arturo, como la huella lo es del pie que la deja. El mejor de los jinetes y uno de los más bravos guerreros, pero el anti-caballero: por sus modales rudos, su cinismo y burla constante, sus palabras soeces, el sarcasmo con que fustiga a los otros caballeros, y que todos sufren porque es «el hermano de leche de Arturo». Como dice Juan Carlos del Río, en su simbolismo externo es la torpeza, entre los Caballeros de la Tabla Redonda; pero en el más esotérico es la lealtad al Rey, que en él bien puede confiar las llaves del reino y del palacio. Si Lancelot, la estrella luminosa del cielo de Arturo es por todos amado, Sir Kay es odiado o despreciado. Es un alborotador, amante de las reyertas y de los insultos. Es como si fuera la piedra bruta de la que ha sido extraída la espada que es Arturo como rey. Bruta, pero confiable. Si Arturo es Gilgamesh, hay algo de Enkidu en Kay, y también algo de Set si Arturo

es Horus, aunque en este caso no combaten, sino que simplemente son dos caras de lo mismo: el alma humana bruta, pero con todo su poder; y la pulida y trabajada por la vivencia de un Ideal Caballeresco.

A veces tiene tanto o más valor mágico la **vaina** que la espada, como en el caso de la vaina de Excalibur, que impide a quien la porta morir por derramamiento de sangre, o sea, lo hace invulnerable. Generalmente si la espada es la voluntad y espíritu del caballero, la vaina es la personalidad, el soporte en donde se guarda. Pues la voluntad hiere o mata, la vaina sólo ofende. La vaina golpea, si acaso; la espada corta y penetra. Pero en otra clave la vaina es la que restituiría el poder mágico a la espada, como si fuera un imán que la carga y al mismo tiempo protege. Así, si la espada es la voluntad misma del caballero, la vaina, que aparece enjoyada, sería el mundo de ideales en donde la voluntad se realimenta, dispuesta a salir de ella como un rayo de la nube o del cielo, si es necesario. Según este simbolismo, asume un significado semejante al de la cala en los textos religiosos egipcios, en la que descansa la barca, el-alma-que-boga, reparándose para una nueva singladura: «*La que estimula» es el nombre de mi cala»*, dice el himno 57 del *Libro de la Oculta Morada*.

Llamarla *la-que-estimula* significa que cuando nuestro cuerpo descansa o está inmóvil es cuando debemos afianzarnos una y otra vez en las Verdades que alientan en el Alma y le devuelven el vigor. Así el alma en su castillo de fuego, y la espada en la vaina de donde surgirá centelleante.

Otro de los símbolos más importantes de la literatura y del mito de Arturo es, evidentemente, la **Tabla Redonda**, en la que los Caballeros que lo merecen se disponen en círculo, y en los asientos de la misma tienen los nombres grabados, que desaparecen con la muerte, para aparecer otros nuevos. Un solo asiento permanece vacío hasta que llegue el Elegido[2], querer sentarse en él sin ser éste lleva a una muerte inminente, por eso es llamado el «Asiento Peligroso». En el *Merlín* de Robert de Boron, dice que «en esta mesa se encierra uno de los mayores misterios que hoy existen».

En esa Mesa se reúnen para reencontrarse y narrarse sus aventuras por el mundo. En ella aparece el Grial, cuando comienza la Demanda, y alimentos mágicos por él generados. Según las diferentes versiones puede tener 12 (simbolismo astrológico, los signos), o 50 (asociado a Sirio), o 72 (astrológico, cada grupo de 5 grados del Zodiaco), o incluso 150 o 356. Fue construida por el mago Merlín, a pedido de Uther Pendragon; o por el rey Arturo, al finalizar sus conquistas, como símbolo de la concordia y fraternidad caballeresca. Tiene paralelos con la mesa de la Última Cena, y el que carezca de cabecera verifica el espíritu de nobleza de la que el rey es *primus inter*

pares, uno más entre ellos, aunque el más importante. Su círculo evoca el Cielo y su esfericidad, y así los Caballeros representan en él las estrellas, Arturo sería el Sol, otra estrella, pero la que nos da luz y vida. No hay lugares privilegiados, cada uno brilla por sus propios méritos y es foco de luz según la luz que derrama en la realización con sus aventuras en pro del Ideal.

Como dice en el Roman de Bru:

> «Allí se sentaban sus vasallos,
> todos caballerosamente y todos iguales,
> a la mesa igual se sentaban
> y por igual servidos estaban».

Este sentarse en círculo en ceremonia de cortesía y fraternidad la hallamos entre los bretones y entre los celtas, evocando la magia de la concordia el «Somos Uno», que los mosqueteros van a renovar con el «uno para todos y todos para uno».

En la literatura artúrica son también símbolo los vados de los ríos (el umbral o prueba que es necesario superar para entrar en una nueva dimensión); los puentes (como el que Lancelot debe atravesar para rescatar a Ginebra, afilado como la hoja de una espada); los bosques (el acceso a la Aventura, el salir de lo conocido, el inconsciente, el escenario de la prueba); los castillos (centros del poder, máxime los que después desaparecen en el aire, como el de las Cuatro Reinas); Camelot (como el estado de conciencia de los caballeros en concordia, en comunión con la Justicia y el Espíritu de Aventura); los gigantes (a la manera de los cíclopes griegos, símbolo de fuerza y brutalidad ciega, recuerdo quizás de primitivas humanidades); los enanos (degradación moral de seres humanos, o por el contrario, fuerzas inteligentes de la naturaleza, de las profundidades de la tierra, al servicio de quien sepa convocarlas, como los gnomos); los ermitaños (guardianes de la memoria, antiguos caballeros en que sus aventuras fueron ya completadas y enseñan a los aspirantes); las cabezas cortadas (antigua tradición celta, como en la historia de Sir Gawain y el Caballero Verde); las piedras (recordemos la piedra flotante de donde Galahad extrae su espada, o aquella en que está clavada Excalibur, o el escalón de piedra de Yvain, o la de los megalitos, lugares sagrados y misteriosos ya en tiempos caballerescos); las Islas (otros mundos, mágicos, con otros valores o dimensiones, como Avalon, donde es llevado el rey Arturo tras su última batalla).

Toda una fronda de símbolos para entrar en la dimensión de la Aventura, la del Alma que descontenta con la prisión y el sinsentido de lo cotidiano quiere encontrar el camino de retorno a Camelot y servir al rey Arturo. No es ninguna fantasía, es el lenguaje que el alma

entiende para descubrir la verdad que subyace más allá de las apariencias y penetrar y avanzar en ella.

LAS CUATRO REINAS DEL MITO ARTÚRICO Y LA ASCENSIÓN DEL ALMA HUMANA

Treinta años después he vuelto a releer, con gran satisfacción, el libro de John Steinbeck «Los hechos del Rey Arturo y sus nobles caballeros», obra por desgracia inconclusa y que sigue y es homenaje a la llamada «Muerte de Arturo» de Thomas Mallory (1415-1471), libro definitorio de la literatura inglesa.

En el capítulo de Lancelot, este primer caballero de la Tabla Redonda se enfrenta a una prueba donde debe vencer la magia y tentaciones de cuatro reinas. Siendo Lancelot el símbolo del alma humana, por ser el caballero más excelso en esta obra artúrica, las cuatro reinas simbolizan, quizás, las cuatro grandes ambiciones horizontales que arrastran la conciencia, desgajándola.

Son los cuatro instintos de su naturaleza, que la expanden, pero que la pueden sumergir aún más en la materia, y sólo si sirven a un Ideal superior, a la Luz Espiritual, engrandecen y elevan el alma. Del mismo modo que un árbol crece en volumen al mismo tiempo que en altura, o como lo hace también la Pirámide, símbolo de la evolución humana, precisamente.

En otras simbologías pueden significar los Cuatro Arquetipos de Platón, o los Cuatro Regentes del Karma; incluso guarda quizás relación con el poema de Amado Nervo «Los Cuatro Coroneles de la Reina». Pero en todos estos ejemplos, el Cuadrado está en el Cielo, y desde él llaman, rigen o inspiran.

Pero en este lo hacen desde la Tierra, desde lo horizontal, y si no hay un vector que verticalice hacia lo alto, arrancan del centro, deshacen en la nada, arruinan la obra.

Pero si sí lo hay, convierten la necesidad natural de expansión del alma en un factor de crecimiento, de vida organizada y al servicio del todo. En caso contrario son fuerzas caóticas, disolventes, que es como se presentan en la prueba de Lancelot, dado que son cuatro reinas hechiceras.

Lo podemos relacionar, con los cuatro instintos y en cierto modo con los cuatro elementos[3]:

- El instinto de supervivencia, de querer vivir, la necesidad del

cambio. Agua.

- El instinto sexual y de búsqueda del placer en base a la sensación. Fuego.

- El instinto de abrigo, la necesidad de pertenencia, de amparo, la necesidad de ser reconocidos, la necesidad de que el alma halle eco en las concavidades del espacio en que está. Aire

- El instinto de poder, de dominio, de mando. Tierra, la más poderosa, por tanto, en este elemento en la que el alma tiene carne y sangre, o vive en ellos, en la vida manifestada en este escenario material.

Veamos las imágenes de John Steinbeck en su libro «Los hechos del rey Arturo»:

1- «Primero venía la **reina de las Islas**, el cabello tan dorado como la corona, los ojos azules como la pizarra al reflejar los cambios del mar, encendidas mejillas de cálida sangre, un manto azul marino con franjas de gris marino, un palafrén moteado como un peñasco salpicado por la espuma». Es como el mar, el de la vida.
2- «Seguía la **reina de Gales del Norte**, pelo rojo, ojos verdes, manto verde, la cara de púrpura apagado, el pelo de su caballo ruano tan rojizo como su cabello». Parece el fuego, devorador.
3- «Luego venía **la reina del Este**, con un cabello color ceniza cálido, como las cenizas de las rosas, ojos castaños, el manto de un lavanda pálido, a lomos de un caballo blanco como la leche». Parece el aire, el caballo las nubes, el manto el cielo.
4- «En último término, venía **Morgana le Fai, reina de la tierra de Gore** y hermana del rey Arturo. Negros eran el pelo, los ojos, la túnica y el caballo, lustrado y atezado como el corazón de Satanás. Tenía las mejillas blancas, con el blanco inflamado de las rosas blancas, y su nocturno manto parecía más negro con sus bordes de armiño». Parece la tierra, con sus negruras abismales y fértiles.

La fortaleza donde Lancelot es probado recibe el nombre de «Castillo de la Doncella», y se le obliga a decidir y juzgar quién es la más bella de las cuatro. Aunque él rehúsa y dice que debe su corazón a Ginebra, el «espíritu blanco», la esposa del rey Arturo, que es el «alma inmortal misma», su vida y luz, en lo alto. Y que además, no podría decidir, porque ellas son encantadoras, hechiceras, y no muestran lo terribles y feas que son, de hecho, sino sólo la belleza que cada uno fantasea como la más perfecta y tentadora, y ellas, simplemente le dan forma.

Claro, que las cuatro representan el instinto desnudo y sin ascensión, la faz sin vida de ese instinto del alma. El sexo brutal y

enervante; la sed de vida, sin término, como quien bebe agua de mar; el amparo infantilizante, la necesidad de estar dentro de algo, aunque no nos deje expresarnos, crecer, aunque nos destruya o inmovilice; el dominio que somete, subyuga, pisa la cabeza del vencido, humilla y en el que, si es juego de depredador y víctima, antes o después nosotros seremos también sometidos, subyugados, pisados y humillados.

El alma humana no puede mantener su fuego encendido, no puede vivir en presencia de estos instintos si a ellos no se les opone una fuerza ascendente, una necesidad de cielo. Aunque sean instintos raíces de su naturaleza –de su pasado raíz, más bien– y no se pueda avanzar y crecer sin ellos, salvo excepciones que forman el Camino del Medio, vertical y puro, sin fuerzas centrífugas, sólo verticales. Y aun en éstas, se presentan estas cuatro como sueños-recuerdos del Alma.

Lo que sí se puede es transmutar, elevar, verticalizar. Los poderes del alma se materializan a expensas de sus instintos, como el fuego necesita la madera para arder, y el camino una tierra que soporte para avanzar.

La descripción de estos instintos, en esta obra, «Los hechos del rey Arturo» es genial, no nos admira que el autor recibiera en 1960 el Nobel de Literatura, y antes el premio Pulitzer por su libro «Las uvas de la ira».

La primera que presenta sus gracias y seducción es **la reina de Gales del Norte**, que hechiza en base al sexo:

> «La voz de la reina ronroneó suave y profunda, como si vibrara en todo su cuerpo. –Creo que sabes lo que puedo prometerte: sensaciones que no conoces sino vagamente, un éxtasis que se elevará, crecerá, se hinchará hasta estallar, inagotable e insaciable, pues no tendrá fin hasta que conozcas la crucifixión del amor e implores la cruz y ayudes a hundirte los clavos mientras cada nervio, cada uno de tus nudosos y blancos nervios, participa del desenfreno y se arroja al furor de una pasión exaltada y frenética.»

La segunda, es ahora **la reina de las islas**, el mar con sus reflejos cambiantes, el deseo de vida, la necesidad de cambio, y donde todo se valora según los contrastes y lo que le rodea:

> «Sir Lanzarote, Mejor Caballero del Mundo, creo que has de conceder que no hay estado, clima, actividad, placer, dolor, alegría, pena, derrota o victoria cuyos excesos no nos dejen ahítos. El don que te ofrezco es el cambio. Un día todo reirá, como un rizado estanque azul que sonríe al sol mientras las ondas chocan dichosamente con los musgosos guijarros; el próximo engendrará fieras tormentas, una violencia salvaje y demoledora, capaz de desgarrarte, maravillosa. Te prometo que cada alegría será enfatizada por un pequeño dolor, que el reposo seguirá al frenesí, que el calor alternará con el frío. (…) Te ofrezco la vida. Un día serás rey y al

día siguiente un siervo abrumado de trabajo, para poder valorar tu condición de monarca. Donde otros te ofrecen sólo una cosa, yo te lo ofrezco todo en escalonados contrastes.»

La tercera, **la reina del Este**, le ofrece el abrigo, el reconocimiento, el ser la madre que perdió y que todo lo valoraba en él sin empujarle a ser más, pues le aceptaba siempre como era:

«Le estoy ofreciendo la paz que él nunca descubrió en ninguna parte, la seguridad y el calor que aún sigue buscando, el elogio a sus virtudes y una gentil y compasiva conciencia de sus faltas».

De todos modos, la más terrible de las exposiciones es la del instinto de poder cuando no es humano, vaciado de toda aspiración de cielo. Y sin embargo, como los otros, es base o peldaño para ascender, cuando humanizado, cuando sigue la ley y no el fiero egoísmo. **Aquí es Morgana de Fei**, el reverso oscuro del rey verdadero, que sería Arturo, su hermano.

«Mis sagaces hermanitas te han ofrecido los brillantes jirones de una vestidura, los fragmentos rotos de una imagen sagrada. Yo te ofrezco el todo del que esos retazos forman parte: te ofrezco el poder. Si deseas mujerzuelas con traje de fantasía, el poder te las conseguirá. ¿Admiración? Hay todo un mundo ansioso de besar traseros con sus labios babeantes. ¿Una corona? El poder y un pequeño puñal la depositarán en tu cabeza. ¿Cambios? El poder te permitirá cambiar de ciudad como de sombrero, y aplastarlas cuando te hartes de ellas. El poder atrae la lealtad sin exigírtela. La voluntad de poder hace que el bebé siga mamando con nostalgia cuando ya está lleno, le aconseja al niño que robe el juguete de su hermano, hace madurar una entera cosecha de muchachas concupiscentes. ¿Qué hace al caballero arrostrar los tormentos que le darán el galardón o la muerte? El poder de la fama. ¿Por qué hay hombres que apilan posesiones que no pueden utilizar? ¿Por qué un conquistador se adueña de comarcas que no verá jamás? ¿Qué instiga al eremita a revolcarse en la mugrienta negrura de su celda, sino la promesa de poder, o influencia al menos, en el cielo? ¿Acaso esos santos locos y humildes rechazan el poder de la intercesión? ¿Qué crimen no se transforma en virtud en las manos del poder? ¿Y la virtud, no es en sí misma una forma del poder? ¿La filantropía, las buenas acciones, la caridad, no son préstamos con el respaldo del poder futuro? Es la única heredad que no se marchita ni se vuelve tediosa, porque no hay poder que alcance. Un viejo en quien se han secado los jugos de todos los otros deseos es capaz de arrastrarse con sus trémulas rodillas a la tumba sin que sus manos dejen de arañar frenéticamente en busca de poder.

Mis hermanas te han ofrecido el queso para los ratones de los deseos menores. Han apelado a las sensaciones, a la saciedad, a la memoria. Yo no te ofrezco un don, sino la habilidad, el derecho y el deber de apropiare de todos los dones, de todo cuanto puedas concebir, y cuando te hartes de ellos podrás despedazarlos como vasijas y arrojarlos a la pila de desperdicios. Más aún, te ofrezco poder sobre los hombres y mujeres, sobre sus cuerpos, sus esperanzas, sus temores, sus lealtades y sus

pecados. (…)

El poder es algo en sí mismo, una totalidad que se autocontiene, bastándose a sí misma y sosteniéndose a sí misma, inasequible salvo mediante el poder. La sensación de poder vuelve mezquinas las otras gracias y atributos. Ese es el don que te ofrezco.»

Una enseñanza platónica dice que el alma humana puede buscar su raíz celeste en sí misma, alejándose de todo tipo de otras llamadas, de modo completamente subjetivo y desligado del mundo, abriendo cada vez más su ojo interior a la realidad pura; o hacerlo a través de su estudio y trabajo en el mundo, de la naturaleza, en su relación con los otros, en un esfuerzo que colectiviza, une la sociedad y crea y fortalece las instituciones que dan nacimiento a un Estado. La primera sería como el ascenso por el eje interior de una pirámide, el abandono de los instintos raíces del alma yendo hacia lo que su Padre Celeste reclama, el camino espiritual propiamente dicho. La segunda significa ascender por una de sus caras, en que no se eliminan, sino que se transmutan o sutilizan las influencias de estos instintos del alma, se verticalizan.

Aquí, frente a ese cuadrado de instintos en la Tierra, habría un correspondiente cuadrado luminoso en el Cielo. En realidad el primero es su sombra y reflejo. El de encima es el «Cuadrado en la Luz» de los egipcios, el Amenti, «el Ideal que reclama de su sombra en la tierra cada vez mayor perfección». Y de este modo, «lo que es abajo es como lo que es arriba», según la conocida Ley del Kibalión.

Los arquetipos que llaman al cielo estos instintos del alma son:

- Al Poder le llama lo Justo, y su camino de evolución es la recta Política. El mando establece un orden armónico en que las almas avanzan y crecen. Y el poder se convierte en un acto de sacrificio y ofrenda a esa Justicia.

- A la necesidad de amparo, le llama la Mística, la Religión, la necesidad de ser abrigado se convierte en la necesidad de amparar, de hacer el Bien, Arquetipo que llama al alma según su instinto raíz.

- La sensualidad extrema, que se vacía en la nada en el instinto del sexo, se puede sutilizar, refinar, y responder a las más bellas y perfectas armonías del cielo. Es el camino del Arte que quiere plasmar la Belleza, arquetipo espiritual, resplandor de la verdad, según decía Platón. Por medio de ese arpa-de-cuerdas-de-plata de la sensibilidad del alma, de ese instinto purificado por la gracia y luz del cielo, la sensualidad se convierte en creatividad. La fuerza que lleva a engendrar en la materia se transmuta en fuerza de creación.

- La sed de vivir se convierte en sed de saber, y en los infinitos reflejos del cielo en el mar de la vida se busca su ley, su verdad oculta, su enseñanza. La ciencia o necesidad de conocimiento, de saber,

verticaliza esta necesidad de vivir.

En realidad, estos dos cuadrados, uno celeste y otro terrestre, bien podemos decir que forman un octógono estrella, la figura geométrica del amor y la riqueza en la India (es la estrella de Lakshmi) o de la perfección y las virtudes en la tradición islámica. Y podemos hacer girar un cuadrado sobre el otro de modo que cada Arquetipo espiritual del cuadrado celeste llama hacia arriba a cada uno de los instintos del alma. Por ejemplo, la sensibilidad puede convertirse en percepción de la verdad (ciencia), la sed de vivir en sed de dar y hacer el bien (mística), la sed de poder en sed de crear (arte), y la sed de amparo en sed de protección y amparo de las almas confiadas, en base a la arquitectura, luz que hace ver y calor que nutre, de las formas políticas justas.

En todo caso, estos instintos raíces del alma existen y también los instintos de su naturaleza celeste y de fuego. Y en el reino que vivimos, que es el de la armonía de los opuestos, lo que exige la evolución es que los primeros, raíces, sean los vehículos y sujeción de los segundos, espirituales, flores y frutos. En las vueltas espiraladas de ascenso a la Montaña de la Realización, en cada giro una de las direcciones del espacio nos saluda y sonríe, la faz luminosa de estas cuatro reinas de la tradición artúrica.

Desecho en jirones de niebla y sueño el Castillo de la Doncella, Lancelot, el primer caballero, vuelve a Camelot a encontrarse con su rey y su dama, Ginebra. Osiris, Isis y Horus otra vez juntos.

LIBRO DEL ORDEN DE CABALLERÍA DE RAMON LLULL

«La justicia debe ser mantenida por los caballeros. Así como los jueces tienen el oficio de juzgar, así los caballeros tienen el oficio de mantener la justicia.»

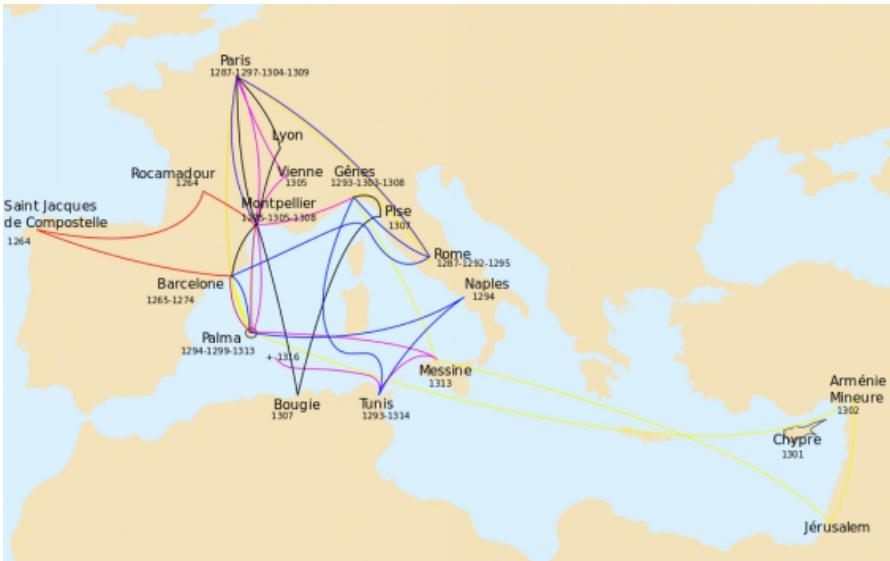
«Si mueres por mantener caballería, ya no puedes amarla más, ni mejor sostenerla y servirla; porque caballería en ninguna parte se halla más agradablemente que en la nobleza de coraje. Ningún hombre puede amar más ni honrar mejor, ni tener mayor caballería que quien muere por su honor y su orden.»

«Así como el hacha ha sido hecha para cortar los árboles, así el caballero tiene el oficio de destruir a los malvados; y por lo mismo los caballeros deben perseguir a los traidores, ladrones y salteadores.»

Este libro, escrito en 1281 por el llamado Doctor Iluminado (1232-1316), es una de las biblias sobre la mística, valores, ideales y aún simbolismo de la Orden de la Caballería. Una obra de importancia vital, dado también el protagonismo que siempre acompañó a Ramon Llull, y escrita por quien casi consiguió la unificación de templarios, teutónicos, hospitalarios y de las órdenes peninsulares (Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa) en una sola orden.

Este personaje que, aunque sin canonizar fue un místico, filósofo, poeta, teólogo y predicador, con gran influencia entre Papas y reyes; en su juventud fue paje del futuro rey Jaime II de Mallorca, y luego preceptor del infante don Jaime, hijo de Jaime I de Aragón, fue senescal y luego mayordomo real del mismo. Su vida en la corte, fue cortesana, de gran lujo y ostentación, en amoríos con doncellas y casadas, juglar de canciones de amor… hasta que ya casado y con hijos, a los 30 años, tuvo una experiencia trascendental que le hizo dejarlo todo e ir por los caminos predicando el mensaje de Dios, y emprendió un camino de mística y conocimiento, aprendiendo a la perfección el árabe y retirándose a vivir en ejercicio espiritual a la gruta del Monte de Randa y luego al monasterio cisterciense de la Real, ambos en la isla de Mallorca. Conocía a la perfección la filosofía y la lengua judía, islámica y latina, y en medio de viajes incansables en los que varias veces su vida estuvo en gran peligro (sufrió un naufragio, fue apedreado y casi martirizado, etc.) por las ciudades del Mediterráneo y varias de Europa, como se puede ver en el siguiente cuadro, escribió más de 240 libros y desarrolló un nuevo sistema de lógica que podríamos llamar computacional, en base a ruedas

giratorias de conceptos fundamentales.



Viajes de Raimundo Lulio[4]

Hasta tal punto, que hoy día es en España el patrón de los informáticos, anticipando la lógica matemática, teoría de grafos, diagramas de Venn y redes semánticas.

Habiendo vivido como caballero y entre caballeros, y los de más alta dignidad, los reyes, y tratado con las más importantes órdenes de caballería, después de su revelación mística y formación teológica, escribió esta obra, destinada a purificar y hallar el sentido más excelso a la mística caballeresca, como orden instituida por Dios para el gobierno y el establecimiento de la justicia en la Tierra.

En algunas ediciones, como la española, le han sumado a esta obra propiamente dicha, fragmentos de otras sobre el mismo asunto, como las máximas del Escudero y del Caballero (del *Libro de los Mil Proverbios*); un examen de la caballería del momento, incluyendo a reyes y príncipes, quejándose a Dios de cómo ésta ha perdido el Norte (del *Libro de Contemplación*); sobre los juglares y cómo llevan el alma de sus oyentes hacia el barro del mundo (*idem*) y consejos a su hijo sobre la verdadera naturaleza y honra del príncipe y el caballero (en la *Doctrina Pueril*), una auténtica joya filosófica y moral.

Comienza el libro diciendo que lo divide en siete capítulos, «a semejanza de los siete planetas que son los celestiales Cuerpos que gobiernan y ordenan las cosas terrenales». El fundamento de la caballería, en qué consiste, el examen del escudero que quiere convertirse en caballero, el ritual de nombramiento, el significado simbólico de las armas del caballero, sus costumbres y el honor que se

le debe.

El libro es escrito, dice, por un caballero sabio que al retirarse con todas las honras, y sabiendo que ya le escaseaban las fuerzas físicas, se hizo ermitaño y llevó una vida santa entregada a Dios. Se lo da a un escudero que, llevado por su montura, se había perdido en el bosque, según designio celeste. Este escudero acudía a la corte de un gran rey que iba a nombrar caballeros, y lleva con él este libro hijo de la sabiduría, de la santidad y también de la experiencia.

Identifica al caballero, «miles», con el hombre de oro de Platón, pues es de cada mil, el mejor, «el que fuese más amable, y más sabio, y más leal, más fuerte, de más noble ánimo, de mejor instrucción y de mejores costumbres que los demás». Y habría sido identificado con tales virtudes por sus prójimos. Aunque luego tradicionalmente al caballero lo nombra el rey u otro caballero, son los únicos que pueden hacerlo; inicialmente –como en la conformación de la sociedad que dice Platón en su República– se hicieron grupos de mil, y cada uno eligió a quien evidentemente conocía. Aquí no hay posibilidad de demagogia, teóricamente en la elección, y *vox populi, vox dei*. Es decir, es el pueblo quien honra al caballero, pero es otro caballero quien lo nombra, pues la Orden es como una electricidad espiritual y de compromiso que pasa sólo desde quien ya la ha recibido, como una vela encendida que enciende otra. O sea, la Orden de la Caballería emana de Dios, Él es su voluntad interna, y el fundamento de su autoridad. El rey siempre gobierna en nombre de Dios, y los caballeros en nombre del Rey, pero por designio de su Orden.

El fundamento de la Orden de Caballería es la Justicia de Dios: «Disminuyeron la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad en el mundo. Y comenzaron la enemistad, la deslealtad, la injuria y la falsedad; y por esto cundió el error y la perturbación en el pueblo de Dios; el cual pueblo había sido ordenado para que Dios sea amado, conocido, honrado, servido y temido por el hombre. Cuando en el mundo cundió el menosprecio de la justicia por disminución de caridad, fue preciso desde un principio que la justicia retornase por su honor, mediante el temor.»

Aunque insiste en el temor, pues los caballeros deben luchar y matar, o llevar ante los tribunales, a los malvados, traidores, criminales; quien ordena y armoniza la sociedad es el ejemplo, los valores e Ideales, la sensatez, justicia y caridad –o sea, el amor– de los caballeros. El caballero es el encargado de proteger y guiar, junto con los sabios y religiosos, al pueblo y se guía a través de las enseñanzas, pero ante todo, del ejemplo. El drama es cuando estos caballeros o clérigos se desnaturalizan y se convierten en lobos, en vez de perros guardianes, en carniceros mafiosos, en vez de pastores; es una

mutación inversa por la que traicionando sus valores e ideales, de ser los grandes benefactores se convierten en los grandes enemigos del pueblo de Dios, y deben ser exterminados por los verdaderos caballeros, como una célula con mutación inversa, cancerígena, debe ser eliminada por los «caballeros del organismo» que son los glóbulos blancos. Es una visión de la política donde los Ideales vienen siempre desde el Cielo a la Tierra pasando por el corazón humano, y según la medida moral de éste. La pirámide de la sociedad debe ser el reflejo más perfecto posible de la pirámide de almas, que tantas veces aparece en el arte, en los personajes que habitan en los diferentes cielos.

El gobierno, el mando, estaría entonces regido por la nobleza moral. Manda quien es noble de alma, no es noble quien manda, pues esto último es una visión peligrosa y aberrante. Y entre los animales, el más noble y de quien se sirve el noble, es el caballo. El señorío sobre el caballo debe ser símbolo del señorío sobre sí mismo, por medio de las virtudes.

«Tan alto y noble es el orden de caballería, que no le basta estar formado de las personas más nobles, y que posea las más nobles bestias y las armas más honradas; porque también ha sido conveniente convertir a estos hombres que forman el orden de caballería en señores de gentes.»

Propone, lo cual es asombroso para la época, que independientemente de las Cortes, hubiera Escuelas de Caballeros, como las del Calmecac entre los aztecas, donde aprendieran todo lo que compete a sus deberes, a su Orden, a las virtudes y, asimismo, se ejercitasen y fuesen probados en ellas, tal y como describe Platón en *La República* con los caballeros-filósofos.

El pertenecer a la Orden de la Caballería, que dice Ramon Llull, «es grata a Dios» es un vínculo con su Voluntad y su Ley, pues su misión es la concordia y la justicia, hacer que todas las personas de bien vivan felizmente en paz. De ahí la importancia de ese vínculo con lo invisible: «Mas si Dios y caballería concuerdan, conviene que los que mantienen caballería no sean perjuros. Si hacer votos y prometer a Dios y jurar en verdad no se halla en el orden de caballería, ¿qué es lo que se halla en el Orden de Caballería?».

De ahí la importancia de guardar este Orden en el alma como una piedra preciosa, como un fuego, el del honor y el espíritu, que debe mantenerse encendido y protegido, máxime si del caballero dependen otros caballeros: «El rey o príncipe que destruye en sí mismo la Orden de Caballería, no solamente destruye al Caballero que está en sí mismo, sino aún a los Caballeros que le están sometidos.»

El capítulo del simbolismo de las armas es delicioso, y de los poquísimos textos que en la Edad Media se refieren a este tema.

En una conferencia que impartió el profesor Jorge Ángel Livraga en Madrid en el año 1975 y llamada «Artes Marciales y Órdenes de Caballería», hace una bella síntesis, que adapta y mejora el texto de Ramón Llull:

«Igualmente las armas y vestiduras del caballero estaban llenas de significaciones, de modo que tuviese siempre presente la finalidad de su misión sobre la Tierra: salvaguardar la Justicia. Las armas antiguas, construidas con metales especialmente forjados en momentos astrológicos adecuados, eran además consagradas en mágica ceremonia. La espada y la vaina simbolizan la dualidad, al igual que el caballo y el caballero. La espada era la rectitud de la voluntad y la vaina la coraza de la materia, la personalidad humana con que se recubre la pura voluntad. La espada, cuando duerme en la vaina no hiere, puede golpear, puede ofender, pero no puede matar. Sólo la voluntad descubierta tiene la propiedad de penetrar, cortar, herir y, entonces, la vaina es apenas un montón de materia inerte. El escudo es la pureza del caballero, el resguardo de su virtud, y de allí, el blanco escudo que caracterizaba a otro mítico personaje, Sir Lancelot. La lanza es la verdad; el yelmo la vergüenza; la loriga es castillo y muro contra los vicios y faltas; el puñal es la misericordia; la túnica es la capa formada por los muchos trabajos cumplidos y por cumplir; y la insignia o divisa es lo que representaba y distingue a ese símbolo viviente que es el caballero.»[5]

De todas, la cualidad más importante del Caballero es la Fortaleza, que debe ser bastión de todas las otras virtudes, y protegerlas. Fortaleza es nobleza de corazón, valentía, coraje al servicio del bien. Quien por excelencia la representa es la loriga, el «castillo» de hierro en donde vive en soledad el caballero armado, símbolo de cómo él reside en soledad y vigilante en su fortaleza del alma. Las reflexiones y enseñanzas que presenta Raimundo Lulio son de gran belleza y muy impactantes, pues no se refieren a la fuerza corporal, sino a la que es su verdadero fundamento, la del ánimo. Como Shakespeare en *Enrique V* antes de la batalla de Agincourt, «All is ready if our minds be so». La fortaleza es primero mental y por eso, como enseña H.P. Blavatsky descansa en las convicciones, como un castillo en sus muros y cimientos.

«El malvado caballero que más ama la fuerza del cuerpo, decae en fuerza de ánimo, y huye de la batalla, y desampara a su señor, según la bajeza y flaqueza de su coraje; y así no usa del oficio de caballero, ni es servidor y obediente **al honrado orden de caballería cuyo principio es la nobleza de coraje.**»

Y el arma que mejor representa esa fortaleza –así como la espada lo es de la voluntad, la justicia y del mismo Orden de Caballería– es la maza, la única arma que representaba a Hércules mismo. Porque las otras le habían sido otorgadas por los Dioses: Hermes la espada, Apolo el arco y flechas, la coraza Hefaistos, etc. Pero la maza él la había extraído directamente ¿del Árbol de la Vida? Y así leemos en el Libro del Orden de Caballería: «Se da la maza al caballero, significándose fuerza de coraje. Porque así como la maza va, en su empleo, contra todas las armas y da que hacer por todas partes, así la fuerza del coraje defiende al caballero contra todos los vicios y fortifica las virtudes y buenas costumbres por medio de las cuales mantiene el caballero el honor de la caballería y su propio honor.»

Insiste el místico y caballero mallorquín:

«Por nobleza del ánimo ha sido elegido el caballero sobre los hombres… pero la nobleza del coraje no puede ser elevada al alto honor de la caballería, sin elección de virtudes y buenas costumbres (…) Y como precisamente el caballero es llamado caballero para combatir los vicios con la fuerza de su coraje, caballero sin fortaleza no tiene corazón de caballero, ni posee las armas por las cuales un caballero debe combatir». Es decir, que las verdaderas armas son interiores, del alma, mágicas, operan en una dimensión invisible; son las virtudes, las otras son una expresión de estas. «Porque la caballería no está en caballos y armas, sino en caballeros (…) Porque la humildad y la fortaleza son dos virtudes íntimamente ligadas, ambas enemigas del orgullo (…) ¿Te sentirás orgulloso cuando vayas con todas tus armas y vestiduras caballerescas? No te sentirías así si la fortaleza de la humildad te hiciera recordar la razón por qué eres caballero (…) No eres tú, el único y primero, eres tú, al servicio de todos.»

En una sociedad que parece que lo mejor de los valores tradicionales ha sido aniquilado, y más aún el más importante de todos, el espíritu de caballería, sustituido por una posición contemplativa, estupidizante, mendiga, propia del que no le es útil a nada ni a nadie, y menos a sí mismo; estos antiguos caballeros sabían que «vale quien sirve, servir es un honor».

Mejor que los «gurús vampíricos» que acechan a sus víctimas en base a sus deseos y miedos, y que todos aquellos que quieren ser libres y felices con disciplinas orientales, pero sin la más mínima sensibilidad moral, en esta Caballería, que era «grata a Dios» y que sirvió de inspiración durante casi mil años y aún lo debe hacer, enseñaban:

«Porque así como el hombre reconoce en Dios toda nobleza, así también se debe ver en el caballero toda virtud, para que la caballería reciba verdadero honor de los hombres que se hallan fuera de ella.»

Diremos lo que Confucio, «no me hables de santos, háblame de caballeros (ju)» pues ellos son los que permiten que el cielo de la

justicia y la concordia descienda a la sociedad humana y la dignifique.

Y todo lo demás «será dado por añadidura».

LANZAROTE DEL LAGO, EL CABALLERO DE LA CARRETA

«El egoísmo y su sombra exotérica, el egocentrismo, es una gran piedra en el camino de la realización física, psíquica, mental y espiritual. Amor es dación y por ende, dación es Amor[6]*.»*

Jorge Ángel Livraga

«Van cabalgando por el camino recto a medida que el día pasa y declina, y después de la hora nona, al anochecer llegan al Puente de la Espada.»

Romance de *El Caballero de la Carreta*

Lanzarote, o Lancelot, es el «primer caballero» de la Corte del Rey Arturo, el perfecto enamorado, en él residen todas las virtudes y es invencible. Antes que se presente la Demanda del Grial y se cristianice el mito artúrico, nadie puede enfrentarle en batalla. Después sí, su propio hijo, Galahad es superior y Lancelot debe penar por su adulterio con la reina y no puede emprender la aventura de la búsqueda del Cáliz Místico que da la inmortalidad y el sumergirse en la Luz Eterna, la apoteosis, ascensión crística o Nirvana budista.

Pero esto sucede en versiones posteriores, no en las primeras obras en donde triunfan el amor cortés, la delicadeza de sentimientos, la ternura de corazón, la clemencia con los vencidos. En cierto modo, como ya hemos comentado, a medida que transcurren los siglos y se pierde el divino comienzo, el viento místico que inspiró este Ideal Caballeresco, el mismo mito se va oscureciendo, pierde la alegría de la vida y de nuevo el mundo es un valle de lágrimas del que sólo se puede salir con el sufrimiento y el sacrificio: el dolor vuelve a ser el camino. Antes lo era el esfuerzo, la superación de las dificultades, la conquista de la fama imperecedera, la forja del nombre, el ascenso a través de la Virtud[7].

Aunque sólo transcurren 50 años (que no es poco, son más de dos generaciones), no es el mismo el Lancelot de Chrétien de Troyes (en torno al 1180) que el de la *Historia de Lanzarote del Lago* de Gautier Map y parte importante de la *Vulgata*.

En el primero no hay un átomo de arrepentimiento en el Amar, con mayúsculas; sí lo habría en ser cobarde y no hacerlo. Amar abre las puertas del Cielo, y el no hacerlo es el infierno de los cobardes o de las almas mezquinas.

Al mismo tiempo no podemos olvidarnos de la lectura alegórica de todos estos textos. El profesor Juan Manuel Faramiñán, en su excelente artículo «Los Valientes del Grial» lo sintetiza de forma maestra, y así podemos ir más allá del símbolo[8]:

«Arturo y su mesa redonda, rodeada por noventa y nueve caballeros presentes y uno ausente, representa al hombre en sí mismo, rodeado por sus cualidades y defectos. El círculo es el símbolo de la perfección, y la tabla representa el esfuerzo de la voluntad para encontrarla.

El rey se encuentra entre dos fuerzas, como en un puente, organizando el contingente para la batalla final. Por una parte, Sir Mordred, su hermano, representa las fuerzas del mal que anidan en el hombre, rodeado por un grupo de caballeros que son como aquellos defectos que combaten con las partes nobles del individuo.

Por otra parte, Sir Lancelot, el aspecto positivo de Arturo, su caballero elegido, la parte más noble de su ser, que será el eterno enemigo de Sir Mordred. Es la disputa constante entre el bien y el mal, entre el espíritu y la materia. El rey, en medio, con la duda, decide, ayudado por el mago Merlín, que es como la voz de su propia conciencia, con quien hará de Camelot la Ciudad de los Sabios.

La Reina Ginebra representa el alma que, perteneciendo a Arturo, se siente atraída por su parte más sublime, Sir Lancelot del Lago, que en la clave mítica es una parte del mismo rey. A diferencia de lo que otros comentaristas han querido ver, esta relación amorosa es un símbolo del juego del alma. Es un amor de corazones y no de cuerpos, constante en la leyenda caballeresca. La atracción que sienten Ginebra y Lancelot se hace intolerable a Sir Mordred, pues cuando el alma se enamora del Ser, la materia, la personalidad se conmueve y trata de evitarlo por medio de las pasiones, de los placeres y los apegos. Cualquier engaño es útil para alejar al alma de su ascensión natural. Así, en el mito arturiano, Mordred y sus caballeros adictos se ingeniarán a través de todas las artimañas posibles para lograr su objetivo.

Pero más allá del cuerpo, más allá del alma, se encuentra el espíritu, contenido en la copa sagrada, el Graal. Dios en potencia en el hombre. Y para conquistar será necesaria la batalla final. En ella todo cuerpo perecerá, morirán los defectos con Mordred, morirán las cualidades con Lancelot. Arturo deberá sacrificarse en el intento, para que un solo caballero, el que jamás se sentó a la tabla, el de la silla vacía, pueda, ante el sacrificio de los cuerpos densos de cada ser humano, llegar en espíritu puro a la posesión de la copa sagrada.

De los noventa y nueve caballeros de la Tabla, sólo uno, Sir Galahad, el número cien, podrá contemplar a Dios de frente. De todos nuestros cuerpos, de la guerra entre lo denso y lo sutil, y de nuestro sacrificio, como míticos Arturos, el espíritu divino que anida en el alma, participará de la esencia de la copa, como la gota en el océano.»

Así el drama artúrico es semejante al de Arjuna en el *Mahabharata* hindú: la lucha en el campo de batalla (Kurukshetra) entre las virtudes, representadas por los Pandavas, hijos de Dioses, y los Kurús, potencias de la materia, infernales y deshumanizados.

Esta misma obra de Chrétien de Troyes, *El Caballero de la Carreta,* comienza, se desarrolla y termina con el conflicto entre el luminoso caballero de la virtud, que es Lancelot y el del voraz y cruel

egoísmo, que es Meleagant, el raptor de Ginebra. Y las características de ambos los presentan exactamente en los extremos opuestos, las dos sendas del poder, el de hacer el bien y el de hacer el mal. El que roba y hace prisionera la Luz Espiritual (Ginebra como Eterno Femenino), y el que la libera y la venga, haciendo justicia.

En su libro *La saga del rey Arturo*, Juan Carlos del Río indica que el simbolismo exotérico de este personaje, Lancelot, es «reciedumbre, vigor», mientras que el más íntimo, el esotérico, es «fidelidad a la dama, a un Ideal». De este «hijo de un rey francés, que quiere ganar la gloria por sus propios méritos» dice que podemos relacionarlo con el dios germánico Baldr, el de la Luz (que otros van a identificar con Cristo), y con el signo de Leo y con el planeta Júpiter, astrológicamente hablando. Una afirmación sobre este héroe es lapidaria: «Lancelot es una encarnación del ideal varonil que existe, no en el mundo de la acción social masculina, sino en las esperanzas y fantasías de la imaginación femenina». O sea, que es el perfecto Caballero, tal como lo sueña la Dama.

Dice también que es el representante, por excelencia, de la clase caballeresca, pues: «Es de origen noble, es militar y es religioso, las tres cualidades de la orden caballeresca. Además, posee las cualidades del caballero cortés: heroísmo, lealtad, cortesía y franqueza. Cumple con los cuatro preceptos del caballero cristiano: a) no emitir juicio falso ni ser cómplice de traición; b) honrar a todas las damas y doncellas, y estar dispuesto a ayudarlas hasta el límite de sus fuerzas; c) oír, cuando sea posible, misa diariamente; d) ayunar cada viernes en conmemoración de la pasión de Cristo».

Bien, estas dos últimas cualidades no aparecen mencionadas en la versión de Chrétien de Troyes, en la cual la Caballería Andante aparece ya, ella misma, como Religión, un camino por sí mismo para llegar a Dios, al de la Justicia, la Honra, la Bondad y la Belleza.

Ese autor, Juan Carlos del Río, dice también que «porque no se ha liberado aún de las cadenas del deseo, no es el caballero puro, sino el valeroso» y que «esotéricamente, Lancelot se queda a las puertas del discipulado (…) destaca sobre los demás, pero todavía no ha podido liberarse del barro con que mancharía el primer peldaño de la Iniciación». Este es un asunto, imagino, difícil de saber. Lo que sí es cierto, por lógica –y sabiendo de todos modos que hablamos de un personaje mítico– es que si Lancelot, que es el «primer caballero» no atraviesa ese umbral de lo Sagrado, entonces ningún otro lo hace, como no sea Galahad. Pero en mi humilde opinión el camino de Galahad, como «sucesor de Cristo», y transmutación alquímica aún más pura que la de Lancelot, no le lleva a las puertas de la Iniciación, sino del Adeptado, si hablamos en términos teosóficos, o sea del

triunfo total y definitivo sobre la condición humana, el Nirvana budista.

Y el sueño de ser como Lancelot, o como Yvain, o como el mismo Gawain, se nos presenta tan, tan, tan lejos, resplandeciendo como hacen con el fuego del Espíritu, y con tales virtudes y ánimo excelso que, pienso –y sigo hablando en lenguaje teosófico–deberemos esperar una Cadena Evolutiva más, o dos, para estar a las puertas del Discipulado. Igual que se dice «quien esté libre de pecado que lance la primera piedra», podemos decir «quien se sienta tan puro y valiente como el de menos renombre, un desconocido, de los Caballeros de Arturo, que dé el primer paso».

Es un tema polémico y antiguo el de valorar más a veces las disciplinas de un monje que el ardor idealista y generoso de un Caballero o una Dama. Y sin desmerecer estas primeras, no podemos olvidar que tales son un medio, un camino, en cuanto que el ardor idealista y generoso, el irradiar Luz y Bendiciones a los que les rodean, expresan no sólo un Camino, sino ya una realización, una conquista del Alma. No todos los caballeros templarios serían como un Gawain o Lancelot, pero no dudo que los pocos que lo fuesen, dentro de esta fraternidad mística y caballeresca, sí estarían a las puertas del Discipulado, y aún quizás hubieran avanzado algunos pasos en él. Los Caballeros del Rey Arturo representan, aunque sea de modo legendario, las almas más puras y excelsas de la Humanidad en ese momento, asumiendo, en este caso, vestes y un Ideal de Caballeros, como mil quinientos años habrían asumido las vestes amarillas y el Ideal de renunciación de los Arhats (Adeptos completos) y discípulos del Buda. O sea, que podremos hablar de «El Buda y los Caballeros del Rey Arturo» como la misma Fraternidad de Almas, en diferentes momentos en el espacio y el tiempo, pero semejantes quizás en evolución. Siddharta Gautama-Buda sería, en este caso el rey Arturo-Galahad, o Lancelot-Galahad.

Tal y como enseñó el profesor Jorge Ángel Livraga, en su artículo «Qué es Mística»: *El Triunfo Espiritual es de los generosos, fuertes y abnegados, de los manantiales de Agua de Vida. Se elevan los que dan y se hunden los que reciben.*

Hagamos un resumen del libro de Chrétien de Troyes, que escribe las hazañas de Lancelot con la magia de los versos octosílabos. Meleagant, hijo del rey Bademagu aparece ante la corte del rey Arturo, y le desafía. Que lleve al bosque a su esposa Ginebra con un defensor, quien él designe, y él se enfrentará a este caballero. Si Meleagant es vencido, promete liberar a todos los prisioneros del reino de Logres, el del rey Arturo, que se hallan retenidos por la fuerza en su país. Si el caballero de Arturo es vencido, será capturado junto con

la reina Ginebra. Esta situación es inusual y difícil, pues un caballero no puede hurtarse a un desafío y, además, porque el rey se debe tanto a su reina, como alma de su reino, cuanto a su pueblo a quien debe proteger de todo mal. El mariscal Key, que aparece siempre como muestra de torpeza, obliga moralmente tanto al rey Arturo como a la reina Ginebra a que acepten el desafío, haciendo él de defensor. Y claro, es derrotado, pues aunque fuerte no es el mejor caballero de Arturo. Vemos después a sir Gawain cabalgando rápido y con caballos de reserva, tras la búsqueda de su reina Ginebra, y se encuentra con un caballero del que no se revela el nombre –luego sabremos que es Lancelot– corriendo con su pesada armadura, pues su caballo ha muerto de agotamiento, y él no cesa. Le pide un caballo a Gawain, quien se lo concede y sale raudo de nuevo tras ella, dejando atrás a su hermano de armas. De nuevo éste se lo encuentra sin caballo pues otra vez lo ha «quemado» de fatiga al exigirle tanto. Lancelot sube a una carreta porque el enano que la conduce le promete que si esto hace le dirá hacia dónde se ha dirigido su Señora. Gawain se queda por ello horrorizado. Porque como dice el autor:

> «Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora; y en cualquier buena villa, donde ahora se hallan más de tres mil no había más que una en aquel tiempo. Y aquélla era de común uso, como ahora el cadalso, para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedaba con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado. Por dicha razón, tales y tan crueles eran las carretas en aquel tiempo, que vino a decirse por vez primera lo de: «Cuando veas una carreta y te salga al paso, santíguate y acuérdate de Dios, para que no te ocurra un mal.»

Y como no vamos a saber el nombre de Lancelot hasta la mitad del libro, el nombre de este caballero va a ser, precisamente, «el de la Carreta».

Este nombre y su significado alusivo es de gran importancia, ya que da el carácter de Lancelot. Está dispuesto a humillarse ante el mundo, a ser considerado vil y aún cobarde –¡y vaya que no lo es! – y a obedecer en todo a su Dama –que la sabe nobilísima, sapientísima y prudente– para poder brillar ante sus ojos y ocupar un lugar en su corazón.

Ambos, Gawain y él llegan a un castillo donde él se debe acostar en una cama peligrosa, pero lo hace sin ningún recelo. En medio de la noche, una lanza llameante, prodigiosa, desde el techo quiere atravesarle, pero él se deshace de ella y sigue durmiendo tranquilo.

Después Lancelot y Gawain se separan, él irá por el camino más

rápido y peligroso, que lleva al Puente de la Espada, y Gawain por otro más largo pero también sembrado de pruebas y que termina en el «Puente bajo el Agua».

Prodigiosas aventuras se suceden. Abstraído de amor por Ginebra, debe atravesar un río, pero el guardián del vado se lo impide y Lancelot le vence. Encuentran un peine de la reina con algunos de sus cabellos de oro y Lancelot casi desmaya de amor y tristeza; sigue a una doncella que le guía por una senda en el bosque tan estrecha que sólo puede ir uno por delante. Llegan a un cementerio donde están los sarcófagos vacíos con los nombres de Leonís (¿Tristán?), Gawain, Yvain, y los mejores caballeros de esa tierra. Entre ellos el sarcófago más bello y grande es el suyo, el de Lancelot (aunque el nombre no es mencionado), destinado a quien con sus propias manos y sin ayuda consiga abrir la tapa (que siete hombres no conseguirían levantar). Él lo hace con gran facilidad y demuestra ser el predestinado que liberaría a todos los prisioneros de ese misterioso reino, «del que no se podía salir».

Atraviesa el Puente de la Espada, hiriéndose pies y manos y combate con Meleagante, a quien no mata (a pesar del infame rapto) gracias a la intercesión de su padre, el rey.

Se encuentra de noche y en secreto con la reina, con quien yace, aunque no se explicita que la unión sea sexual, tampoco se niega, y aún se sugiere. En todo caso, la misma –si es que es tal– es, y acompaña a la unión completa y definitiva de dos almas. Este erotismo de amor cortés luego sería cada vez más rechazado, sin mencionar todo el alcance alquímico y alegórico del mismo, que como antes se dijo, es la clave para entenderlo en su justa medida.

Cuando todos los del reino de Logres son liberados, con la reina Ginebra al frente, Lancelot es engañado y hecho prisionero por Meleagante. Aun así, la esposa de su carcelero, enamorada, le libera –bajo juramento de que va a volver– para poder participar en un torneo que va a ser presidido por los reyes Arturo y Ginebra.

Con armaduras de color sangre, las de su carcelero, se presenta al torneo y por indicación de la reina, aparece como un cobarde y todos se burlan de él. Otra vez porque así lo dice de modo secreto Ginebra, empeña todo su vigor y los vence a todos, dejando en el campo del honor sus armas y volviendo como un rayo a su prisión.

Meleagante, enfurecido, construye una prisión especial para él, una torre junto al mar, una torre alta, estrecha y circular –como las de Irlanda, que según H.P. Blavatsky eran «torres de Iniciación» – que carece de puerta. Por un ventanuco estrecho en lo alto, y con una cuerda, recibe el alimento.

Meleagante, sabiendo que lo tiene prisionero, asiste a la corte del rey Arturo de nuevo para desafiar a Lancelot, acusándolo de cobarde e infamia si no asiste y lucha con él transcurrido un año. Gawain obtiene permiso del rey para que, si no viene Lancelot, ser él mismo quien responda al reto.

Aquí se detiene la narración de Chrétien de Troyes, que completa un discípulo del mismo. Una doncella, en deuda con Lancelot, recorre el reino en una mula pasando mil penalidades, hasta que lo encuentra y lo libera. Los caballeros del rey Arturo lo habían buscado, y especialmente Gawain, pero en vano. Ahora sí se presenta ante Meleagante, a quien vence y corta la cabeza. Así termina este romance artúrico.

Uno de los capítulos del libro *La Saga del Rey Arturo* está dedicado al amor cortés, del que es el más puro y acabado ejemplo el personaje de Lancelot en esta obra, *El Caballero de la Carreta.* Aunque el término «amor cortés» es del siglo XIX, en las poesías de los trovadores es «fin amors» o «amor delicado», y en las de los alemanes, los *minnesänger* se le llama *minne*, que es «amor puro» sin ningún tipo de sensualidad, la que, si venciera lo corroería y daría muerte, como dice Platón en el *Fedro*, o como explica H.P. Blavatsky cuando dice que «adulterio es la sensualidad en el amor». En el *Tannhäuser* de Wagner, que versa sobre los caballeros trovadores alemanes, queda claro este concepto, y la amada es encarnación del Eterno Femenino, del Alma Inmortal y su Belleza, y se funde con el de María misma, la «madre de la Luz».

Juan Carlos del Rio hace declaraciones sobre el amor cortés que son un credo del Caballero, forman el alma de su filosofía: «Para un caballero amar era una obligación, y el que no amaba era como un muerto en vida». «Es una doctrina de paradojas, un amor al mismo tiempo ilícito pero moralmente elevado, apasionado pero disciplinado, humillante pero exaltante, humano y trascendente. Es un amor difícil, contrariado por innumerables trabas, pues la conquista de la dama representa una difícil prueba, una ascesis».

No debe ser casualidad que sea precisamente en este momento cuando San Bernardo de Claraval difunde el culto mariano, y que la misma Hildegard von Bingen devuelve a la mujer su dignidad, y ella misma se convierte en el más divino ejemplo.

Este tipo de amor cortés va a ser, una vez «sembrado» en el siglo XII, cada vez más importante, y florece en el Renacimiento, como parte de su humanismo. Los *Sonetos* de Camões son bellísima prueba del mismo, y también la obra de Shakespeare, por ejemplo, en *Trabajos de Amor Perdidos* en donde unos nobles esmerados en el

trabajo de perfeccionarse a sí mismos y cultivarse en base a estudios como eremitas se juramentan a alejar de sí todo contacto con mujeres. Los deberes de hospitalidad y la fuerza abrumadora del amor llaman a las puertas de sus corazones. Y luego tienen que hacer trabajos para redimirse a lo Lancelot y merecerse el amor de sus damas, una vez conquistados y vencidos por el más viejo y joven de los dioses. Por ejemplo, a Berowne (protagonista) que a todos hacía reír con sus chanzas, se le castiga a ir un año entero a aliviar con bromas y juegos el sufrimiento de los condenados por la enfermedad a muerte. Terrible castigo, ardua redención. Demuestra que los «trabajos de amor cortés» agitaban sus alas aún en el ambiente intelectual del siglo XVI, cuatrocientos años después del Lancelot de Chrétien de Troyes.

Por cierto, según la académica Francis Yates, Berowne encubre el nombre del filósofo Giordano Bruno, quien precisamente por esos años y en una estancia en Londres, escribió sus *Furores Heroicos*, otra obra de «trabajos de Amor». Sólo que aquí son Furores de Amor hacia la Eterna Sabiduría, alma eterna y luz de todo lo que vive. El Enamorado va ascendiendo cielo a cielo, nivel a nivel a través de la comprensión de una serie de emblemas alegóricos que le llevan a la divina Diana. Él mismo, Giordano Bruno se va a considerar un «caballero enamorado» al servicio de los trabajos de su Dama. Sólo que en este caso, se trata de la diosa Atenea, a quien siempre sirvió como Señora y Maestra.

El verdadero amor es renuncia al yo, y todo lo que éste egoístamente quiere, y la visión del mundo que egocéntricamente tiene. Amor es dación, es arder en la entrega. Y en esto Lancelot es el más puro y vivo ejemplo, cómo puede haber pecado en amar, si este es honesto. El mismo San Pablo en su famoso discurso sobre el amor, *agapé* en griego, que también es traducido como «caridad», dice lo mismo. Es el deber cristiano, «amar a tu prójimo como a ti mismo». Esta es la relación Uno-a-Uno que tiene Lancelot con Ginebra pues le ha entregado totalmente su corazón y lo que ella dice, él simplemente lo hace, qué importan sus propios deseos, qué importa el mundo. Claro, **Ginebra** es la misma sabiduría hecha carne y simboliza el alma divina, el manantial puro de aguas vivas. Está simbolizando quizás la misma Iniciación, la entrega total al alma divina, según la metáfora de Platón. Él explica que hay muchos hilos y lazos que nos empujan y encadenan. De ellos, sólo uno es el que nos reclama desde el Cielo, todos los demás son deseos que nos hieren. Pero sea lo que sea lo que nos pida el alma pura, aunque difícil y aparentemente amargo, si satisfecho, siempre será al final pura ambrosía y aún libertad en la unión con ella. Platón dice que debemos ser como títeres de nuestra alma divina, porque no siéndolo somos títeres del mundo y de sus mil

engranajes y corrientes, y esto es lo que simbólicamente expresa Lancelot. Ginebra es el «Hada Blanca» la voz del espíritu en el silencio, la estela blanca que nos indica el Camino hacia la Luna Cisne Blanco del Alma, la espuma blanca del mar de la vida en que centellea la luz y nace la diosa del Amor.

Así entendemos la metáfora de la **Carreta** de la Infamia, y que es el mismo «carro de heno» que simboliza el mundo y sus voces y deseos y que fácilmente arderá con el fuego de la muerte y la consumición. Él, Lancelot, sube al mundo, pero no le pertenece, éste no le daña, ni contamina ni perjudica su verdadera honra, que es la estima de su Amada. Está, pero está muerto para el mundo, sólo existe su Amada y su cercanía es lo único que importa, y los trabajos y hazañas en el mundo son sólo una prueba de que él y ella son totalmente el uno del otro, y este amor, siendo su verdadera inspiración es su verdadero poder.

Veamos algunos otros símbolos que presenta esta bella obra.

El anillo mágico que le entrega la Dama del Lago, con una piedra que, al volverla, deshace todo encantamiento y deja la realidad desnuda. Cuando Lancelot se encuentra con una situación que parece imposible, sabe que al usar este anillo se verifica si es una ilusión o si es verdad. Es como si ese anillo le diera poder sobre todos los espíritus de la Naturaleza, no para dominarlos, sino simplemente para que no lo desvíen, para que no alteren sus pasos en el camino, sus propias batallas. No será ya arrastrado por las ilusiones que generan en las mentes desvalidas.

Meleagant es su reverso oscuro. Todo lo que en Lancelot es virtud, generosidad, estricto cumplimiento de su palabra, delicada ternura, honestidad y franqueza, respeto al otro, clemencia, siempre haciéndose amar, clemente, espíritu de justicia, es en él, en Meleagant su sombra. Este es egoísta, desconoce lo que es la justicia, es cruel, malvado, insolente, soberbio, tramposo, mentiroso e infame, rudo, temerario, irrespetuoso, atropellando los derechos del otro, siempre haciéndose odiar y temer, ciego en sabiduría aunque astuto y pérfido. «Valiente» en su fiereza animal, seguro de su brutalidad, nunca en el sentido aristotélico de la justa medida entre temeridad y cobardía.

El Puente de la Espada, que conduce al castillo de Bademagu, que es tan difícil atravesar, y que uno se hiere al hacerlo y aún puede caer a las aguas tumultuosas y oscuras que te arrastran, es el que permite llegar a donde está prisionera Ginebra, o sea, la propia Alma Eterna. Bien puede representar el puente que lleva a la otra orilla de la vida, o mejor, el «filo de la navaja» que se menciona en los Upanishads cuando se dice que «el camino de la salvación es tan

difícil de recorrer como el filo de la navaja». Las aguas oscuras que tragan al aspirante están muy bien descritas en el romance de Chrétien de Troyes:

> «A la entrada del puente, que bien terrible era, han desmontado de sus caballos. Ante sí ven el agua asesina, negra y rugiente, densa y espesa, tan horrorífica y espantosa como si fuese la del río del demonio, y tan peligrosa y profunda que no hay cosa en el mundo que, sí allí cayera, no desapareciera como en alta mar. Y el puente que estaba tendido a través era diferente de cualquier otro; que jamás hubo otro semejante ni lo habrá. Jamás hubo, que bien refiero la verdad, tan maligno puente ni tan pérfida pasarela: Consistía el puente en una espada afilada y luciente recubierta por el agua fría; pero la espada era fuerte y tensa y tenía dos lanzas de largo. A cada lado había un gran tronco al que estaba incrustada la espada. ¡Qué nadie tema caer de ella porque se quiebre o flexione; a pesar de que no parece, a quien la contempla, que pueda soportar un gran peso!»

Estas «aguas oscuras» evocan el «abismo de materia» descrito en el tratado místico Voz del Silencio, cuando dice:

> «Mira; ¿qué ves ante tus ojos; oh aspirante a la Sabiduría divina?
>
> «Sobre el abismo de la materia está el manto de tinieblas; entre sus pliegues yo lucho. Bajo la mirada mía vuélvese más denso, Señor; se disipa con el movimiento de tu mano. Una sombra se agita arrastrándose a semejanza de los anillos de la serpiente que se extiende. . . Se agranda, se hincha, y desaparece en las tinieblas. Es la sombra de ti mismo más allá del Sendero, proyectada en la lobreguez de tus pecados.»

Es también muy impactante el símbolo de la **Cama Peligrosa**, que aparece en muchos de los libros de Caballería. Este sentido de intimidad con el peligro, de acunarse en medio de las dificultades, como en *La Canción del Pirata* de José Espronceda:

Y del trueno al son violento
Y del viento al rebramar
Yo me duermo sosegado
Arrullado por el mar

Sin temores, ni preocupaciones, arrullado por la Aventura, y cuando llegue el desafío, simplemente, como quien respira, solucionarlo, vencerlo. Así hace Lancelot con la lanza llameante que ataca desde el techo. Se vive tan intensamente porque hay un desposorio continuo con la muerte, ella se convierte en la gran aliada. Y este era un desafío sólo de caballeros: ni eremitas, ni campesinos, ni mercaderes podían aceptarlo tan naturalmente.

Otro de los enigmas es qué significa este **reino de Bademagu** en el que se entra, pero no se puede salir. Y qué significa que la misma Ginebra sea a él llevado por la fuerza. Y dentro de este reino el enigma de los túmulos vacíos, los de los mejores caballeros de Arturo

y del siglo.

Por un lado, es como si este reino fuese la misma muerte y el carro que a ella lleva, la vida del mundo, de los sentidos. Esta es la infamia que debe soportar Lancelot. El rescate de Lancelot sería así el rescatar de la muerte al Alma, a Ginebra. ¿Todos los moradores y prisioneros de esta tierra serían otras almas, o proyecciones de la misma, las huellas que ha dejado prisioneras en este «pasado inmóvil» y que son rescatadas, adquieren sentido con la victoria definitiva? Los «cadáveres de las encarnaciones pasadas» que menciona H.P. Blavatsky, cuya esencia vuelve, en la resurrección y en el día de la victoria sobre la muerte, se reintegran en el héroe que ha superado todas las pruebas. Lo que sí es evidente es la relación de la imagen del **sarcófago vacío** y que Lancelot abre, desde fuera, con el «mito del sepulcro vacío» de Jesucristo, como vencedor de la muerte. Vencida la muerte, esta abre sus fauces y deja salir sus presas. Y en una última tentativa su príncipe oscuro y malvado –encarnación, como Mara en el Budismo de todos los males que aquejan a la Humanidad– desafía, por última vez, y sin oportunidad ya de clemencia a Lancelot, y es vencido.

Así, la **«torre circular»** en la que Lancelot es probado y retenido, junto al mar, y dejado en los huesos (o sea, en lo esencial) y del que sale por la ventana, ya que no hay puerta –como en el símbolo de la puerta estrecha de la parábola cristiana o en el de las dobles puertas egipcias– es, como de hecho lo eran las irlandesas, una «torre de Iniciación». Se sale por la ventana como un rayo de luz, y no por la puerta, sobre dos pies, que sirven para caminar en el mundo físico y psíquico, pero no en el espiritual, según los viejos textos egipcios.

Antes de ser hecho prisionero en esta torre es cuando combate, con armaduras prestadas, de color sangre, y a indicaciones de su dama pierde, o gana a todos, dejando así a todas las doncellas sin casar un año. Pues el torneo era para que los vencedores se desposasen con ellas, y Lancelot los vence a todos y desaparece, dejando en la tierra sus armas. Quizás esto tenga que ver con la «Obra al Rojo» de la Alquimia: se está en el mundo, pero ya no se pertenece a él, el «hombre viejo» ha sido dejado atrás como la piel de una serpiente. El rojo es la sangre, pero también el fuego que arde, con sufrimiento, para que al final la luz prisionera sea liberada y pueda cumplir su misión, pero sin ningún vínculo ni esclavitud con lo viejo. Es la Afrodita de Oro, la Eterna Juventud, de los filósofos presocráticos, y a la que tanta importancia dio en sus enseñanzas el profesor Jorge Ángel Livraga.

El Amor fue quien llamó al inicio a la puerta del Caballero, fue quien le despertó, fue quien le guió en su destino y en sus pruebas, fue

quien le acompañó en sus metamorfosis, quien le hizo renacer con juventud eterna y quien lo llevó a un Cielo de Inmortalidad. Lancelot y Ginebra, una misma Estrella resplandeciendo en su noche sin fin.

SÍMBOLOS DEL HÉROE ARTÚRICO TRISTÁN DE LEONÍS

Amigo Tristán, cuando vuelva a ver el anillo de jaspe verde, ni torre, ni muro, ni fuerte castillo me impedirán cumplir la voluntad de mi amigo [Dice Isolda]

Tristán e Isolda, de Joseph Bédier

Las espadas forman parte de los decretos de Dios

Alfonso X el Sabio

Las leyendas de este personaje histórico y literario, Tristán, surgen en el norte de Francia y en la antigua Britania, con vínculos al País de Gales. Leyendas célticas, que como las de Arturo, se convierten después en caballerescas, extendiéndose por toda Europa durante la Edad Media en esta «mitología» que permitió dar vida y ánima al Ideal Caballeresco.

Recordemos que son tiempos en que, como dice el Quijote, «Caballería Andante es Religión». Y el ejemplo de damas y caballeros es la mejor expresión, el modelo del ser humano, una cristalización, con sus derechos, deberes, ideales y valores, de la voluntad del «Rey de Reyes». Un modo viril, en base a acciones y no solo rezos, de seguir el camino de Dios, como en la Futuwah islámica o en los misterios de Mitra mil años antes.

La Ética caballeresca, con su código de Cortesía, Misericordia, Hospitalidad, Mística y Generosidad, todo traspasado por un gran espíritu de aventura, desafío a la adversidad y servicio a la Justicia, fue lo que permitió el desarrollo de las órdenes religioso-caballerescas como los Templarios, la Orden de Santiago, de la Jarretera, etc, etc. Y creó una corriente fraternal de buena voluntad y de relaciones humanas, instituciones y reinos que significó el despertar del «sueño medieval». Fue una luz espiritual que, como una espada quebrase el corazón de la «Edad Oscura» que se había apoderado del mundo occidental con la muerte y descomposición del Imperio Romano.

Pero no sólo fueron comunes su ética y estética, sus libros (los de Caballería y el ciclo Artúrico), y sus ceremoniales (como las Justas de Dios o los torneos de caballería, o la Iniciación con la imposición de espuelas de oro). También sus símbolos, como los que forman la Heráldica y otros, que parecen renacidos de viejos cultos, de milenarios saberes y vivencias místicas.

Muchos de estos símbolos se hacen visibles, aunque a veces difuminada su luz a través de un velo, en el ciclo artúrico. Y muchas veces los reconocemos, casi disfrazados, pero no somos capaces de abrir las puertas de sus significados.

Vamos a analizar, por ejemplo, la simbología de algunos de los elementos que aparecen en el «mito de Tristán e Isolda», héroe perfecto e impecable (sólo comparable a Lancelot, el primer caballero de la Tabla Redonda, antes de la aparición del ciclo del Grial y su demanda, con Parsifal y Galahad).

Las narrativas de este héroe y su amor infortunado con Isolda aparecen en las leyendas celtas galesas; son convertidas en «historia» por la pluma de Thomas de Bretaña y más tarde por su sucesor, Godofredo de Estrasburgo. A partir de ahí sus aventuras crecen como un árbol de vida, con todo tipo de variantes, en los diferentes autores, entre los que destacamos al mismo Chrétien de Troyes (por desgracia perdido su libro sobre Tristán), toda la llamada «materia de Bretaña» y ya en el fin de la Edad Media por Thomas Mallory en su *Muerte de Arturo*.

Joseph Bédier (1864-1938), escritor y filólogo francés, hizo una versión unificada fiel y de gran belleza, que es en la que me voy a fundamentar en este artículo.

Tampoco podemos, de ningún modo, olvidar la enorme riqueza filosófica del *Tristán e Isolda* de Wagner, sus símbolos argumentales y aun musicales. Por ejemplo, el famoso «acorde de Tristán», que expresa la eterna aspiración, la pregunta realizada al destino y a la vida, el amor siempre insatisfecho en los seres finitos, y sólo resuelto con la consumación final o con la muerte. Un acorde con el que Wagner quería expresar que se puede detener el tiempo, como una ventana para percibir en la distancia la Eternidad. Richard Strauss, estudiando[9] casi como una ecuación matemática o metafísica este acorde que dicen que abrió la puerta al dodecafonismo de Schönberg, dijo que nunca jamás la música había llegado a tanto. Desde el Preludio, se genera en él una tensión no resuelta, que parece que va a culminar, pero que no lo hace hasta el momento de la muerte. Pues la ecuación Amor es Muerte y Muerte es Amor, que tantas veces comentó Krishnamurti y después –admirado y filosóficamente– Sri Ram es, en cierto modo, el símbolo más importante de esta obra wagneriana e incluso del personaje de Tristán.

En el escudo de este héroe, Tristán de Leonis, aunque ya muy posterior, figura un león rampante dorado, con las garras ensangrentadas, sobre un fondo verde. Ya dijo Shakespeare que el verde es el color de los enamorados; el de la naturaleza que florece y

ama al Espíritu o Luz solar que la baña y da vida; el de la armonía de los opuestos, su victoria, pero sin que estos dejen aún de existir. Verde era, de jaspe, el anillo de Tristán que intercambiaba con Isolda cuando quería que reconociera a su mensajero. Verde es el color de la caballerosidad, el poder del dominio del espíritu sobre la materia, como el caballero domina su montura, y su alma su personalidad. Verde es también el color del arte, ya que significa hacer dócil la materia (voz, sonido, cuerpo, piedra o tintas, etc.) a las formas de la belleza, de raíz espiritual. Y verde es el color de la Medicina que vence, con la armonía, o restaurándola, los desórdenes del cuerpo y la vitalidad.

Otro caballero, enamorado por excelencia, es Amadís de Gaula que es llamado, precisamente, «el caballero de la verde espada».

En Heráldica, el verde (sínople) representa la esperanza, la fe, la amistad, el servicio y el respeto. Como diría Goethe en su *Tratado de los Colores* el verde atrae pero también define un límite, más allá del cual está el misterio, lo secreto, lo espiritual. Por eso el color esotérico de Saturno se dice que es el verde, pues define lo que entra o no en lo que está más allá del tiempo y el espacio, o sea, en lo sagrado.

El verde, «en los blasones de los príncipes recibe el nombre de Venus; Esmeralda, en el de los títulos y Sinople en los de la nobleza en general. Su significado es la esperanza, la abundancia y la libertad; cuantos llevan este esmalte en su escudo quedan obligados a socorrer a los labradores en general y a los huérfanos y pobres que se encuentren oprimidos»[10].

Y el amarillo (dorado), también llamado Sol, representa entre otros valores la nobleza, la constancia, el poder, la larga vida y aun la eternidad y santidad; la paciencia, la fuerza y la perfección, la generosidad y la clemencia, o sea, virtudes regias. Recordemos que Tristán era hijo de rey, y aún por conquista y herencia de la voluntad del rey Mark, habría sido rey.

Pero también el amarillo significa amor, y aún desesperación en el amor, así como, por tanto, celos y enfermedad. Deja de ser solar y se convierte, en el peor sentido, en la mirada de Saturno, el color que este planeta melancólico presenta en el cielo. Así, el amarillo solar es la alegría y espíritu regio, de abundancia y de victoria de este caballero; y como amarillo pálido saturnino, su tristeza. De hecho Tristán siempre vence (amarillo solar) pero queda herido, convaleciente, enfermo (amarillo saturnino), y su color verde es la armonía de estos opuestos, y la misma condición humana que puede vencer en sus pruebas en el camino de la vida, pero es muy difícil, casi

imposible, no resultar herido, con heridas de las que se cierran y de las que no en una vida, y así se va forjando en el atanor de la existencia (como Saturno, negro por fuera, verde por dentro simbólicamente, o al contrario, como vemos en la misma naturaleza, verde ante la luz, negra en sus profundidades).

«Por las Leyes de la Heráldica, cuantos lleven este metal, el oro, en sus escudos están obligados a hacer el bien a los pobres y a defender a sus príncipes, peleando por ellos hasta su última gota de sangre»[11].

Símbolo de Tristán es también, sin duda, el barco surcando el mar, meciéndose con sus ondas, y especialmente la barca que le lleva, desde Cornualles, moribundo, abandonado a la corriente, para ser guiado por el Destino, o Dios, a ser curado por Isolda en la isla de Irlanda. Antes de llegar a ella, el pueblo oía en las playas los cantos de amor y dolor de Tristán.

Evidentemente, aquí Tristán es identificado con Bragi, del mito vikingo de Iduna (que sería Isolda) y Bragi. Tal y como lo explica H.P. Blavatsky en su *Glosario Teosófico*:

«Bragi: El dios de la Nueva Vida, de la regeneración de la Naturaleza y reencarnación del hombre [de ahí el color verde]. Se le llama «Cantor divino» sin mancilla o baldón, y se le representa deslizándose en la nave de los Enanos de la Muerte durante la muerte de la Naturaleza (*pralaya*), dormido sobre cubierta con su arpa de cuerdas de oro junto a él y soñando el sueño de la vida. Cuando la nave cruza el umbral de Nain, el Enano de la Muerte, Bragi se despierta, y pulsando las cuerdas de su arpa, entona un canto que resuena en todos los mundos, un canto que describe el embeleso de la existencia y despierta la silenciosa y dormida Naturaleza [Isolda, en una clave] de su largo sueño parecido a la muerte.

Iduna: La diosa de inmortal juventud. Hija del enano Ialdi. De ella refiere el *Edda* que ocultó la «vida» en el abismo del océano, y que a su debido tiempo la restituyó a la tierra. Era esposa de Bragi, dios de la poesía; lo cual es un mito bellísimo. Lo mismo que Heimdal, «nacido de nueve madres», Bragi, al nacer, se eleva sobre la cresta de la ola desde el fondo del mar. Se casó con Iduna, la diosa inmortal, que le acompaña al Asgard, en donde cada mañana alimenta a los dioses con las manzanas de eterna juventud y salud».

La descripción de esta escena compilada en prosa en el Tristán de Bédier es de gran belleza:

«Como un marino, que en el curso de una larga travesía arroja por la borda el cadáver de un viejo compañero, así Gorvalán con trémulos brazos empujó hacia el mar la barca donde yacía su hijo querido [Tristán], y el mar se la llevó.

Durante siete días y siete noches, le arrastró dulcemente. A veces, Tristán pulsaba el arpa para calmar su angustia. Por fin, el mar, sin saberlo él, le acercó a la orilla. Y he aquí que aquella noche unos pescadores habían salido del puerto para echar sus redes y remaban, cuando oyeron una melodía dulce, vigorosa y

brillante, que corría a ras de las olas. Inmóviles, con los remos suspendidos sobre las olas, escuchaban; al primer albor de la aurora percibieron la barca errante.

–Así –se decían–, una música sobrenatural envolvía la nave de San Brandano cuando bogaba hacia las Islas Afortunadas sobre la mar blanca como la leche.

Remaron para alcanzar la barca: navegaba a la deriva; nada parecía vivir en ella sino el tañido del arpa; pero a medida que se acercaban, la melodía se debilitó, extinguióse, y cuando la alcanzaron, las manos de Tristán, inertes, cayeron de nuevo sobre las cuerdas temblorosas. Recogiéronle y retornaron al puerto para ponerle en manos de su compasiva señora, quien acaso sabría curarle».

Y así se le describe, antes, y en esta misma obra, nada más vencer a Morold y regresar a su tierra. De nuevo la identificación con la barca:

«Pero cuando la barca destacóse de súbito en la cresta de una ola mostró a un caballero erguido en la proa; blandía una espada en cada mano: era Tristán».

Otro de los símbolos de Tristán, dado que en una clave es el alma aprisionada en la materia, es el de alguien, desfigurado por el veneno hasta el punto de ser irreconocible. Por ejemplo, cuando llega para ser curado por primera vez por Isolda y no reconocen en él al matador de Morold. O cuando se convierte en un loco y en el palacio del rey Mark ni Isolda es capaz de reconocerle. Esto nos lleva fácilmente al mito de Glauco, en la *República* de Platón: «Refiere Platón la caída de Glauco o Glaucón en las aguas después de haber quedado prendado de su reflejo, y cómo, arrastrado hacia las profundidades marinas, fue perdiendo el recuerdo de su divino origen. Recubierto por algas, conchas y arenas, el dios ha olvidado quién es, y ahora se desplaza por el fondo del océano como un monstruo abominable y deforme».[12]

Otro de sus símbolos, es, claro, su propio nombre, su tristeza. A pesar de ser el mejor de los héroes, el más valiente e invencible de los caballeros, con aventuras en los cuatro horizontes, la tristeza de la separación le consume. Él mismo creció en el seno materno cuando Blancaflor estaba devorada por la tristeza de haber perdido a su amado y rey, y murió de tristeza nada más alumbrar a su hijo. Nada más traerlo a la luz del día:

«–Hijo –exclamó–, mucho tiempo he deseado verte, y veo en ti a la más hermosa criatura nacida de mujer. Con tristeza alumbro y triste es mi primera caricia, por ti siento la tristeza de morir. Y como has venido al mundo con tristeza, te llamarás Tristán».

Es curioso porque «triste» en latín viene –y con el mismo significado– de una palabra casi igual, «tristis», de etimología incierta.

En sánscrito *drsta* significa «visible, aparente, decidido, destinado», el mundo visible y aún «malfadado». La dialéctica de Wagner en su *Tristán e Isolda*, con el Día y la Noche como engaño, dolor y unión y amor respectivamente, así como los atributos del héroe cantor, nos hacen pensar que el autor del Anillo de los Nibelungos conocía esta palabra o etimología sánscrita. En todo caso, la idea es patente.

También es símbolo del héroe el arpa con el que convierte en música la belleza de su alma. Pero no sólo, es capaz de imitar los diferentes sonidos de la naturaleza y con perfección los diferentes cantos de los pájaros, y así puede por veces burlar a sus enemigos o encontrarse con Isolda. Tristán es experto en el lenguaje de la naturaleza, pues él la representa, representa su alma humana, y cuando quiere comunicarse con Isolda también lo hace con el lenguaje de diferentes ramitas de diferentes árboles cortados de formas diferentes, lo que se convierte en letras y símbolos que fluyen con las aguas del canal que entra en el palacio de Isolda, ¡bella alegoría! Esta era una de las formas del lenguaje de los druidas celtas, el ogámico.

Y desde luego símbolo de Tristán, e Isolda, y de su reconocimiento es el cáliz con la bebida de muerte, que después se convierte en el cáliz del amor sin límites. Como tan profundamente lo figura Wagner en su drama, es el éxtasis del Amor-Muerte, la desaparición del tú y yo, el fin de la mente, de la memoria y del tiempo que permiten fundir las almas en conciencia pura.

Símbolo de Tristán y también del gran amor, y de la Iniciación, así como de la muerte es el «salto a lo desconocido», la gran aceptación. Al beber el cáliz de lo que piensa es un veneno mortal, y al saltar al mar desde las alturas desde una ermita, queriendo morir de un modo más digno que simplemente ajusticiado por los verdugos del rey. Símbolo este curioso, desde una ermita, o sea, desde lo sagrado y sin poder salir por la puerta, sólo puede hacerlo con el «gran salto». Es el mismo «gran salto» que evoca la muerte de amor de la poetisa Safo, o los representados en las tumbas etruscas y otras pinturas romanas, como el «salto a lo desconocido», bien sea la muerte o la iniciación. Un salto para caer en el misterio. En cierto modo, todo compromiso que nos lleva a la vida real, al misterio del otro tiene algo de ese gran salto del amor, y aunque se recomienda descender al abismo paso a paso, peldaño a peldaño, y no dejarnos caer en él, en algún momento la vida nos va exigir ese salto, y sin duda, la muerte lo va a hacer. Es el gran salto asociado a la entrega total y definitiva, muy relacionado con el signo del zodiaco o arquetipo de Piscis, porque es la disolución, nada más hay igual más allá.

También asociado a esto y simbolizando a Tristán le hallamos disfrazado como peregrino con su capa de conchas marinas, con los

que debe llevar a Isolda de una orilla a la otra, sin ser manchada por las aguas, y que esta pueda superar el gran juicio a la que es sometida, ante el rey Arturo y sus caballeros.

En general los textos literarios medievales, así como la obra de Wagner son bellamente ambiguos para no saber si hubo o no relación sexual entre ambos, Tristán e Isolda. El encuentro es definitivo, pero no genera frutos en el río de la vida. No hay hijos. Además, cuando el rey Mark (o Marés en la versión de Bédier) los encuentra viviendo en el bosque, dormidos, se están abrazando y besando, pero una espada los separa, símbolo del amor casto, como en Lancelot y Ginebra, en las primeras versiones (cuando se cristianiza con la Demanda del Grial, ya es un amor pecaminoso). Este es también un símbolo, un amor que aunque «ilegal» está aprobado por Dios, como vemos en el juicio de Isolda. Por eso sus restos mortales descansan en sarcófagos distintos, aunque estos juntos, y una hiedra en uno y una vid en otro crecen para abrazarse.

De gran belleza y significado como símbolo es la escena en la que el rey Marés –que quiere evitar casarse, para sin hijos poder entregar el reino a Tristán– dice que se casará pero con una dama que sea imposible de encontrar. Tristán lo conseguirá, claro, y este símbolo es semejante al de Teseo en el Laberinto, en el que el héroe ateniense consigue a Ariadna, como Tristán, para entregársela después a Dioniso (aquí Dioniso no es el rey, sino el éxtasis del amor infinito, como un fuego que todo lo cambia y transmuta):

«¿Dónde encontrar hija de rey tan lejana e inaccesible a quien pueda fingir, pero fingir tan sólo, que la quiero por esposa?

En aquel instante, por la ventana abierta al mar, dos golondrinas que hacían su nido entraron jugueteando; luego, espantadas, desaparecieron. Pero de sus picos había escapado un largo cabello de mujer, más fino que un hilo de seda y brillante como un rayo de sol.

Habiéndolo cogido Marés, hizo entrar a Tristán y a los barones y les dijo:

– Para complaceros, señores, tomaré mujer, siempre que vosotros queráis buscar a la que he escogido.
– Ciertamente, la buscaremos, buen señor; pero, ¿quién es la elegida?
– Escogí aquella a quien perteneció este cabello y sabed que no quiero a ninguna otra.
– ¿Y de dónde, buen señor, os viene este cabello de oro? ¿Quién os lo ha traído? ¿Y de qué país?
– Viene, señores, de la Bella de los cabellos de oro; dos golondrinas me lo han traído: ellas saben de qué país».

Otro de los elementos simbólicos y mágicos en este mito, y en esta versión literaria escogida, es el de un artefacto de encantamiento, como un perro enjoyado, con collar y campanilla (¿simboliza a Anubis?) que es capaz de hacer que Tristán deje de sentir el terrible dolor y angustia y separación de Isolda. Tristán se lo ofrece como

regalo a Isolda, pero ella, un día al pensar que ya no sufre, pero su amado sí, lo arroja al mar. Santo Tomas de Aquino, en su *Tratado de las Pasiones*, de gran actualidad, por cierto, menciona el modo de evitar que la tristeza se convierta en desesperación y atente contra la propia salud. Da cinco medidas: el deleite o placer que alegra, el llanto, la amistad que consuela, el sueño y los baños y por último la contemplación de la verdad. Pues no hay nada más poderoso y revivificador que la verdad, nada más saludable que el conocimiento que armoniza el alma.

¿Se refiere con este artefacto mágico al vínculo con el poder benévolo de los arquetipos, simbolizados por las estrellas y las joyas que permiten el vínculo con las mismas? ¿Es el perro mágico el Anubis egipcio, la perfecta pureza y amor, pero un amor vertical, pura compasión que vincula lo infinitamente grande y lo infinitamente mínimo? Difícil saberlo. En todo caso la descripción y el uso de este instrumento nos parecen enigmáticos:

«El duque, para endulzar su pena, mandó traer a su cámara privada su juego favorito, el cual, por sortilegio, en las horas tristes, encantaba sus ojos y su espíritu. Sobre una mesa cubierta de noble y rica púrpura colocaron a su perro «Petit Crú» Era un perro encantado; se lo habían traído al duque de la isla de Avalón; un hada se lo había mandado como regalo de amor. No hay palabras bastante hábiles para describir su especie y su belleza. Su pelo estaba coloreado con matices tan maravillosamente dispuestos que no se sabía definir su color; su hocico parecía más blanco que la nieve, su lomo más verde que la hoja del trébol; uno de sus flancos era rojo como la escarlata; el otro, amarillo como el azafrán; su vientre, azul como lapislázuli; su dorso, rosado; pero cuando se le miraba mucho tiempo, todos estos colores danzaban ante los ojos y se transformaban alternativamente en blancos y verdes, amarillos, azules, purpúreos, oscuros, o claros. Llevaba en el cuello, suspendido de una cadenilla de oro, un cascabel de tintineo tan alegre, tan limpio, tan dulce, que al oírlo el corazón de Tristán se estremeció, tranquilizóse y se fundió su pena. No se acordó ya de tantas miserias soportadas por la reina, pues tal era la maravillosa virtud del cascabel: el corazón, al oírle sonar, tan dulce, tan alegre, tan claro, olvidaba toda pena».

Símbolo es también la muesca de la espada de Tristán, que queda clavada en el cráneo de Morold (la muerte) y por la que Isolda le reconoce. Pues como el número PI con sus infinitos decimales no puede ser expresado como una relación de números (la cuadratura del círculo es el movimiento mismo de la vida), esta muesca indica ese desequilibrio que permite el movimiento, la incesante marcha de todo cuanto vive, luchando, amando y buscando la unidad, de nuevo estar entero.

Símbolos son los cuatro enemigos del Amor de Tristán e Isolda, y que son vencidos por éste en la tierra, el agua, el aire y el fuego. Uno muere a palos y cae en el agujero dejado por un árbol caído

(Tierra). Otro ahogado, golpeado por un remo (Agua). Otro con una flecha (Fuego) cuando quería ver a Tristán e Isolda en la cámara secreta del amor (por el agujero que quería ver entró una flecha de Tristán, alerta, que le traspasó el ojo). Y otro a espadazos (Aire) en el camino.

Símbolo es la vida en el bosque de Tristán e Isolda y el cómo ésta es arrojada por el rey a la lujuria de leprosos y salvada por Tristán, símbolo el sueño de Isolda que profetiza la muerte de Tristán con la cabeza ensangrentada de un jabalí en su seno; símbolo también el sueño de esta Isis de Irlanda, en que se ve a sí misma con las piernas convertidas en fuentes de sangre: está crucificada, su misión o destino es sólo convertirse en la vida de lo que vive. Símbolo la esposa casta y anhelante de Tristán, Isolda de las Blancas Manos y la transformación y locura aparente de Tristán en el último encuentro con su amada.

Los misterios de la Caballería, herederos de las Escuelas Iniciáticas dejaron un reguero de símbolos de reconocimiento, de imágenes que, aunque muchas veces no sepamos precisar su significado, nos estremecen el alma, que necesita seguir estas huellas para encontrar su sentido, no perderse en el laberinto de materia y oscuridad, e irradiar cada vez más poderosa, cada vez más luz.

SIR GAWAIN, EL CABALLERO QUE VENCE LAS APARIENCIAS Y LA MUERTE

Generalmente en los análisis que se hacen de este caballero de la corte del rey Arturo, se destaca siempre la frivolidad del mismo. Y como vimos en otros capítulos de este mismo libro, es cierto que un mismo personaje asume matices muy diferentes en la tradición caballeresca francesa, inglesa o alemana. Y que no es lo mismo la visión de cualquiera de estos héroes a mediados del siglo XII, cuando comienzan los primeros brotes de este Ideal de Aventuras Espirituales, que en su posterior cristianización y su huida de todo lo que pudiera ser llamado belleza en este mundo, que nada más se merece, según ellos, que el apelativo de valle de lágrimas. A diferencia de Platón, en San Agustín y sus secuaces la Ciudad Terrestre no es un reflejo de la Ciudad Celeste, sino su opuesto. Nada en lo que se deba verter el más mínimo átomo de esfuerzo. Aunque el Obispo de Hipona bien recriminaría a los legionarios romanos que abandonasen sus puestos para hacerse eremitas, pues cómo iban a defenderse así de los bárbaros. Esto era para San Agustín alta traición, aunque los primeros santos cristianos hubiesen nacido de este modo, decapitados por haber abandonado las armas en pleno combate, y no por haber abrazado la nueva religión.

Gawain, también llamado Galván (en español), o Galvaginus, es el perfecto caballero en su cortesía y defensa de su rey Arturo. Cuando la honra de la Corte entera es sometida a prueba y es el mismo rey Arturo que debe responder, porque ningún otro de los caballeros osa hacerlo (Lancelot, Yvain, Parsifal no están presentes en estas situaciones), es Gawain quien lo hace no importando qué sacrificio sea exigido. Es así el caballero de la honra de Arturo, como Lancelot es el caballero enamorado de Ginebra. Cada uno de ellos está totalmente entregado a su Señor (a), como Galahad está entregado a Dios. Curiosamente Gawain es menos poderoso que Lancelot (pues Ginebra es el Alma de Arturo), y éste menos que su hijo Galahad (por ser el Caballero del Grial, fundamento místico de toda virtud en el alma humana).

Gawain aparece ya en los primeros textos sobre Arturo, desde la *Historia de los reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth, como valiente guerrero que ayuda a este rey «Oso» en varias de sus

campañas militares. Es hijo del rey Lot y de la hermana de Arturo, Morgause, y por linaje y por ser el más cortés de los caballeros, se sienta junto a Ginebra. Es un héroe de características solares y semejante al Cuchulaim irlandés, pues su fuerza crece desde el amanecer hasta el mediodía y decrece a partir de ahí. Su nombre es traducido como «halcón de mayo», aunque otros dicen que su significado es «lobo-guerrero estepario» o «el de cabellos brillantes».

Se lo identifica con el héroe galés, presente en los *Mabinogión*, Gwalchmei, donde sirve como vínculo entre los caballeros extranjeros y la corte de Arturo, y habría sido su heredero natural.

Es el espejo de caballería con el que todos se miden, ya que Lancelot y Perceval, así como Galahad, exceden la medida, no hay término de comparación. En el *Lancelot, el Caballero de la Carreta* de Chrétien de Troyes busca también a Ginebra, raptada por Meleagant, pero elige el camino que lleva al «Puente bajo el Agua» que, aunque también peligroso, lo es menos y menos rápido que el «Puente de la Espada» que elige Lancelot. Lancelot se entrega totalmente, aun al peso de la infamia y de quebrar las formas de Caballería, mientras que Gawain siempre las obedece. Es el hermano de armas y alma hermana de Yvain, el Caballero del León, y lucha con él en un combate en el que ninguno puede vencer al otro. Es también el caballero que con su modo afable y cortés trae amistosamente a Perceval ante Arturo, cuando el caballero del Grial estaba ensimismado en las tres gotas de sangre en la nieve. Es además, en el *Perceval* de Chrétien de Troyes, el caballero espejo de este héroe, en el sentido que la narrativa sigue a cada uno de estos héroes por separado. El mismo Gawain se cruza con la aventura de recuperar la lanza sagrada que hirió en el costado a Cristo.

Es entre todos los caballeros de la Corte de Arturo el más cortés, compasivo y humilde, siempre al servicio de las damas y de quienes sufran[13], como los pobres y leprosos.

Aunque los siguientes versos se hicieron en homenaje al Cid Campeador, Rubén Darío bien se lo podría haber dedicado a Gawain, por las brisas de amor y caridad que inspiran:

> COSAS DEL CID
>
> Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
> una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
> pura como una perla. No se oyen en la hazaña
> resonar en el viento las trompetas de España,
> ni el azorado moro las tiendas abandona
> al ver al sol el alma de acero de Tizona.
>
> *Babieca* descansando del huracán guerrero,
> tranquilo pace, mientras el bravo caballero

sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la Primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—¡Oh, Cid, una limosna! —dice el pobrecito.
—Hermano, ¡te ofrezco la desnuda limosna de mi mano! —dice el Cid;

y, quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

*

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano,
el Cid siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fue al Cid y le dijo: «Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego,
esta rosa naciente y este fresco laurel».
Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente,
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

Otra de las claves de este caballero, Gawain es el Espíritu de Aventura. Y lo escribo con mayúsculas porque es un estado de gracia que indica la presencia del espíritu, la necesidad de expandir los

horizontes, de iluminar el camino, de sacrificar todo aquello que nos otorga seguridad en el altar de lo Desconocido cuya mejor joya alquímica es nuestro propio Nombre secreto, o sea nuestra Alma inmortal. No es espíritu de aventura como búsqueda de nuevas sensaciones, o necesidad de sentir el riesgo como el único modo de sentirse vivos, lo cual es una peligrosa burla a la vida misma, y una droga que devora y aniquila la razón, sustento de nuestra misma existencia.

El rey Arturo actúa y guerrea porque es el Elegido del Destino y la Justicia. Lancelot por el fuego del amor verdadero. Parsifal para reencontrarse con su verdadera naturaleza, tan pura, que lo convierte en Caballero del Grial. Galahad, el único que puede sentarse en el «asiento peligroso» para fundirse con el Corazón de Esmeralda de la existencia que es el Grial y ser la misma Sangre-de-Cristo-Luz-Espiritual derramada por toda la humanidad. Yvain para recuperar el reino de ideales y perfección que sus propios actos le hicieron perder. Pero, entre estos caballeros, el único que actúa por el deber de honra puro y puro Espíritu de Aventura es Gawain.

Realzamos la importancia de este Espíritu de Aventura, el único que puede conducir a una mística verdadera, con las palabras de Juan Carlos del Río en su *La Saga del Rey Arturo* que, por su valor, tantas veces hemos mencionado:

«El término aventura es una de las palabras clave de la novela artúrica: no sólo es el hilo conductor de la intriga, sino que además tiene la función de que el cabalero elegido pase del mundo real al mundo ideal con el propósito del perfeccionamiento moral. El héroe épico consideraba la aventura como un acontecimiento fortuito con sentido dentro del contexto general, es decir, algo propio que le estaba reservado. Sólo aquel que logre dar con la Aventura Máxima podrá restituir el orden original, la costumbre primigenia. Ir a la aventura es dejarse en manos del azar y del peligro. Puede ser un fin en sí o bien un medio para la consecución de otro fin superior. La aventura significa la búsqueda del sentido de la vida: peligro, combate, amor, abandono, encuentro, ayuda, pérdida, conquista, muerte.»

Es lo que la vida ofrece a las almas para que avancen, para que evolucionen, para que se purifiquen de sus errores pasados, para que las intuiciones se conviertan en huellas en el Camino, y las aspiraciones en viento que hincha las velas de nuestra barca, y así la mueve, como dicen los textos egipcios.

Uno de los elementos más simbólicos asociados a este caballero es el escudo que porta, según lo describe el poema anónimo inglés, del siglo XIV, *Sir Gawain y el Caballero Verde*, bella y significativa aventura que luego comentaremos. Dice así:

«Trajeron luego su escudo, que era de gules brillantes, con un pentáculo pintado en oro muy fino. Lo cogió por el tahalí, y pasándose éste por el cuello,

se lo colgó de forma digna y acorde con su persona. Quiero contaros ahora, aunque esto demore mi historia, por qué ostentaba el pentáculo tan noble príncipe. Es el símbolo que un día concibiera Salomón para anunciar la sagrada verdad, cosa que tal figura podía hacer en justicia, ya que. tiene cinco puntas, y cada línea cruza y se une a otra, y es interminable en una y otra dirección; y he oído decir que los ingleses lo llaman, en todas partes, Nudo Sin Fin. De modo que se ajustaba muy bien a este caballero y a sus armas inmaculadas; pues, siendo fiel en cinco cosas, y cinco veces en cada una de ellas, Gawain era tenido por noble, como el oro fino, exento de toda villanía, y adornado con todas las virtudes. Y así, como hombre probado y caballero cumplido, ostentaba el nuevo pentáculo sobre el escudo y la cota que vestía.

Primero, no se le encontraba tacha en sus cinco sentidos; después, jamás falló en sus cinco dedos, y toda su fe tenía puesta en las cinco llagas que Cristo había recibido en la Cruz, como el credo nos enseña. Y cada vez que tomaba parte en alguna batalla, tenía puesto el pensamiento en esto más que en ninguna otra cosa, y todo su valor dependía de los Cinco Gozos puros que la Santa Reina del Cielo recibiera de su hijo. Por ello, el cortés caballero llevaba la imagen de la reina pintada en la cara interior del escudo, a fin de que, viéndola, no desfalleciese su corazón. Las cinco quintas virtudes que este famoso hombre practicaba eran la liberalidad y la bondad, luego la castidad y cortesía, que nunca se corrompieron en él; y como virtud más destacada, la piedad. Estas cinco perfecciones estaban más hondamente arraigadas en él que en hombre alguno. Y tenía, en verdad, la serie de cinco muy trabadas y unidas entre sí, sin interrupción alguna, y fijas en cinco puntos que jamás fallaban, de modo que ni se agrupaban todas a un lado, ni se separaban, ni había extremo alguno, según he podido ver, donde el dibujo empezara o terminara. Así, sobre su espléndido escudo, llevaba magníficamente trazado dicho nudo en oro rojo sobre gules. Tal es el puro pentáculo, como los sabios enseñan.»

Debe ser la descripción más pormenorizada de toda la literatura artúrica y quizás aún, caballeresca. El esmalte gules del escudo es el rojo vivo, que sólo los príncipes podían portar y simboliza, en heráldica: nobleza, magnanimidad, victoria, alegría, honor, furor guerrero, victoria con sangre, y más que nada, la justicia y la caridad (de la que es paradigma Gawain). Recordemos que los tratadistas de la heráldica dijeron que su arte y ciencia venía de Egipto (otros mencionaron que de los clásicos griegos y romanos y otros más del Antiguo Testamento), y luego en el Renacimiento se hicieron correspondencias con días, metales, planetas, etc… según la magia tradicional.

El oro en que está diseñado el pentáculo o «nudo de Salomón» es el más noble de los colores en heráldica, y está asociado a la realeza: constancia, nobleza, poder, amor, generosidad, pureza, fuerza, perfección y de nuevo, como virtudes divinas, la fe, la caridad y la justicia. Es también símbolo de larga vida y de Eternidad, como el trazo sin fin de la Estrella de Cinco Puntas, que se puede hacer una y otra vez sin levantar el pincel, siendo así símbolo de infinito. El Cinco es la Mente humana divina, el símbolo del caballero perfecto, del

servidor de la Armonía, la suma del primer par y el primer impar, como dice Plutarco en su libro *Sobre la E en Delfos*. Esta Estrella es el Microcosmos y está asociada al AMOR, con mayúsculas, a la diosa Afrodita, a la Eterna Juventud, de la que nuestro héroe, que encarna los poderes de la Luz de Primavera es un claro exponente. Este Amor, como Reina del Cielo, como Nuestra Señora, es pintado –y vive así– en la concavidad del escudo, para que al luchar, no deje de ver su dulce mirada y sonrisa, y la paz que le espera tras la muerte, una vez cumplido su deber de Caballero. El escudo se convierte de este modo en altar e imagen de adoración, de suerte que no protege sólo de los golpes y heridas en la carne, sino también de las morales, de las flechas invisibles que envenenan las almas. De la Diosa del Amor como reina de la concavidad que une y ampara, como el Cielo, el profesor J.A. Livraga (1930-1991) dijo palabras tan inspiradas en su fuego como profundas en su significado:

«Es la gruta primordial de la Gran Madre Celeste y es la pequeña cavidad que se ampara entre las manos enlazadas de dos enamorados. Es el refugio, es la vida sobre la cual se resume el Alma. A su lado nos sentimos niños poseídos de un amor sin miedos, sin la racionalización, el preanuncio y el recuerdo del goce. Toda piedad, ante sus ojos somos bellos y bienamados. Es el fuego que murmura misterioso mientras fuera cae la nieve. Es el Gran Amparo. Es el espacio curvo y luminoso que nos lleva al reencuentro final de todos, más allá de las despedidas y las muertes.»

Respecto al símbolo de las Cinco Llagas de Cristo es difícil imaginar la huella que dejó en la imaginación (y a veces incluso en la carne) de los místicos y los caballeros. Hasta el punto de que en el escudo de Portugal se funden con las cinco quinas y en la heráldica y la iconografía de este país es un motivo constante. Pues la sangre de Jesús, como Logos, es la Luz Espiritual que redime a la Naturaleza y al alma humana de sus pecados. El Logos debe morir para que la Naturaleza viva y sea purificada de su simple existencia material, entra en la prisión de la carne para darle Vida. Es la quintaesencia del sacrificio y, por ejemplo, en el libro de caballería que es el *Parsifal* de Richard Wagner, una música de amor y compasión inefable acompaña las palabras del Maestro de Caballeros, Gurnemancio, al mencionar este sacrificio del Señor, en el Viernes (día de Venus) Santo (la Luna Llena que recibe la luz del Sol de Primavera y la vierte sobre la Naturaleza entera, bendiciéndola):

Parsifal

¡Qué hermosa me parece ahora la pradera!
¡He visto flores maravillosas,
que me llegaban hasta la cabeza,
y en cambio nunca había visto unas hojas tan dóciles,
y tiernas, unos capullos y unas flores como éstas

que tan sólo con su dulce aroma perfuman el aire
y me hablan con tanto amor.

Gurnemanz
Es el encanto del Viernes Santo, mi Señor

Parsifal
¡Ay! ¡El día de los más grandes dolores!
¡Creo que todo lo que florece,
todo lo que respira, que vive y sigue viviendo,
no debería lamentarse y llorar!

Gurnemanz
Pero mirad, no es así.
Son las lágrimas de arrepentimiento del pecador,
lo que hoy, en forma de rocío divino
salpica la pradera de flores:
por eso se alegran.
Así es cómo todas las criaturas celebran
ver la hermosa huella de su Salvador,
y le ofrecen sus plegarias.
No lo ven en la cruz:
lo ven entre la humanidad redimida
la humanidad liberada del peso del pecado
gracias al amor puro y a la ofrenda de salvación de Dios.
Las hojas y las flores de la pradera así lo señalan;
¡hoy, ningún hombre caminará sobre ellas,
e igual que Dios, que gracia divina,
se apiadó del hombre y cargó con su sufrimiento,
así el hombre hoy caminará,
con cuidado sobre ellas.
Todas las criaturas dan las gracias,
todo lo que ahora florecer y pronto ha de morir,
pues la naturaleza redimida vive hoy,
en este día de inocencia.

Es también importante destacar que Gawain, como Lancelot, Parsifal, el mismo Arturo o Yvain son Caballeros Perfectos, sólo que cada uno irradia una luz que le es propia, como cada uno de los discípulos del Buda convertidos en arhats. Así aparece, al menos, en la obra de Chrétien de Troyes, y en la anónima de *Sir Gawain y el Caballero Verde*. Son las versiones cristianizadas las que tras hacer la identificación Galahad-Cristo, insisten en ver las sombras y carencias de los otros caballeros, y quedan atrás en la búsqueda del Grial, por ejemplo. Pero en estas primeras versiones, que quiero llamarlas, puras, cada uno es la encarnación viva de un Arquetipo celeste. Y no se

presenta en estos textos a Gawain como vano, o prisionero de las reglas de cortesía o de los mandatos formales, al pie de la letra, de la Orden Caballeresca, abandonando su espíritu; sino que se lo muestra con la belleza del Alma irradiando como una estrella.

Respecto al Pentaclo o la Orden de la Estrella es un símbolo de los Iniciados o Caballeros y Damas perfectos al servicio de la voluntad y justicia del Rey del Mundo. Como simpáticamente aparece en *El Pato Donald en el País de las Matemáticas* tras ser aceptado en la orden de los pitagóricos, que la lleva inscrita en su mano abierta, al saludar como lo hacían los íberos en sus juramentos.

Podemos mencionar tres aventuras importantes de este Caballero:

1- Su presencia en el Castillo de las Tres Damas.
2- El matrimonio con la dama Ragnell[14], venciendo el *maya* de las apariencias por lealtad a su Rey.
3- La referida en el poema Sir Gawain y el Caballero Verde, en que vence a la muerte, es su Iniciación como Caballero Andante.

La aventura en el Castillo de las Tres Damas es narrada en el romance de Chétrien de Troyes, *Perceval y el Cuento del Grial*, que parece en verdad dos libros que simplemente se hubiesen juntado, uno sobre este caballero y el otro sobre Gawain. Gawain está buscando «la Lanza que siempre gotea sangre», la que hirió a Cristo en el costado, con reminiscencias de la lanza de Aquiles, la única que podía sanar la herida que hubiese infligido. Pierde el caballo, atraviesa un río y se encuentra con este misterioso castillo. La pérdida del caballo sugiere una especie de muerte, más porque en vez de atravesar con él las aguas, o sobre un puente, tiene que conducirle un barquero que es la viva imagen de Caronte, y al mismo tiempo de Anubis, porque es guía y consejero en las normas de este reino encantado y le advierte de los peligros que se va a encontrar. El palacio o castillo es descrito del siguiente modo: «Un hombre sabio en astronomía, que la reina trajo a este gran palacio, ha hecho tales maravillas, que jamás oísteis nada semejante: ningún caballero que entre puede permanecer vivo ni sano el tiempo que se tarda en recorrer una legua, si hay en él codicia o algún mal vicio de adulación o avaricia. Aquí no sobreviven los cobardes ni los traidores; los fementidos y los perjuros mueren tan sin remisión, que no pueden perdurar ni vivir».

Una vez en el castillo siente una necesidad imperiosa de sentarse en «el Lecho de Maravilla», y lo hace con armadura, y desde donde recibe infinidad de flechas lanzadas desde todas las direcciones. Luego un león se abalanza sobre él a quien vence, recibiendo su

escudo el zarpazo. Superada la prueba le son presentadas las señoras del castillo, ni más ni menos que la madre de Arturo, su hija Morgause (madre del mismo Gawain) y la hermana de este caballero.

El Caballero que se quede en el Castillo después de superar todas las pruebas es «El Hombre», como la llave que hace que todo pueda volver a su justicia natural, y se refiere a él como un Arquetipo:

«Hay damas ancianas que no tienen marido ni señor, y que injustamente fueron desheredadas de tierras y honores cuando sus esposos fueron muertos. Hay también doncellas huérfanas, que las dos reinas tienen en gran consideración. Toda esta gente va y viene por el palacio con la loca esperanza de algo que no podrá ocurrir jamás: esperan que llegue un caballero que las proteja, que devuelva a las damas sus honores, que dé marido a las doncellas y que haga caballeros a los pajes. Pero se helará todo el mar antes de que se encuentre un caballero que pueda permanecer en el palacio, pues tendría que ser completamente gallardo, sensato, sin codicia, valeroso, valiente, franco, leal y sin villanía ni tacha alguna. Si fuera posible que uno así llegara, éste podría poseer el castillo; éste devolvería a las damas sus tierras, concertaría la paz en mortales guerras, casaría a las doncellas, armaría a los pajes y sin demora alguna acabaría con los encantamientos del palacio.»

También aquí se ve que Gawain es ese arquetipo, supera las pruebas, colma la medida, es el «protector de las Damas», por excelencia, entre todos los caballeros de la Corte del Rey Arturo, es el gran servidor del Eterno Femenino, como se va a ver en el culto que hace a la Dama Celeste o Reina del Cielo en la concavidad de su escudo. Y sin embargo, él decide no permanecer en este lugar que, con él, ya sería idílico, y el tiempo quedaría en suspensión, sumergido en lo eterno. Pues la condición es permanecer ahí para siempre, y tanto la generosidad de Gawain como su espíritu de libertad, que es la Aventura, con mayúsculas se lo impiden. Pues esta Aventura es, en el fondo, la imagen dinámica del mismo Eterno Femenino, y la Compasión que es como la esencia misma de la Vida, no puede ser encerrada en un frasco, en un espacio confinado, tiene que llegar hasta los confines mismos de la existencia.

El Lecho de las Maravillas hablando en términos teosóficos es como si representara la Mónada Dual (Atma y Budhi), con la que fundiéndose la Mente (el Caballero), hace que todo llegue a la suma perfección. Es de oro (atma) con cuerdas de plata (budhi) y se mueve con extrema facilidad por toda la sala, indicándose así la máxima sutileza de la sabiduría. Se sienta en ella armado (las conquistas espirituales del Camino), y sólo así no le hacen efecto los dardos mortales. Sólo el caballero perfecto puede superar la prueba de ese Lecho, y aunque decida marcharse del Castillo se lleva el amor, la bendición y el consejo de las Tres Damas. Una vez sentado en él, habiendo vencido y que vea la belleza de las doncellas que le van a

servir, dice el texto: «Siente el mayor gozo que experimentó jamás por este honor que Dios le ha concedido.»

El matrimonio con la Dama Ragnell, tal y como aparece, por ejemplo, en el poema anónimo del siglo XV, *El matrimonio entre Gawain y la Dama Ragnell*, que algunos atribuyen al mismo Sir Thomas Malory. Heinrich Zimmer en su *El Rey y el Cadáver* hace una bella exposición del mismo, después comentado profusamente por la filósofa Lucia Helena en sus ciclos de conferencias sobre este tema.

Para que el rey Arturo sea liberado de la muerte cierta, debe solucionar un enigma, y una bruja de fealdad insoportable y voracidad sin fin tiene la respuesta a ese enigma. Pero la condición es casarse con su mejor caballero. Gawain acepta el desafío, por su lealtad incondicional a su rey, y el día de la boda, ante el horror de todos los caballeros se retiran ambos, él y ella, a la cámara nupcial. Aunque aterrado por su aspecto horrible, no sólo la trata con infinita cortesía, sino que cuando le va a hacer el amor, ella se convierte en una joven de deslumbrante belleza.

La cuestión, el enigma que se le propone al rey Arturo es qué es lo que realmente satisface a una mujer, su búsqueda oculta con respecto al hombre: ¿tesoros, amabilidad, una vida estable y cómoda? Un año de preguntas a todas las mujeres del reino y no son capaces de llegar a la solución exacta de este acertijo. La Dama Ragnell –que se presentaba como bruja– le da la respuesta. Lo que la mujer quiere del hombre es la entrega incondicional.

Por Gawain hacer esto con ella, por entregarse incondicionalmente, aunque fuera movido por el deber más amargo, conquista el tesoro de esta beldad, no sabemos si hada o dama.

Al final se verifica la enseñanza imbatible del Bhagavad Gita hindú:

> «El placer rajásico (o sea, el movido por el deseo) deleita al principio cual suavísima ambrosía y amarga después como astringente ponzoña».
>
> «El placer sátvico (movido por la búsqueda de la armonía y el deber) amarga al principio como astringente ponzoña pero después deleita cual suavísima ambrosía».

En verdad Gawain se entrega incondicionalmente al deber, y las victorias y pureza en este camino le van aureolando de belleza. Y con esta Luz, que el Cielo derrama sobre él, va bendiciendo el mundo como el más cortés de los Caballeros Andantes.

La aventura más conocida es, sin embargo, la de **Sir Gawain y el Caballero Verde**, con un ritmo y encantamiento que arrebata el alma, con la magia de las aliteraciones.

Un gigante, verde, todo vestido de verde, a caballo y con una gran hacha, interrumpe un banquete de la corte del rey Arturo y desafía al rey o sus caballeros a un juego de «decapitación». La imponencia del personaje hace que todos retrocedan ante el desafío, por lo que Arturo mismo va a aceptar. Gawain lo impide y se adelanta, y el gigante se ríe ante todos de la audacia del mozalbete. Debe intentar cortarle la cabeza con esa gran hacha, y estar dispuesto en un año a ir a la «capilla verde» en un lejano bosque en dirección norte y ofrecer la suya al gigante, al Caballero Verde. Gawain, con la gran hacha sajona corta la cabeza del Caballero, que para espanto de todos recoge de nuevo la cabeza y con voz espectral recuerda a Gawain la promesa.

Pasan las Estaciones y en el Día de Todos los Santos, sabiendo que se dirige hacia su propia muerte, se arma caballero, se le entrega el escudo del pentaclo, y sobre su caballo, Gringolet atraviesa Gales, zonas pantanosas y cenagales, enfrenta la intemperie y peligros, el ataque de osos, lobos, troles, dragones… hasta que desesperado por no encontrar nada que le conduzca a esta Capilla Verde, pide ayuda al Señor y a la Virgen y milagrosamente ve a lo lejos el castillo de Hautdesert donde le acogen con grandes muestras de alegría.

El señor del castillo le hace un trato, los tres días que permanezca alojado Gawain, el castellano saldrá de caza, y cada uno en la cena, otorgará lo que haya conquistado durante la jornada. La dama del castillo intenta seducir al sobrino de Arturo, pero este se resiste porque es contrario a la Orden de Caballería injuriar así al anfitrión; y ella le da un beso.

Al retornar de la cacería, el señor del castillo trae un ciervo (asociado a la realeza) y abundantes presas que las entrega, para la cena, a Gawain. Y este le da lo que ha conquistado en el día, un beso, y juntos ríen.

En la segunda jornada es lo mismo, pero la caza es un jabalí (símbolo del poder guerrero) y la dama, sentada en la cama de Gawain insiste, argumenta y seduce con tal ardor al caballero que este apenas resiste. Pero lo hace y recibe de ella dos besos. El castellano recibe de Gawain entonces dos besos y juntos ríen la broma.

La tercera jornada, antes de amanecer la dama regresa al dormitorio de Gawain y ahora cerca al caballero con palabras y gestos de una dulzura irresistible y a pesar de su virtud y fortaleza moral, casi sucumbe. La retórica del texto mismo es de una belleza embriagadora:

«Sumido en inquieto sueño, como el hombre que es asaltado por lúgubres pensamientos, el noble caballero murmuró algo acerca de qué le depararía el

destino el día en que se enfrentase con el hombre de la Capilla Verde, y recibiese el golpe que justamente le correspondía sin que mediase combate. Pero al entrar la encantadora dama, recobró su conciencia, desechó aquellos malos sueños, y contestó apresuradamente. Se acercó ella sonriendo dulcemente; e inclinándose sobre su rostro hermoso, lo besó hábilmente.

El caballero la acogió con alegre saludo; y al verla tan espléndidamente vestida, tan perfecta en su semblante y tan graciosa en sus facciones, al punto se le inflamó el corazón. Con dulces y tiernas sonrisas, intercambiando amables palabras henchidas de felicidad, no tardó en reinar la alegría entre ellos, y el contento en animar sus corazones. Sobre los dos se cernía un grave peligro, de no ser porque María medió en favor de su caballero.

Pues le apremió de tal modo aquella excelente princesa, y le llevó tan cerca de los límites, que finalmente se vio en la necesidad de rechazar sus favores con ofensas, o tomarlos. Le preocupaba su cortesía, ya que no quería ser tenido por miserable; pero aún le preocupaba más el agravio que infligiría si cometía pecado y traicionaba al señor del castillo, su anfitrión. «¡Que Dios me salve», exclamó, «de una traición así!». Y con afable sonrisa, soslayó las dulces palabras de amor que brotaban de los labios de ella. Y dijo entonces la señora al caballero:

– Merecéis reproche, si no amáis a la que yace sola junto a vos con el corazón más herido que ninguna mujer en el mundo, a no ser que os debáis a otra, por la que sentís más amor y a la que habéis ligado tan fuertemente vuestra fidelidad, que no deseáis romper ese lazo... cosa de la que ahora estoy convencida. Os ruego que me lo digáis con sinceridad, por todos los amores que existen en la vida; no me ocultéis engañosamente la verdad.

– ¡Por San Juan, que no! –exclamó entonces el caballero sonriendo–. Ni la tengo en este instante, ni la deseo tener.

– Esas palabras –dijo la dama– son las peores de todas. Pero me habéis respondido, aunque me resulte doloroso; dadme un beso cortésmente, y al punto me marcharé; tal vez mi sino sea llorar como una doncella profundamente enamorada.»

La dama le ofrece entonces un anillo de oro y una piedra preciosa, que él rechaza pues el anillo es ya vínculo de amor y él, que va hacia la muerte debe ir libre de todo lazo para enfrentarla más sereno. Acepta sin embargo un cinto verde de seda, que la castellana le asegura garantiza protección contra todo mal al caballero que la porte. Ve en ella una forma de expresar gratitud y una esperanza de salvación. Habría sido además una descortesía rechazarlo. La dama entonces le besa tres veces.

El señor del castillo vuelve con un zorro como presa y Gawain le da tres besos, pero nada le dice del cinto de seda.

Cabalgando hacia la cita con la muerte, un campesino le tienta, pues dice que nadie ha sobrevivido nunca al Caballero Verde, pero él ha empeñado su alma y prefiere la muerte a la deshonra.

Al encontrar la Capilla Verde, que es o una grieta en la roca o una caverna, el Caballero Verde hace acto de presencia y tres veces descarga su hacha sobre su cuello: en la primera se detiene porque

Gawain contrae los músculos y el gigante le reprocha su cobardía; en la segunda no termina el golpe destacando el coraje del caballero y enervándole; en la tercera, como por arte de magia, en vez de cortarle el cuello le hace un rasguño del que brota la sangre.

El Caballero Verde se identifica a sí mismo como el castellano, Bertilak, y encantado por el hada Morgana. La herida se debe a que la virtud y lealtad del caballero es impecable, si no fuese porque no le había dicho, en contra del pacto de caballeros, que había obtenido el cinturón verde de su dama. Todo había sido una maquinación del señor del castillo para probar el temple del caballero.

Gawain regresa a la corte de Arturo y narra la aventura, el cinto verde sería a partir de ahora el testimonio de que no fue un caballero perfecto, que temió por su vida en el difícil trance. Pero todos en el regio banquete celebran su valentía y llevan a partir de ahora, debajo de las armaduras un cinturón verde.

El que la aventura se inicie en Año Nuevo, que en este mismo día termine, y la propia figura del Caballero Verde vincula a esta aventura con un ritual de renovación, de prueba y victoria sobre la oscuridad, como el Sol, que resurge al tercer día, o como el Sol Invicto de los misterios de Mitra. Es la victoria sobre el miedo a la muerte, y en cierto modo, sobre la muerte misma. El color rojo[15] y verde, como nos dice H.P. Blavatsky son los de Kama Manas, el Manas dual, el cuarto plano de la existencia, que equivale a la mente concreta. En la India el dios de la muerte, Yama, que es además el dios juez de los muertos, junto a su esposa Yami, representan lo mismo: «Yama-Yami es el símbolo del Manas dual, en uno de sus significados místicos. Por ejemplo, Yama-Yami está siempre representado de un color verde y vestido de rojo, y como viviendo en un palacio de cobre y hierro. Los estudiantes de Ocultismo saben a cuál de los «principios» humanos deben aplicarse los colores verde y rojo, y por correspondencia, el hierro y el cobre».

El verde es el color de la «balanza» que juzga y arroja a la muerte lo que no es válido. Es también el color de la salud, y de la naturaleza, el del umbral, más allá del cual no se puede pasar si no se es puro, el de la armonía entre los opuestos. Es el color de Saturno, el Gran Discriminador, que, como la muerte con la guadaña, cosecha para la eternidad todo lo que es puro, y entrega a la muerte lo que no.

Que la prenda verde entregada por la dama sea un cinto es también revelador. Es como la banda consagrada que usaban los templarios debajo de su túnica, símbolo de pertenencia a la Orden y de separación de lo que es noble –o superior– de lo que no –lo inferior– debajo del mismo.

Esta prueba es un símbolo de la Iniciación de Gawain, en la que vence, pero aún no es de oro perfecto, aun no ha culminado la transmutación alquímica, su cuerpo es de carne y la roja herida en el cuello se lo recuerda.

Curiosamente el verde es también el color de la cortesía, de las bellas formas, de la mística en que se aúnan la buena voluntad y la eficacia, de la armonía, de la ayuda a los desfavorecidos de la vida. Y aún el color del Ideal Caballeresco, y no se es Caballero hasta que no se es, como Gawain, probado por la muerte.

YVAIN, EL CABALLERO DEL LEÓN

«¿No has observado que la cólera es una cosa indomable,
y que torna al alma intrépida e incapaz de ceder ante el peligro?»

República de Platón, Libro II

«Limpia su espada, manchada por el veneno y la inmundicia de la serpiente, y vuelve
a envainarla, para reemprender el camino. Sigue su marcha flanqueado por el león, que ya
jamás se apartará de su lado: de aquí en adelante, quiere acompañarle siempre, estar a
su servicio y protegerle.»

El Caballero del León, de Chetrien de Troyes

Otra de las joyas literarias, simbólicas y caballerescas que nos ha entregado Chetrien de Troyes es el romance *Le Chevalier au Lion*, de gran belleza y profundos significados, a veces enigmáticos, como sucede con muchas de las escenas y aventuras del ciclo artúrico.

Una de las esculturas más primitivas que conocemos, fechada en el Auriñaciense, en el Paleolítico Superior, y con más de 30.000 años de antigüedad, es precisamente la de un hombre-león[16]. O quizás debamos decir mujer-león y estaría así emparentada con la diosa egipcia Sekhmet. De hecho lleva, a modo de brazalete, 7 líneas horizontales paralelas. La diosa Sekhmet representa, en una clave, la naturaleza en sus siete planos de conciencia, la que al ser perturbada su perfecta armonía, reacciona generando ondas «kármicas» que reestablecen otra vez la paz, aunque sea a través del dolor y purificación, la justa medicina. Si esta figura del Paleolítico es un hombre-león, es muy semejante a los que se muestran en pintura en la cueva de Chauvet, un poco posteriores.

En la religión hinduista, una de las formas o avataras del Dios Vishnu es precisamente un hombre-león (este es el significado literal de su nombre, *Nara-Simha*) que lucha contra la tiranía de Hiranyakashipu. Los epítetos que recibe este héroe, de características netamente solares, como lo es el mismo Vishnu con sus doradas vestes, son muy esclarecedores: el de los ojos de fuego, el que causa terror con su rugido, el de la faz llameante, aquel cuya faz es difícil de soportar, el que hiere con sus uñas, etc. Es el más terrible de los avataras de Vishnu, pues aúna el poder divino con todas las fuerzas de

la naturaleza en su estado excelso (representado por el león, rey de los animales).

En la tradición persa y luego, al ser asimilado en la romana, nos encontramos con una forma de este «Perfecto Caballero» que es Mitra en su figura de Zurvan Cronos como Rey de la Eternidad, con forma humana y cabeza de león y la serpiente del tiempo infinito que gira a su alrededor.

Y cómo no mencionar al mismo Heracles griego o Hércules romano, que es en realidad un Hombre-León, figurado siempre con su piel del león como armadura impenetrable. Los trabajos de Hércules son los trabajos del Sol que debe superar las pruebas de los doce signos del Zodiaco para reestablecer plenamente su condición divina.

También, anterior a Hércules y en cierto modo su prototipo, Gilgamesh es, asimismo, un Hombre León; y una de sus representaciones más importantes es venciendo y sujetando a un león, como si fuera un simple gato doméstico. Él es un hijo de los Dioses y todo el poder de la Naturaleza está simbolizado por su infatigable compañero Enkidu, con el que sueña en la forma de un Hacha de Doble Filo caída como un meteorito a sus pies.

Homero nos dice que los reyes son los leones entre los hombres, y el mismo Buda recibe el nombre de León que, con su rugido, estremece los mundos con la Buena Ley (la de las 4 Nobles Verdades). Y en la simbología cristiana medieval el León representa a Cristo.

Los reyes egipcios mismos (o sea, los faraones) asistían a la batalla acompañados de leones que les ayudaban en la lucha, como por ejemplo Ramsés II en la batalla de Kadesh con su fiel león cuyo nombre era «destructor de sus enemigos».

No deja de ser llamativo que el último y quizás más perfecto de los caballeros, que es Don Quijote de la Mancha, «el de la Triste Figura» asuma también este nombre –que es también el de Amadís– en la segunda parte de la obra de Cervantes.

Es decir, el personaje del ciclo artúrico, Yvain o el Caballero del León, se entronca en un culto muy antiguo de aquellos héroes que habían despertado y puesto a su servicio al león interior, el poder de la naturaleza en su grado máximo, al servicio de una causa justa.

Los eruditos se esfuerzan en saber, y debaten con ardor, cuál es la inspiración del poeta francés a la hora de escoger la fábula central del mito –y de su novela– que es el momento en que el héroe, viendo cómo luchaban entre sí un dragón y un león, o mejor, cómo el dragón envenenaba y sujetaba a un león vencido, haciendo arder su cola, decide tomar partido y ayudarlo.

Y no debe ser difícil, pues ese triángulo hombre-león-dragón aparece claramente en la *República* de Platón para identificar las tres almas o yoes en cada persona. No deja de ser curioso que la ciencia haya encontrado en el organismo neuronas «pensantes» o sea, un «cerebro» en la cabeza (hombre), en el corazón (león) y en el estómago (dragón). Y el Maestro de la Academia explica claramente que el filósofo es aquel que libera al león del poder venenoso de la serpiente y lo humaniza, que es ahí donde se despierta la verdadera esencia del valor: el ímpetu combativo natural del alma animal humana al servicio de la razón y la justicia, como un león domesticado fiel y leal a su dueño.

La elección de ayudar al león y no a la serpiente es el equivalente de la elección de Hércules, cuando su poder interior se despierta: la elección de servir a sus propios instintos animales, o a la virtud.

Por cierto, el alma divina surgiendo de un Grial, dragón y serpiente, en triángulo, que están figurados en el escudo de la ciudad de Coimbra, Portugal con múltiples interpretaciones. Aunque en la más común el dragón no simboliza el alma concupiscible; no por lo menos, directamente, sino el alma-dragón de la naturaleza, con todo su poder ígneo y de transformaciones. En otra interpretación, de Fray Jorge Pinheiro y en un discurso dado en el año 1625, para solemnizar la canonización de la Reina Santa –o sea la reina Isabel de Aragón, esposa del rey Don Dinis– patrona de esta ciudad, dice que esta imagen femenina es la reina santa de las rosas, el león representa a Castilla y la serpiente alada o dragón es el símbolo de Portugal. Pues de hecho la serpiente alada es el emblema cierto de Portugal y no como muchos creen, el gallo de Barcelos.

Esta obra de Chetrien de Troyes narra la historia de un caballero errante, Yvain, que quiebra una promesa a su Dama y ésta le rechaza, debiendo someterse a una serie de pruebas y trabajos para volver a ser digno de su amada, después de llegar incluso a la locura y vivir como un animal.

Calogrenante, un caballero de la corte del rey Arturo narra una historia maravillosa de una fuente y cómo fue derrotado por un caballero, todo vestido de armaduras negras, Esclados. Yvain decide emprender la misma aventura y vengar así, si puede, a Calogrenante. Verifica el mismo milagro de la fuente en el que, al extraer de ella agua y verterla sobre un escalón o piedra mágica, en la floresta de Brocelandia, se genera una gran tormenta que arrasa la región y luego unos pájaros cuyos cantos extasían por su belleza sobrenatural se apiñan en el árbol, junto a la fuente. Inmediatamente después aparece Esclados quien es vencido por Yvain. La reina de la región y del

castillo, cuyo nombre es Laudine llora a su antiguo esposo y conduce su cadáver dentro de la fortaleza, a la que entra también Yvain, ayudado por una doncella de la reina, Lunete, que le da un anillo mágico que le permite la invisibilidad. Entra incluso invisible a la cámara de la reina viuda, de quien se enamora perdidamente. Gracias a la intercesión de Lunete, la reina Laudine ama y se desposa con Sir Yvain. Pero después Sir Gawain convence a este caballero, su hermano de armas, para recorrer el reino desafiando a otros caballeros y celebrando justas y torneos. La reina le da permiso para que abandone sus tierras, pero le pone el plazo de un año, que él no cumple. Varios meses después de expirado el tiempo, Lunete viaja a la corte de Arturo y le pide el anillo de lealtad y vínculo que la reina le había concedido en sus bodas, y le expresa el rechazo de la reina por perjuro. Yvain enloquece, se desembaraza de la armadura y acaba desnudo, viviendo como un animal salvaje entre los animales salvajes y cazando con un arco y comiendo carne cruda, sin saber ya ni siquiera hablar.

Un día se encuentra con un ermitaño, quien lo alimenta con pan y agua pura, y días después cociendo los alimentos que el caballero salvaje traía, de la caza; siendo de este modo, poco a poco «humanizado» de nuevo.

Un día está dormido y tres doncellas le encuentran desnudo, siendo reconocida por una de ellas como el Caballero Yvain de la corte de Arturo, por una cicatriz. Se decide a ayudarle y le deja vestimentas de caballero y lo unge con un remedio de la maga Morgana capaz de arrancar la locura del cuerpo y del alma. Le unta todo su cuerpo con el mismo, para disgusto de la reina de esta doncella, que preciaba mucho el ungüento y le había ordenado que le diera sólo un poco. Pero de gran utilidad le fue a esta reina, pues luchó contra un conde que devastaba sus territorios y amenazaba su castillo, venciéndolo.

Es en este momento cuando sucede la escena que lo caracteriza, la del combate del dragón para liberar al león, y cómo éste se convierte en su amigo y guardián inseparable.

A partir de ahí, lucha contra gigantes, contra dos personajes monstruosos hijos de un demonio y de la señora del castillo, y también contra su mismo hermano de armas y de alma, Gawain, defendiendo el derecho de una dama ultrajada. Pero lo hace con su nuevo nombre de Caballero del León, desconocido así para toda la corte del rey Arturo. Después de luchar un día entero y viéndose imposible decidir quién es el vencedor, descubriéndose y reencontrándose así se abrazan y cada uno se reconoce perdedor para otorgar al otro la victoria.

Finalmente el Caballero del León consigue, con una argucia de Lunete, reconquistar el corazón de la dama y reina que fuera su

esposa, de Laudine, y unirse de nuevo a ella.

Muchos son los símbolos que vemos en esta leyenda del ciclo artúrico. Desde luego la primera y más importante, la relación del Caballero con el León, y de la que hablaremos después.

El desencadenante de todo es una misteriosa piedra o escalón[17] que al derramar sobre ella el agua de una fuente milagrosa, se produce una tempestad que arrasa los territorios circundantes, el reino de Laudine. Y luego sobre el árbol junto a la fuente, llegan infinidad de pájaros cuyos cantos son de una belleza inefable.

Algunos estudiosos de esta temática dicen que evoca tradiciones celtas de cómo hacer llover derramando agua sobre una piedra. Sí, ciertamente, pero es más, pues esto provoca el ataque del defensor de dicho reino a quien ha usurpado la fuente. Quizás, más herméticamente evoque los ciclos y la piedra sea símbolo de la Naturaleza, o de la Tierra entera, que es ungida con nuevas energías –cambio de Era– lo que provoca una tempestad que todo lo arrasa, y después, cantan los nuevos Arquetipos –los pájaros sobre el Árbol de la Vida– es entronizado un nuevo rey (en este caso Yvain, como Caballero del León se convierte en símbolo de un nuevo Sol), y éste se convierte en un nuevo amor del alma de la Humanidad (la reina), a veces representada como un Cisne blanco en las tradiciones hindúes.

También es símbolo el anillo mágico que la doncella Lunete le da y le permite ser invisible y acceder a la Cámara de la Reina, lo que hace que se enamore perdidamente de ella, que es la encarnación de la virtud y la belleza. Este anillo es como si fuera el secreto, el vínculo mágico que permite entrar en el misterio o vivirlo, aunque sin haber aún superado las pruebas que van a permitir volver de pleno derecho a él, en este caso al final del libro. Semejante al amor entre Psique y Eros en donde el dios del amor se muestra siempre invisible, y luego ella debe superar todas las pruebas que permiten volver y desposarle con Él, convertida ya en una diosa. Otro anillo importante es el que la reina le da como vínculo de lealtad y unión, para poder conquistar la tierra con justas y torneos fuera de su Palacio encantado, pero al que debe volver antes de que pase un año.

Personaje curioso es, sin duda, la doncella Lunete, que parece ser quien realmente conduce la obra y hace que todo suceda con sus ardides. Ella es la perfecta servidora de la reina, quien guía a Yvain y a quien éste salva de la muerte. Es como si fuese el ánima del mismo Caballero del León, su verdadera aliada (en la corte o sabiduría, como el león lo es en la batalla o mundo). En la Edad Media, los filósofos la hubieran llamado Inteligencia Activa, es el centelleo del fuego de la razón, encontrando siempre el camino para llegar a Ser. En realidad,

Lunete, Yvain y el León forman una trilogía inseparable.

También es de gran interés el ermitaño que se encuentra y que le alimenta con sustancias «humanas»: la carne cocinada y el pan. Él mismo significa una transición entre la floresta, lo salvaje y las tierras cultivadas; y los asuntos de una sociedad organizada, incluido el castillo, dado que se dedica a ir quemando el bosque en parcelas para ganar estas tierras para la agricultura. Es como un Anubis o Hermes que lo lleva de la inconciencia a lo humano, preparando la tierra de su cuerpo, con alimentos, para el despertar.

Y aquí nos hallamos con otro símbolo de gran importancia, que es el sueño profundo de Yvain, y del que despierta ya recordando quién es, como caballero y las desgracias que le llevaron a una vida salvaje con el alma y la razón ausentes, y recordando también la necesidad de ser digno de su esposa y reina Laudine, que es la Sabiduría y Honra de Caballero. La unción, que arranca de la locura, es unción de caballero, que vuelve a ser rey de sí mismo, una especie de «bautismo de fuego» que le hace recuperar la memoria del alma y saber quién es realmente. Recordemos esa vieja enseñanza que dice que «la memoria es el atributo de fidelidad a nosotros mismos». Pero no se refiere a memoria intelectual, sino a la guardia de los principios mentales y conocimientos esenciales –símbolos de ideas vivas– que definen nuestra identidad real, no simplemente la de nuestro cuerpo y sus necesidades. Memoria es la conciencia renovada de nuestra naturaleza y de los deberes, y dado que el ser humano es de naturaleza mental –aunque su esencia sea divina– la Memoria del Alma es el soporte del Yo verdadero, como la memoria de la personalidad o cuerpo es el soporte de la conciencia unida a este vehículo de expresión perecedero. La Memoria del Alma es lo que Platón llamó Reminiscencia y como se dice en este mismo libro «todas las palabras se pierden si no se entienden con el corazón».

Este sueño del que va a despertar de nuevo «caballero» es precedido por otro en el que se sumerge en la inconciencia, cuando deja su armadura y su espada y la sustituye por un arco con cinco flechas aceradas, símbolo, evidentemente, de los sentidos y su acción devastadora que dominan el campo mental una vez el alma racional se haya ausente.

Símbolo es también la doble puerta que permite el acceso al castillo de la reina Laudine que, al caer la primera hoja, mata a su montura e incluso le arranca las espuelas, y la segunda le deja preso en una sala «cuyas bóvedas estaban ribeteadas con clavos de oro, y cuyas paredes estaban adornadas con pinturas de gran arte y calidad». Siendo el castillo de la reina un templo, en verdad, es como si esta doble puerta representase lo mismo que el patio de columnas de un

templo egipcio, el espacio intermedio entre lo recóndito del templo, el santuario, y el mundo exterior.

Es también símbolo –cuando Yvain hiere mortalmente a Esclados quien se refugia y fallece en el castillo de su esposa reina– el que ella se despose ahora con Yvain, gracias a los ardides de Lunete. Como si la reina fuese el alma del reino, su gloria y luz, el alma de sus gentes, y «a rey muerto, rey puesto». El rey o poder que gobierna en un nuevo ciclo lo hace sobre la misma Alma Naturaleza. Esto también tiene que ver con el Jubileo, en el sentido egipcio, o sea en el verdadero y primitivo, en el cual, el Faraón debía demostrar, tras un periodo de 30 años de gobierno, que aún tenía vigor y poder para hacerlo, y si no, morir –que esta muerte fuera real o simbólica es otro asunto– y dejar el paso al heredero. El Ka de Horus, o espíritu de la realeza, que es quien realmente gobernaba, debía hallar un nuevo cáliz humano de renovado vigor. Los sacerdotes hacían incluso en una ceremonia el traspaso de dicho Ka o Doble del dios Halcón.

De todos modos, el símbolo más importante y el que define al personaje, es el León. Un león que es dócil a la voluntad de su amo y que está siempre a su servicio. En lo que respecta a este animal todo lo que se narra es verosímil, y aunque tenga un significado alegórico también, podría muy bien no dejar de ser real. Todo lo que hace el león es posible, y aun la lealtad total a su dueño, en la paz o en la batalla. Y también la relación tan estrecha, de vínculo profundo que se da entre el caballero y el león.

Sin embargo, también puede ser interpretado alegóricamente y entonces el león es la encarnación del mismo poder de alma del caballero, su Shakti, como dirían los filósofos hindúes, o su Ka, según los egipcios. Y no es sólo Artemidoro de Éfeso quien dice que los lugares de poder son anunciados en los sueños precisamente con los leones, y esto no depende de la educación. Está en el mismo Inconsciente Colectivo humano, que diría Carl Gustav Jung. El León encarna el poder en la tierra, como el Águila lo hace en el cielo, son Arquetipos, expresados con estas formas animales en el mundo psíquico, que luego emerge desde lo profundo en algunos sueños.

El León le protege en los combates injustos, y le permite cumplir su Destino y abrir el camino de obstáculos para desposarse de nuevo con Landine, la reina de Brocelandia.

El León caza para él, vela cuando duerme el caballero, le protege de las acechanzas en la floresta y también en el palacio, en los banquetes o en el dormitorio, tendido vigilante a sus pies. En los torneos, si la lucha es desigual e injusta, aunque haya sido retenido para no intervenir, al final protege a Yvain, salvándole la vida.

Cuando se acercan de nuevo, por segunda vez a la fuente milagrosa, Yvain se hiere fortuitamente, comienza a derramar sangre y queda inconsciente; ahí el león, creyendo que ha muerto, se retuerce, y entre alaridos resuelve quitarse la vida con la espada que según cree ha matado a su señor, sosteniéndola en un árbol, y a punto está de ello si este no despertase. Quizás este sea el párrafo donde se demuestra más la dimensión simbólica del león, pues esta acción no le es propia y es difícil incluso imaginarla.

Yvain quiere tanto al león como a su propia persona, y si va a entrar en un palacio, y aún en el dormitorio o en un festín, no lo deja nunca detrás. O entran los dos o él no entra.

Después de liberar a Lunete de una ordalía, ambos, caballero y león quedan malheridos, y el animal no puede acompañar a Yvain. El caballero entonces convierte su escudo, del revés, en un lecho, con musgo, donde lo lleva, hasta que llega a un castillo donde curan a ambos.

Esta escena, del León «dentro del escudo» es muy sugerente, pues recuerda las potencias mágicas que residían en la concavidad del escudo y figuradas como símbolos, protegían al Caballero. Aunque la del poema es una narración literalmente verosímil, la alusión es muy llamativa. Un himno egipcio, la Letanía de Shu, en el *Libro de los Cantos Potentes* reza semejantes ideas:

> «SOL NACIENTE TU TE SOSTIENES A TI MISMO, SOBRE TU ESCUDO LA IMAGEN DEL DIOS QUE ESTA COLOCADO SOBRE TU ESCUDO»
>
> «TU NOMBRE ES MAS PODEROSO QUE LOS DIOSES... TU NOMBRE, DEL DIOS SENTADO EN EL CENTRO DE TU NAVE». [La nave, en este caso, es el Escudo].

La invocación al «Sol Naciente», que en una clave representa al Aspirante a la Sabiduría, asume características netamente solares, como el propio símbolo del León.

Cuando el león malherido entra en el castillo es depositado, sobre el escudo, en una escalinata-piedra como la que dio inicio a la aventura, la que estaba junto al pozo o manantial. Es como si fuese un altar sobre el que se vierte la libación, en el primer caso, y aquí es como si fuese una especie de apoteosis del león que, aunque luego sigue sus aventuras con el caballero, es como si pasando casi por la muerte atravesase éste, o ambos, un umbral.

La relación de Yvain con el León es como si fuesen las dos caras de lo mismo, tal y como el caballero manifiesta en una ocasión: «No temáis, este león jamás os hará daño, creedme, os lo ruego, porque los dos somos compañeros: él me pertenece como yo a él». Y cuando dice «llevándose a su león, pues nunca en la vida hubiera consentido en

renunciar a su compañía».

Vemos así, en plena literatura artúrica el retorno de viejas sagas y sabidurías que mencionan la relación del caballero con el león, como su misma alma y potencia solar, y como el rey y más noble de los animales. Gilgamesh, Hércules, Nara-Simha renacen en el nuevo símbolo de Yvain, el caballero del León.

MERLÍN, EL PODER ESPIRITUAL DETRÁS DEL REINADO DE ARTURO

«Conocía la esencia de todas las cosas, su transformación y su renovación, conocía el secreto del Sol y de la Luna, las leyes que rigen el curso de las estrellas en el firmamento; las imágenes mágicas de las nubes y el aire; los misterios del mar.
Conocía los demonios que envían sueños bajo la Luna.
Comprendía el grito áspero de la corneja, el volar cantarín de los cisnes, la resurrección del fénix. Podía interpretar el vuelo de los cuervos, el rumbo de los peces y las ideas ciegas de los hombres, y predecía todas las cosas que sucedían después.»

Romance *Lanzarote y Ginebra*

«El imperio del Amor se ha abierto, la fábula comienza a urdirse»Novalis

«Merlín, tu sabiduría ha forjado este anillo de Caballeros»

Arturo, en *Excalibur* [18]

Entre los tesoros de la literatura y de las leyendas artúricas, una de las figuras más relevantes y que más respeto impone es la del mago Merlín.

Merlín es el poder espiritual detrás de todo el ciclo artúrico, y es quien como profeta y taumaturgo, como fuerza histórica en lo oculto, lanza el Ideal Caballeresco tras la caída del Imperio Romano. O sea, es el símbolo de todos los sabios e Iniciados que trabajaron sin casi ser visibles, y estuvieron promoviendo esta nueva forma de avanzar hacia la Luz y evitar la degradación animal de la naturaleza humana.

Si en la Tabla Redonda los caballeros más importantes están asociados a los signos del Zodiaco, Merlín es, desde luego Capricornio, el ermitaño de los bosques, el que ha subido a lo más alto de la condición humana, el Maestro, el consejero de los reyes, y el que lleva adelante en el silencio, como alquimista, la Gran Obra de transformar la sociedad para que así nazca una nueva Edad de Oro, la de Arturo, y su Camelot.

La pérdida de memoria hace que mito e historia se fundan hasta ser casi imposible separarlos. El mito tiene vida propia y evoluciona por sí mismo, siguiendo los anhelos ocultos de las almas en las que alienta, y los vínculos con todo lo que le es afín, con todos los

personajes que, en este caso, son y fueron Merlines o Maestros de Sabiduría, en todos los tiempos y lugares. Pues la historia pertenece a un lugar y a un momento, es cronológica y tópica, del aquí y el ahora; el mito no, es el alma del mismo fenómeno que como las olas a la playa, vuelven una y otra vez.

Juan Carlos del Río, en su excelente libro *La saga del rey Arturo*, en la tabla en que figuran 12 personajes y otorga un simbolismo exotérico y esotérico a cada uno de ellos, dice que el exotérico de Merlín es la Inteligencia y el esotérico la Espiritualidad.

No puedo estar más de acuerdo. Aunque también es cierto que el personaje de Merlín se va transformando desde su raíz histórica por primera vez mencionada en la *Historia de los Reyes de Britania* de Geoffrey de Monmouth y que aún ahora varios de los personajes literarios más conocidos en el mundo entero son simplemente variantes del mismo, como Gandalf del Señor de los Anillos o Dumbledore en la saga de Harry Potter.

Aunque una de las versiones que más inspiró al mundo fue la de Walt Disney, *The Sword in the Stone* basada en el *Camelot* de T.H. White (1906-1964). Merlín es aquí el maestro del niño Arturo, y va haciendo que el futuro rey se transforme mágicamente en pez, en ardilla y en pájaro, para superar las pruebas iniciáticas de los Elementos, con sabias lecciones en cada uno de ellos. Ahí Merlín se mueve en el tiempo, como un pez en el agua, y sus inventos los ha leído simplemente del futuro, como a veces nos parece que Leonardo da Vinci hubiera hecho lo mismo. Y ciertamente si hay una figura histórica que exprese a la perfección el mito de Merlín es este sabio, artista e ingeniero, quizás además el primer científico en el sentido moderno del término.

El mismo nombre galés del que proviene el de éste, Myrddin, incluye la raíz etimológica griega *Myr*, emparentada a las estrellas, y que origina el concepto de «innumerable» o «10.000, tantos como estrellas», y aún el persa –o sea el lenguaje de los magos, de Zoroastro– Mir, que es derivado, del sánscrito *Pir* y que significa «líder espiritual viejo y sabio».

Pues como nos recuerda Cervantes[19] en su *Don Quijote*, la sabiduría zoroastriana o de los caldeos, y los primitivos *mags*, es el paradigma con que imaginamos a este personaje:

> «Yo soy Merlín, aquel que las historias
> Dicen que tuve por mi padre al diablo
> –mentira autorizada de los tiempos–,
> Príncipe de la mágica y monarca
> Y archivo de la ciencia zoroástrica»

En la versión de Robert de Borón hallamos un Merlín cristianizado y ayuda a crear la Orden de Caballería, aconseja a Arturo y luego guía a los caballeros del Grial en sus pruebas.

En la más antigua de Geoffrey de Monmouth es concebido mágicamente por su madre, nace de un espíritu invisible, un *daimon* en el sentido griego del término. Mientras que en la de Robert de Boron es gracias a un contubernio de brujos que quieren hacer encarnar al Anticristo, y hacen que la virgen tenga relaciones con un poderoso diablo íncubo. En el último momento la bendición de un cura y la pureza angelical de la madre hacen que no sea una encarnación de las fuerzas del mal. El diablo le da el conocimiento de todo lo pasado y lo presente, pero es la bendición de Dios quien le otorga saber el futuro.

Como en la historia de Arturo, en los diferentes libros escritos después las variantes se suman, como en la *Estoire de Merlin*, del ciclo de la *Vulgata* o después, la *Suite de Merlín*, que va a ser el material que sirva después de guía a esa enciclopedia artúrica que es la obra de Thomas Malory, «La Muerte de Arturo», ya en el Renacimiento.

Curiosamente no aparece en la obra de Chetrien de Troyes, y a medida que la Inquisición se hace más poderosa, hay que ser cada más prudente con las enseñanzas y poderes atribuidos a este mentor del rey Arturo.

Además, desde el principio, antes de escribir la *Vita Merlini*, Geoffrey de Monmouth, incorporó en su *Historia de los Reyes de Britania* una serie de profecías atribuidas a este sabio druida (y que este autor dice haber copiado de fuentes más antiguas), las *Profecías de Merlín*, de enorme importancia pues predijeron grandes acontecimientos, y como las de Malaquías, en relación con los Papas, fueron usadas como instrumento de poder y manipulación de escenarios históricos. Y aunque luego prohibidas e incluidas en el *Index* se hicieron muchas ediciones con todo tipo de variantes. Algunas son verdaderamente llamativas y sugiero al lector que busque un poco de información seria al respecto: especialmente la de las tres damas danzando sobre la hierba asociada a un apocalipsis nuclear.

Quizás fue la misma Inquisición y después el modo racional, experimental y al final materialista, escéptico y nihilista de nuestra civilización el que nos ha ido apartando de todo lo que en verdad el personaje de Merlín representa. Merlín no es sólo el bardo celta, que lo es. No sólo el sabio conocedor de las antiguas tradiciones y con la intuición de los procesos históricos, que lo es también. Sino el poder espiritual enorme, prodigioso, detrás de las sagas de héroes en los diferentes momentos históricos, no sólo en la antigüedad clásica. En

Cagliostro, en Saint Germain hallamos Merlines impulsando grandes transformaciones históricas y con reyes por discípulos y protegidos. Y proezas más sorprendentes que las de Merlín –imposibles para nuestra Ciencia, milagros asombrosos para los que desconocen las leyes que hay por detrás de ellos– las vemos en la misma H.P. Blavatsky (1831-1891) y en sus Maestros de Sabiduría, con todo lujo de detalles y pruebas, algunas aún al alcance, por ejemplo sus «cartas imposibles» conservadas en los cofres del Museo Británico.

En todas las épocas históricas se mencionan *rishis*, o magos, que son capaces de hacerse invisibles –de hecho o de forma hipnótica– de desmaterializarse, volar por los espacios y aparecer donde son requeridos, de transformar los metales en oro y piedras vulgares en preciosas, de materializar objetos junto a sí o a distancia, de ser vistos en varios sitios al mismo tiempo, de hablar con las lenguas de fuego o con los Elementos y regir a los espíritus de la naturaleza, de entender todas las lenguas porque entienden la del pensamiento humano y hablar con todo tipo de animales y aun plantas. Vemos a Merlín en el mismo Cristo, mago, tal y como aparece sobre todo en los Evangelios Apócrifos, o en el más grande mago del mundo antiguo, el gran Apolonio de Tiana, cuya vida y milagros son descritos con detalle, y no como una simple novela, por Filóstrato.

Como dice Shakespeare por boca de Hamlet: «Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que han sido soñadas en tu filosofía».

En las tradiciones ya cristianizadas el héroe perfecto, impecable, sublime, es Galahad, un Cristo encarnado en el Orden de Caballería y que tras la aventura del Graal se funde con él. Pero en las versiones artúricas más primitivas es Lancelot –cuyo nombre es también Galahad– el perfecto caballero, como encarnación luminosa de lo mejor del alma del rey Arturo; y Arturo mismo, como arquetipo de Rey –el mejor Rey– es el modelo acabado de virtud, el Rey Durmiente, el salvador del mundo, con sus caballeros, la fuerza que hace mover la historia en la antigua simbología caballeresca. Y como la faz oculta del mismo, sabia, sin tiempo, y paradigma de todo lo que puede llegar a ser y saber el hombre en ciclos sin fin, el presente, pasado, futuro cristalizado en este momento presente, Merlín. Merlín es el alma de toda la Caballería Artúrica, y es quien guía las corrientes de la historia en la dirección debida. En las versiones más arcaicas, y luego en la de Thomas Malory –y en la versión de John Steinbeck– no es un personaje más, es el motor oculto, el poder espiritual detrás del reinado de Arturo, como lo es Gandalf en el Señor de los Anillos. Encontramos ciertas similitudes entre este personaje y lo que menciona H.P. Blavatsky en la *Doctrina Secreta* cuando habla del rishi

Narada, hijo en su sabiduría del Dragón y gran maestro de Astronomía (como Merlín), quien guía a la humanidad a través de las tempestades históricas, y también evita que el alma humana se estanque en el lodo de la inacción, y así pueda seguir en dirección a su Estrella:

> «Narada está aquí, allí y en todas partes; y sin embargo, ninguno de los *Puranas* da las verdaderas características de este gran enemigo de la procreación física (…) Narada (llamado en el Ocultismo Cishimaláyico Pesh-Hun, el «Mensajero» o el *Angelos* griego), es el único confidente y ejecutor de los decretos universales del Karma y de Adi Budha: una especie de Logos activo y que constantemente encarna, que guía y dirige los asuntos humanos desde el principio al fin del Kalpa.
>
> Pesh-Hun no es una propiedad inda especial, sino general. Es el poder inteligente, misterioso, director, que da impulso a los Ciclos, Kalpas y sucesos universales y regula sus ímpetus. Es el ajustador visible del Karma en una escala general; el inspirador y guía de los héroes más grandes de este Manvántara [simbolizados por el rey Arturo]. En las obras exotéricas le dan algunos nombres poco satisfactorios, tales como Kalikâraka, *promovedor de disputas*, Kapi-vaktra, Cara de mono, y hasta Pishuna, *el Espía*, aun cuando en otra parte es llamado Deva-Brahma. Al mismo Sir Willian Jones le hizo mucha impresión este carácter misterioso, por lo que coligió en sus estudios sánscritos. Lo compara con Hermes y Mercurio, y lo llama el «mensajero elocuente de los Dioses». Todo esto añadido a que los indos lo creen un gran Rishi «que permanece para siempre errante en la tierra, dando buen consejo (…) Él es quien tiene a su cargo nuestro progreso y nuestra prosperidad o desdicha nacional. Él es quien trae las guerras y les pone término».

Es ciertamente una nueva forma de Loki, el dios escandinavo de la sabiduría y las transformaciones proteicas, y ante el mismo Arturo se muestra, a veces como un venerable anciano, su forma habitual; y otras como un niño, su forma más oculta y esotérica, y quizás la que realmente le pertenece. El Cronos se ha convertido en eterna juventud, en la oportunidad siempre renovada del amor, en Kairós. Es curioso, porque de los que pertenecen al signo Capricornio, se dice que parece que nacen ya adultos, y aún viejos (como Lao Tse) y van rejuveneciendo con la edad, porque en vez de ser esclavos del tiempo, son sus señores.

En una ocasión que Arturo, perdido en el bosque, después de engendrar sin saberlo a Mordred, sentía el peso del futuro y los malos presagios, se le aparece Merlín en forma de adolescente y no quiere escucharle, y varios minutos después como un anciano octogenario, y le dice[20]:

> «Soy Merlín el viejo. Pero también era yo, Merlín el niño, quien quiso enseñarte que escucharas a todo el mundo.
> – Eres un hombre prodigioso –dijo el rey–. Siempre te envuelve el misterio, como a un sueño.»

Ese adolescente de «dieciséis primaveras» nos lleva a la historia

o leyenda enigmática hindú del Sanat Kumara, Señor del Tiempo que se presenta, exigiendo cuentas, a los Reyes de reyes de la Humanidad de esta misteriosa manera; y quizás el mito de Merlín, sin identificarle con él, también haga alusión a este secreto.

El que sea convertido en piedra o en una montaña, tras sus amores con Viviane, o Morgana en otras versiones, quizás sea también una alusión –según revelan ciertas tradiciones o leyendas– a un rey guerrero y brujo de la Atlántida, hijo también de los espíritus de la Naturaleza, cuyo egoísmo y alteración del orden de la naturaleza fue de tal magnitud, que esta, o sea, el Karma, no pudiendo hacer retroceder evolutivamente su conciencia –pues tal es imposible– lo hizo con sus formas de manifestación llevándole al reino mineral (tres ciclos enormes de vida hacia atrás). Pues el mito permite todas estas variantes, como en la serpiente que de ser símbolo de la eternidad y la sabiduría, se convierte, vista desde otra perspectiva, en las pasiones que envenenan el alma humana.

Pero también esta escena simbólica de Merlín, la conversión en montaña, o que quede petrificado en una gruta o palacio de cristal en el interior de la Tierra, o debajo de las raíces de un roble castigado por el rayo, se puede interpretar de otros modos también armónicos.

Como explica el filme de Excalibur, una vez realizada su obra, que es la de los dioses encarnados en formas humanas, Merlín mismo, retorna a lo oculto, al mundo del misterio, de las raíces, de lo siempre presente, pero inmóvil, como la semilla en el invierno, que Saturno, rey de una Edad de Oro, sin tiempo, representa. Ese mundo inmóvil del pasado vivo, del que una vez el profesor Jorge Ángel Livraga, un Merlín y un Arturo al mismo tiempo para sus discípulos, afirmó enigmáticamente:

> «Los hombres de la actualidad temen al pasado; no saben que el pasado es la imagen más perfecta de la eternidad. ¡Todo puede cambiar menos lo que ha pasado! Aún las más pequeñas cosas, aún lo más íntimo, si entró en el pasado ya no cambia, y participa del carácter eterno de los dioses; la hoja ya no cae, el fuego no se mueve, la barca boga eternamente sin llegar a ninguna parte, los templos no caen, no hay nada nuevo ni hay nada viejo: es el pasado, es esa imagen de la eternidad en nosotros».

Y desde ese mundo de las raíces Merlín irradia su poder, su mensaje, su sabiduría, como los héroes griegos que, se decía, una vez muertos, se convertían de nuevo en *dáimones*, guardianes de las ciudades y pueblos que habían creado, como fieles hijos de los Dioses que eran.

Aunque en las versiones más antiguas, él no muere, cuando Arturo y todo su círculo de Caballeros lo hace. O cuando otros desaparecen en éxtasis en el Grial, como Galahad.

Por ejemplo, en la primera versión, la de Geoffrey de Monmouth de su «Historia de los Reyes de Britania», aún más antigua que su «Vida de Merlín», después de la muerte de Arturo se casa con una mujer llamada Guendoloena y vive en un bosque sagrado, contemplando las estrellas en una especie de observatorio con 70 ventanas (¿un crómlech o alineamiento de menhires?), e incluso es visitada por su hermana Ganieda, que se ha convertido en reina de los Cumbrios y también está dotada de enormes poderes proféticos.

Aunque por su belleza, nos quedamos con el poema de Tennyson en su obra «Los Idilios del Rey», de un encanto que sobrecoge, y que es tan semejante al momento en que la diosa egipcia Isis, como sabia y hechicera le roba el nombre mágico a Ra, y con él los hombres se tornan peligrosamente poderosos, demasiado poderosos para el equilibrio de la naturaleza. Antes de sucumbir a la belleza y el lamento de Viviane, este poeta evoca el momento en que forjó el anillo de los Caballeros de la Tabla Redonda:

«Mirábale Merlín fijamente, y poco le faltaba para creer en la sinceridad de sus palabras. ¡Era tan dulce su voz, y su acento tan tierno! ¡Era su rostro tan hermoso! ¡Brillaban tan dulcemente sus ojos detrás de las lágrimas, como brilla el sol en la llanura después del aguacero! Con todo, el profeta respondió medio indignado: ¡Cuán distinta era la canción que un día oí cantar junto a este enorme roble, casi en el mismo sitio en que estamos sentados! Nos habíamos reunido aquí diez o doce amigos con el objeto de cazar un animal que en aquel tiempo abundaba en estas bravías selvas: el ciervo de dorados cuernos. Fue entonces cuando por primera vez se habló de fundar una Tabla Redonda, una Orden que por el amor a Dios, a los hombres y a las nobles acciones que distinguiría a sus miembros todos, había de ser el ornamento y el orgullo de la tierra. ¡Y enardecidos con esta idea generosa nos incitábamos mutuamente a la realización de nobles acciones!».

Al mismo Shakespeare se atribuye una obra artúrica sobre el «Nacimiento de Merlín», o parte de ella, aunque otros especialistas niegan esta paternidad, y como en Enrique V, lo mejor que le puede suceder al caballero, cuando muere, es retornar «al seno de Arturo»[21], como si él, su alma, como la del rey que vincula con anillos de lealtad, fuese la misma Tabla Redonda en la que viven todos los caballeros que han servido a su Ideal. Pero quien da vida desde lo oculto a dicha Tabla Redonda, su verdadero creador, su motor espiritual, quien hace girar esa Rueda de Fuego, es Merlín, el mago.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CABALLERO DEL GRIAL

«Pues con todo esto –replicó Sancho– digo que, para mayor abundancia y satisfacción, sería bien que vuestra merced probase salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aún a sacarle de ella y probar de nuevo a subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste, y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, el tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo, a ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que le digo.»

Don Quijote, tomo I, capítulo 49.

En la película *Excalibur*, de John Boorman, notable adaptación del mito artúrico, una de las escenas más conmovedoras es cuando se le pregunta a Parsifal: «¿A quién sirve el Grial?». Ésta es, en la leyenda de este héroe, la segunda pregunta que debía haber formulado él mismo para salvar al Rey, pues la primera era preguntarle: «Señor, ¿qué te aflige?».

La respuesta a esta pregunta, «¿A quién sirve el Grial?» quizás esté detrás del infinito camino de compasión por todos aquellos que sufren, la quintaesencia del Grial mismo. Y éste es, sin duda, el camino del Quijote en pos de su Ideal. Pues cuando Alonso Quijano se convierte en el Caballero de la Triste Figura es porque un rayo de este Grial ha golpeado o abierto las puertas de su corazón.

Sea el Grial el caldero mágico en el que los celtas invocaban a sus Dioses, o el cáliz de la Última Cena, o en el que se recogió la sangre de Cristo; o el de la esmeralda desprendida de la frente misma de Lucifer (Venus, la Estrella de la Aurora y del Amor) o, mejor, lo que todo esto simbólicamente representa, Don Quijote, como Caballero Errante, está vinculado al Grial.

Recordemos lo que dice en el capítulo 9 de la 1ª Parte de *El Quijote*, cuando explica cómo adquirió la historia de las aventuras del Caballero de la Mancha (qué nadie interprete esto al pie de la letra, es un conocido argumento retórico, decir que lo que se ha escrito fue encontrado en un manuscrito antiguo): «Estando yo un día en Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como soy aficionado a leer aunque sean unos papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé

un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que reconocí ser arábigos…». Y al final, en el título decía: «*Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.»

Si descomponemos las letras, este último nombre es casi idéntico al de Miguel de **Cerbantes** (así es como él mismo firmaba, con **b** y no con **v**). Que el autor de *Las Novelas Ejemplares* no supiera leer en árabe, siendo quien era y habiendo estado prisionero en Argel durante cinco años es poco creíble. Otra cosa es que quisiera hacer publicidad de ello, de cara a la Inquisición. Hay además grandes semejanzas entre el código moral y vital de *El Quijote* y la mística sufí de la *Futuwah*, como mencioné en otro artículo. Algunas de las aventuras del Quijote son idénticas a las de estos caballeros que seguían la vía de la cortesía divina, como podemos comprobar en la obra *Los Maestros Andalusíes* de Ibn Arabí.

La clave de la importancia del Grial como búsqueda y en cierto modo alma del Quijote reside en la obra *Parzival* de Wolfram von Eschenach, trovador medieval del siglo XIII. Este héroe, que en general conocemos mejor como Parsifal por la obra de Wagner del mismo título, es el mismo del ciclo artúrico de la obra *Perceval ou le roman du Graal* del poeta Chrétien de Troyes, a quien muchos reconocen, por esta obra, no sólo como el primer novelista de Francia, sino incluso padre de la novela occidental.

Wolfram von Eschenbach dice también haber escrito su *Parzival* (como hace Cervantes con el suyo) extrayéndolos de unos manuscritos de un cronista Kyot. Unos historiadores dicen que este personaje, **Kyot**, es real, un poeta provenzal francés; otros que no, que es sólo un personaje o una licencia literaria.

Lo asombroso no es sólo el parecido **KYOT** y **QUIJOTE**, máxime si pronunciamos la J en francés, inglés o portugués. Sino también que es en el Libro 9 (el mismo capítulo o libro en que lo hace Cervantes) cuando Wolfram explica que este poeta provenzal, Kyot, habría descubierto la historia de Parsifal en un manuscrito árabe, vendido como legajo sin importancia en Toledo.

¡Identidad de nombre, de lugar, de circunstancia y de materia! [22]

Es así evidente, al menos para quien escribe estas líneas, que el arquetipo o caballero con el que Cervantes identifica o compara al Quijote es, precisamente PARSIFAL, de un modo velado.

El Quijote sería, para Cervantes, el Caballero del Grial, pero deformado por los espejos de un mundo esperpéntico. Del mismo modo que la madre de Parsifal vistió a su hijo como un bufón –pues su

esposo, como caballero, había muerto en batalla, y no quería igual destino para su hijo– Cervantes hace lo mismo, como «padrastro», con su «enloquecido caballero» que es, así, «de la Triste Figura». Aunque si tantas gestas idealistas ha inspirado durante cinco siglos en España y en todo el mundo este personaje, es porque aquel que sabe ver, ve el «dedo de Dios», el resplandor de la Gloria (Dulcinea-Shekinah) en este CABALLERO DEL GRIAL.

DON QUIJOTE, EL PERFECTO CABALLERO EN UN MUNDO PATÉTICO

Cuando el poeta Valle Inclán comenzó a escribir sus famosos esperpentos, con los que consiguió dinero y fama, renunció en cierto modo al compromiso con la Belleza Eterna. Así lo dijo él mismo. Los lectores querían carne y sangre embarrada, él se las iba a dar, pero un morbo recreado por las palabras de un poeta, con todos sus matices y colores, o sea, verdaderamente infernal. El autor de las *Sonatas* y *La Lámpara Maravillosa* se entregó a la pasión de escribir *Luces de Bohemia*, o *La Hija del Capitán* o la novela *Tirano Banderas* en este género grotesco. Y explicaba que el esperpento era un nuevo estilo mas desgarrado que el realismo, pues la misma realidad se deforma; es destacado lo vulgar y villano, como cuando vemos las imágenes adulteradas por espejos. Así sucede cuando las almas encarnan en la materia y su vida y belleza se hace grotesca, incapaz de traspasar la sepultura del cuerpo en que viven.

Y esta es la imagen que el mismo Cervantes quiere dar de su héroe, Don Quijote de la Mancha, que tras sus primeras hazañas y desgracias se convierte en El Caballero de la Triste Figura. Él, que en un mundo artúrico habría sido el perfecto caballero, el más galán y valiente, el más sensato y enamorado, el más abnegado servidor de las Damas y el más ardiente y audaz en toda aventura que ennobleciese al osado y en la defensa del Ideal de la Justicia; en el mundo en que vive, que se burla de él y lo agrede, en un mundo patético, en el esperpento de la cruda realidad de carne y sin gloria, no sabemos si admirarlo, reír o llorar.

Porque él vive en un mundo de damas y caballeros, no de villanos y prostitutas. En un mundo de castillos y de honra, y no de ventas y mercadeo. En un mundo de ejércitos que se encuentran y combaten y no de ovejas asustadas que levantan el polvo al moverse en majada, en un mundo de gigantes a los que desafiar y no de molinos muertos, pues nadie sino el viento los mueve. Su naturaleza ígnea, o sea, su sed de aventura e ideal es tan grande, que es incapaz de pensar en una bacía de barbero, él sólo ve el «yelmo de oro de Mambrino».

Realmente ígneo, pues su misterio es el del fuego, como en los

textos egipcios se dice de los ejércitos celestes del dios Ra. Su alma, enamorada de los ideales de la Caballería, leyendo y leyendo, pensando y pensando, y abandonando poco a poco todo vinculo con los intereses y necesidades del cuerpo como comer, dormir o saborear la vida excitante de los sentidos, va separándose de su soporte, hasta que comienza a arder.

Y ahí está el misterio del Quijote, quizás nunca expuesto de ese modo en la literatura de todos los tiempos hasta que Cervantes así lo quiso. Él ha separado la llama de la madera desde donde arde. Al arder el alma de Alonso Quijano, nace en este fuego el Quijote con su sed insaciable de justicia, belleza y aventura, y el fuego desconoce esa madera en que ardió. La sabiduría y la misma memoria del Quijote ya no es la de la persona que lo alentó como esperanza, su identidad tampoco es la misma. Como se dice en los textos herméticos el corazón de fuego y aire desconoce al de agua y tierra. O como decían los egipcios, uno es el corazón Haty, la máscara con la que enfrentamos los peligros de la vida; y otro, el corazón Ib, eterno y nacido del cielo, el que se hace responsable de las acciones y omisiones del alma.

Y esta es la clave, unos viven en un mundo de cosas, y convierten en cosas a todos aquellos o aquello con lo que tratan. Otros viven en un mundo de personas y de cosas con sentido. Pero qué pocos viven en el mundo sólo, del sentido de las cosas, ya sin vínculo siquiera con su soporte material. En un mundo de finalidades, donde lo que es lo es por sí mismo, no como un medio para llegar a nada ni a nadie. Y Kant demostró que este es el verdadero reino del ser humano, donde vive la que él llama Razón Práctica y los filósofos hindúes llamarían Manas o Cuerpo Causal, la llama que da vida y luz al alma encarnada, el Capitán del barco y tripulación que es nuestra personalidad, como dice el filósofo Giordano Bruno.

Nunca antes en la literatura caballeresca se había perdido esta conexión, rara vez se habla de lo vulgar, pero se sobreentiende que existe. El Quijote, por el contrario, está rodeado de un mundo de vulgaridad sin que en él viva un átomo de la misma y es en este escenario burlesco que le vemos, como un fantoche en un esperpento, pero si sabemos ver bien, y entender la exageración de Cervantes, lo intuiremos como un héroe que va transformando un mundo de hierro en un mundo de oro.

Si hay algo que nos deja estupefactos es el sentido de identidad que en él arde, y aunque su mundo es el de Damas y Caballeros, a nadie imita, es poderosamente genuino. Un autor excelente, de los que mejor se han asomado al Alma del Quijote –tan semejante al Alma de España, dos lenguas de una misma llama de Idealismo– es Eulalio

Ramiro León en su *Paisaje Moral del Quijotismo*.

Nos dice en su libro, sobre el héroe manchego:

«Las *barbaridades* de quijotismo son la voluntad de forjar un mundo decididamente prometedor y feliz. La voluntad, como potencia, obra siempre conforme a una convicción. Es la potencia que sueña lo posible. En el hombre gregario, la voluntad está apagada o es débil; en los seres superiores, es el motor que determina la acción. El hombre de verdad es el que conoce a fondo la razón moral de su quehacer, la verdad de lo que quiere. Por la voluntad se inicia el proceso a la grandeza, a la santidad, a lo extraordinario. Nuestra verdad relativa es consecuencia de nuestra voluntad bien ordenada y responsable (…)

(…) Vivir es justificar y merecer el derecho a la inmortalidad. Este es el propósito de Don Quijote, que mira y ejemplariza una acción de mirada más allá de la contingencia. Al romper con las circunstancias, intenta prescindir de lo vulgar, convirtiendo toda su persona en misión. Se empapa de sí mismo, como el Universo de la luz. En los fantasmas, simboliza a los seres mediocres, a los que viven intentando institucionalizar la vileza. Su adversidad es el contrapunto real de la elegancia sustantiva del hombre, la posible santidad sin incienso de los sinceros. Esos pálpitos malignos de las sombras antiquijotiles constituyen los equívocos que acechan a todo aquel que se alza contra el entuerto o la perversidad. Es una mentalidad que, lógicamente, está referida a su tiempo, aunque se proyecta en la universalidad. Allí donde existan seres con necesidades habrá Quijotes (…)

(…) Don Quijote es feliz en el señorío de su individualidad. Su aventura es luz. Su vivir ilógico le puede conducir al fracaso, pero jamás le hará desdichado. Hasta en la muerte física se dignifica. Morir es para él la inevitable tragedia de haber vivido, un trámite para pasar a otra existencia.»

Porque cuando Don Quijote nace, como la llama surge de la madera que es Alonso Quijano, sabe quién es y a qué Orden pertenece, y cual es su verdadero lugar en el mundo y es así que, como al fuego en la noche, todas las miradas a él se dirigen. Es imposible que el alma no mire y sienta atracción por lo que es ejemplar, por lo que le recuerde la necesidad y capacidad de volar, con alas poderosas mientras que en ella son todavía muñones, como dice Platón en el *Fedro*.

Deja de ser hijo de la carne que nace, o de la madera que arde, y lo es de su misión, de su búsqueda, de la estrella que le espera siempre por encima del horizonte, fija en su cielo interior. Como en la estatua de mármol, su belleza es hija de la mente que la ha concebido y esculpido, no del mármol de donde ha ido despertando y apareciendo a la luz.

Es el mismo Caballero de la Triste Figura quien revela su identidad, su pertenencia a ese Ejército Celeste de Almas encarnadas con una misión, una ley y un deber, hijas de un Ideal:

«¿No han vuestras mercedes leído, respondió Don Quijote, los anales e historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas hazañas del rey Arturo, que

continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos, ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro; a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey, fue instituida aquella famosa Orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera de ellos y sabedora aquella tan honrada dueña Quitañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

> Nunca fuera caballero
> de damas tan bien servido,
> como fuera Lanzarote
> cuando de Bretaña vino:

con aquel progreso dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes hechos. Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella Orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus hechos el valiente Amadís de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generación, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oímos al invencible y valeroso caballero don Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la Orden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo, aunque pecador, he hecho profesión y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona a la más peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos. (…)

Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios que favorezca a los que poco pueden.»

Y sin embargo en esta declaración se mezclan confusamente los personajes legendarios y los históricos, y se da por cierta la existencia de los primeros.

Esto nos lleva a uno de los misterios filosóficos de los Upanishads, donde se describe el camino de la conciencia humana hacia lo Real en tres etapas, vinculadas a las letras del AUM, el símbolo sonoro de Brahmán, el Todo en Todo del pensamiento hindú; Dios, en definitiva, como corazón de toda existencia. Estas tres etapas son comparadas (y qué magistralmente lo hace Nilakantha Sri Ram) con la vigilia, el sueño y el sueño profundo. Porque en la primera (*jagrat*, en sánscrito) el alma lo percibe todo a través de sus sentidos despiertos, y los conceptos mentales que se elaboran del mundo, de ellos proceden y dependen.

La segunda (*swapna*) es el estado en que vive el Quijote, el del gran Idealismo, es real lo que vive el Alma como sueños de perfección, un mundo de valores, de recuerdos, de esperanzas, de símbolos y de mitos. La raíz de todas estas imágenes es de la tierra, pero crece y florece más allá de ella. La madera se convirtió en llama, arde y quema, transforma todo lo que toca. Toda cultura humana es la reelaboración de lo que perciben los sentidos a través de este mundo de imágenes internas, de valores que no son relativos. Y lo que se percibe es ya lo invisible, el alma de las cosas y lo que esta siente al asomarse al mundo, desde el código de valores y realidad que se abre como un árbol, el Árbol de los Misterios en ella. Y cada Alma así ya volando en su cielo de Ideales lo interpretará con el lenguaje –que no puede ser cualquiera– que le sea más afín: un escritor a través de la magia del lenguaje, un músico gracias al que es pautado en una partitura, un pintor gracias a la sensibilidad y alma de lo que ve (en donde la luz, que entra de sus ojos, como dice Platón se encuentra con la que surge en respuesta de su alma) y un héroe a través de sus gestas caballerescas, escribe con actos de voluntad y según vive, y buscando incansablemente, la Justicia. Todo ello conforma un camino hacia Dios en su corazón, y para los que no llegamos a tal, un ejemplo, una prueba de que es posible, despertando así el alma del individuo y de la sociedad hacia esa dimensión vertical.

Podemos ver un cisne que se mueve plácido en las aguas, como mera información de los sentidos; y también podemos constatar lo que sugiere, las sensaciones que provoca en el alma (que al ser como las de un sueño de libertad, belleza y perfección, por eso es comparado al estado onírico). Y si, por ejemplo, oímos *El Cisne*, del *Carnaval de los Animales* de Saint Saens, podemos ser raptados hacia esa vivencia, hacia esa verdad, entrando en el alma del músico. Su vivencia se convierte en un ladrillo de la fortaleza de nuestra cultura, lo que va formando un atanor de transformación. Esto lo llamamos cultura, aplicado a lo social, formada por almas que van muy adelante en el camino hacia Dios, que están poseídas por la llama del Genio. Este es el segundo estado y el que recorre el Quijote, por eso las imágenes de los sentidos a veces se confunden con sus propias imágenes internas, y como dice H.P. Blavatsky, la única manera de recorrer esta senda es manteniendo un invariable sentido común. Que Cervantes le niega al Quijote, en su divina locura, para que nos sea más llamativo, más paradójico.

El tercer estado (*sushupti*, sueño profundo) es el de los grandes sabios y almas excelsas, los que están en el umbral de la liberación de esta rueda fatal de reencarnaciones, que equivale en esta tradición caballeresca al Rey Arturo, fijo en lo Real y su medida, pero no desde

los sentidos ni desde las imágenes internas, sino desde la misma naturaleza ideal que es la base de todo lo que existe y que los egipcios llamaron MAAT, el Orden-Verdad-Justicia.

Así los Ideales son como Dioses, como la luz proyectada y viva de un Arquetipo en el sentido platónico, caminos trazados para que los que ya están en pie y con los ojos abiertos puedan avanzar hacia lo Real, viviendo heroicamente. Un «camino que alimenta» como se dice del dios Pushan védico, que nutre las almas en dirección al Sol. Todo Idealista, con mayúsculas es una especie de Quijote, soñando despierto.

Qué bien explican esto –y dado que hablamos del Ideal Caballeresco, una de las formas que asumió el Ideal o Camino hacia Dios y servicio al prójimo en la Edad Media, y para salir de sus penumbras– estos dos autores, a modo de ejemplo: H.P. Blavatsky y Jorge Ángel Livraga.

Lo que describe la primera, H.P. Blavatsky en su libro «Ocultismo Práctico», le encaja al Quijote como un anillo al dedo, y nos permite ver su senda como un camino de Discipulado, con mayúsculas e Iniciación.

«Nada más valioso para quienquiera que **un excelso ideal** hacia el que aspire de continuo y a él amolde sus pensamientos y emociones de suerte que regulen lo mejor posible su conducta. Si así se esfuerza para llegar a ser, más bien que a parecer como su ideal, no fracasará en el empeño de acercarse cada vez más a él. Sin embargo, habrá de luchar para este logro, y si su ideal es elevado y verdaderamente se encamina a alcanzarlo no se envanecerá, sino que, por el contrario, se humillará de su rectitud, pues al descubrir ante sí la posibilidad de mayor adelanto en planos todavía más elevados, no se engreirá de su progreso ni tampoco se entibiará su ardor. Precisamente, el reconocimiento de las vastas posibilidades de la vida humana es necesario para disipar el tedio e invertir en celo la apatía. Así la vida no es odiosa, sino aceptable, cuando comprendemos claramente su finalidad y estimamos sus espléndidas oportunidades. El más recto y seguro camino para llegar a este elevado plano de conciencia es el ejercicio del altruismo, tanto en pensamiento como en acción. Estrecho es, en efecto el campo visual limitado a la personalidad, que mide todas las cosas con la vara del interés egoísta, porque en semejante limitación no es posible que el ego conciba elevados ideales ni se acerque a los planos superiores de existencia. Las condiciones de adelanto están dentro y no fuera, y por fortuna son independientes de las circunstancias y condiciones de la vida terrena. Por lo tanto, a todos se les depara la ocasión de ir escalando cumbre tras cumbre, y cooperar así con la naturaleza en el cumplimiento de la evidente finalidad de la vida.»

El segundo, el profesor Jorge Ángel Livraga, un auténtico Quijote del siglo XX enseñaba:

«Un Ideal es un Ser que mora en una dimensión superior a la que está insertada nuestra conciencia corriente. Tan sólo si ponemos en puntas de pie el

Alma, si la proyectamos en un salto hacia arriba, lograremos vislumbrar más o menos fugazmente el Ideal. Me refiero al Ideal propiamente dicho. Yo relaciono mi concepto de Ideal con el que Platón expresó sobre los Arquetipos. El Ideal es el modelo Celeste que llama y reclama de su sombra terrestre una cada vez mayor perfección para parecérsele lo más posible. Es por lo tanto una finalidad y demarca un camino, una línea de tensión de la conciencia entre su asiento natural y su asiento superior elegido, pues la conciencia espiritual tiende a identificarse con el Ideal (…)

Un Ideal es algo que, aunque tan sólo esporádicamente lo veamos con cierta claridad, debe alumbrar toda nuestra vida como el Sol al cual muy pocas veces miramos directamente pero siempre sabemos dónde está y vemos su acción sobre nosotros mismos y nuestro alrededor. Así, si el puro Ideal se percibe únicamente en suertes de *Teofanías* y no todo el mundo puede hacerlo, sus *reverberaciones* en el entorno de cada persona o de un grupo de personas que sigan a ese Ideal, deben estar siempre presentes. Se debe ver el Ideal en cada pájaro, en cada flor, en cada ola de mar. Debe uno despertarse y dedicarle espontáneamente el primer pensamiento y estará el último, por las noches relacionado con el Ideal. Cuando se persigue un Ideal se piensa en él, y por consiguiente se vive en su atmósfera hagamos lo que hagamos (…)

Un Ideal no es la suma de perfecciones que concebimos sino la raíz metafísica que provocó en nosotros esa conciencia de la perfección.»

No cabe duda que el quijotismo ha impregnado el Alma de España, y no sólo, pues su huella vive también por ejemplo en Cyrano de Berguerac, un quijote francés, y en el Idiota de Dostoievsky, un quijote ruso, como ideal de la perfecta bondad. La generosidad, espíritu de aventura, e idealismo del carácter español se reflejan muy bien en este personaje mítico, Don Quijote, y al mismo tiempo alimentan la formación de todos los que nacen en esta tierra y son amamantados por esta cultura. Cientos de máximas de esta obra han entrado en la voz popular, y por lo menos hasta hace una generación, todos los españoles las habíamos oído varias veces en un momento clave, de modo que las recordásemos para siempre. Una vez oí a mi padre decirme que un hombre debe ser fuerte, y que su madre cuando era niño le había enseñado que un hombre, si es tal, no debe quejarse de ninguna herida, aunque se le salgan las tripas por ella. Frase que es lógico, me impresionó vivamente, y era una enseñanza ya popular. Pues bien, se trataba de una máxima del Quijote, que dice, exactamente: «Si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.»

Muchos autores y decenas de libros han intentado profundizar en el misterio de este personaje. Entre ellos destacar el de Miguel de Unamuno, con su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, y especialmente con su prólogo *El sepulcro de Don Quijote*:

«Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad.

Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad. Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado, aunque no los veas. Cada cual creerá ir solo, pero formaréis batallón sagrado, el batallón de la santa e inacabable cruzada.»

O las *Meditaciones del Quijote* del filósofo español Ortega y Gasset.

Y por lo sugerente, la obra de Concha Espina, bellísima, sobre *Las Mujeres del Quijote,* que salió a la luz en 1916.

Y también la obra ya mencionada, y que, aunque casi desconocida, llegará a ser un clásico en esta temática, *Paisaje moral del Quijotismo* de Eulalio Ramiro León, publicado por la editorial Nueva Acrópolis en 1988.

Pensemos también que si Cervantes actúa más como padrastro del Quijote que como padre, es que lo somete a prueba, como la diosa de la dignidad, Hera, al hijo de Zeus, Heracles (y que significa, precisamente, «la gloria de Hera»). Lo lanza a un mundo en que el Ideal Caballeresco es ya como un árbol seco, muerto, y a unos escenarios –especialmente en la Primera Parte– de villanía o de simple vida vulgar, de ignorancia torpe, brutal muchas veces o insensible otras, un esperpento en el que nuestro héroe se convierte en «El Caballero de la Triste Figura».

Él, quizás el último caballero de la corte del Rey Arturo, aunque como se dice, el primero y el último son siempre los más grandes. Y sin embargo, aunque en medio del esperpento, cabalgando en un mundo patético de hierro, al final su fama fue merecida y se convirtió en el caballero más renombrado de todos cuantos nunca ha habido. Más personas conocen al Quijote, aunque sea sólo la mención, que al mismísimo rey Arturo, o que a Lancelot, o que a cualquier personaje histórico, de pura caballería también, como el Cid Campeador.

Y cuando le dicen que no es un caballero, sino el honrado hidalgo señor Quijano responde: «Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías».

Y como una profecía resonaron en la Mancha estas palabras, pues así fue, sin ninguna duda.

PARSIFAL Y EL SIMBOLO DE LAS TRES GOTAS DE SANGRE EN LA NIEVE

Aunque en la Edad Media, y no sólo en la Alta Edad Media, sino también en la Baja, hubo una gran ignorancia, fanatismo, crueldad y abuso de los derechos de unos y otros, también hubo una luz, un poder y un Ideal que evitó que las almas se sumergieran en el caos y la animalidad. Este Ideal fue el Ideal Caballeresco, que indicaba el poder del espíritu sobre la materia, de la cortesía sobre la vulgaridad, del respeto sobre el abuso, y del espíritu de Aventura en los cuatro horizontes o hacia lo sagrado (simbolizado por la Demanda del Grial), por encima de la comodidad egoísta y la inercia estéril.

Este Ideal comenzó con los Libros de Gestas de Caballeros, como la *Canción de Roland*, o el ejemplo de valentía y lealtad, por ejemplo, en el *Poema del Mio Cid*; pero a partir del siglo XII comienza el ciclo artúrico que va a ser ejemplo de reyes, caballeros y poetas trovadores, y que va a estar en boca de todos, aún de los más humildes.

En el ciclo de Arturo hay toda una serie de alegorías y símbolos que claman en lo más profundo del alma humana por la virtud y el servicio a los otros, el sentido de nobleza y de una gran dignidad: el mismo rey Arturo y sus Caballeros de la Tabla Redonda; el Asiento Peligroso; la pureza y perfección de Galahad; la búsqueda de la belleza en Sir Gawain; el sacrificio, inocencia y compasión de Parsifal; la espada en la piedra Excalibur, o la que nombró a Galahad como el mejor caballero; la consumación del amor como en un mar sin orillas que todo lo disuelve en Tristán e Isolda; el símbolo virtud asociada a cada una de las armas y protecciones del caballero y los símbolos de su iniciación y juramento de ingreso en la Orden.

Como muchas veces se dijo en sus textos –y que va a llegar hasta el Don Quijote de la Mancha– el mejor servicio a la voluntad de Dios es Caballería Andante, socorrer a los que lo necesitan, honrar a las damas, sacrificar los egoísmos en el ara de la generosidad y la bondad, proteger los derechos de los que los ven atropellados, en fin «ir caminando por un mundo de hierro para convertirlo en uno de oro», pues el oro espiritual, como dijo Platón duerme en el corazón de todo aquel que quiere ser un verdadero caballero y una verdadera

dama.

Y dentro de esta literatura que fue espejo e incentivó este Ideal Caballeresco, hay una escena que es de las más poéticas, evocadoras y enigmáticas. Es de estas escenas misteriosas, de las pocas, que va a ser transmitida en diferentes versiones[23], con pequeñas variantes, tal es el hechizo que generó en su época y al mismo tiempo su belleza.

Es la escena de ensimismamiento de Parsifal ante tres gotas de roja sangre en la nieve blanquísima, que le recuerdan a su amada Blancaflor.

En la versión del libro de Chrétien de Troyes, la famosa escena en la que el héroe ve la procesión del Grial ya se ha producido. El rey Arturo y sus Caballeros se dirigen hacia donde él está acampando en el bosque. Le dicen que está ensimismado viendo estas tres gotas y un caballero, símbolo de lo desmedido, se ofrece a traerlo ante el rey, aunque sea a la fuerza. Parsifal es ofendido al ser violentamente arrancado de su meditación, y más cuando el otro caballero le reta. Lucha contra él y le hace caer. Vuelve a su meditación sobre esas tres gotas de sangre como rubíes en la blancura de la nieve. El senescal Key, símbolo de gran fuerza guerrera, pero también de falta de delicadeza, quiere también arrastrarlo con violencia, y como Parsifal se niega, luchan. Parsifal le rompe el brazo y la clavícula, como antes de ser nombrado caballero él mismo –Parsifal, entonces con aspecto de villano– le anunció por haber abofeteado a una doncella que le había sonreído.

Después Gawain que es el modelo de perfecta cortesía, le trae ante Arturo con palabras amables, pero sólo cuando él sale de este ensimismamiento, al fundirse en agua la nieve en donde estaban estas tres gotas de sangre.

El rojo, sangre, rubí, sobre la blancura evoca, al fundirse, el rosa, color del amor, o incluso el escarlata, el de la espiritualidad y el sacrificio. Es el color de la Cruz de la Orden Templaria. El rojo primario es el amor ardiente e ideal, la devoción, la entrega total y sin condiciones; el blanco es la pureza.

Estos tres puntos de sangre vienen de la herida de un cisne blanco, atacado por un halcón y que cae en la nieve. Al llegar Parsifal, en la versión de Chrétien de Troyes, se reincorpora y huye volando.

Estos tres elementos simbólicos son muy sugerentes: a) Halcón (Logos Solar); b) Cisne (Luz de la Sabiduría); c) Sangre (Poderes Creadores, Vida) sobre el blanco de la Naturaleza pura, no contaminada.

En el cristianismo medieval, y entre los cruzados, el Cisne era el

vehículo del Espíritu Santo; y en la mitología germana es también un cisne quien indica a Sigfrido, después de vencer al dragón, dónde se halla Brunhilda. Como ganso –de simbolismo equivalente– es también, nos explica el profesor J.A. Livraga en sus *Apuntes de Simbología*, «la Materia Primordial y la gestación de la Vida», agregando a su simbolismo el llamado «descenso a los infiernos» o «pruebas materiales que reporta la existencia antes de lograr la superación», como vemos en el Juego de la Oca, en su laberinto iniciático.

Martín de Riquer escribió un artículo extenso, de 34 páginas, sólo sobre esta escena y con este mismo título, «Parsifal y las gotas de sangre en la nieve», publicado en la Revista de Filología Española vol. XXXI nº 14, 1955, y del que extraigo algunas notas que comento.

Empieza el artículo, precisamente, con una cita de Góngora en su *Polifemo*: «duda el Amor cuál más su color sea, o púrpura nevada o nieve roja», que nos traen el eco de este símbolo de Parsifal. Explica que en el relato galés de Peredur, que dice que es posterior al del trovador de *Li Contes de Grial*, hay una versión más completa: «Al atardecer, llegó a un valle, y al fondo del valle, se veía la celda de un servidor de Dios. La ermita le acogió bien, y allí pasó la noche. A la mañana siguiente, se levantó y salió. Había caído nieve durante la noche, y un halcón había matado un ganso delante de la ermita. El ruido del caballo hizo huir al halcón y un cuervo se abatió sobre la carne del pájaro. Peredur se detuvo, y mirando la negrura del cuervo, la blancura de la nieve y lo rojo de la sangre, soñó con el cabello de la mujer a quien más amaba, tan negro como el cuervo o el azabache, y su piel tan blanca como la nieve, y sus mejillas, tan rojas como la sangre sobre la nieve. En este momento, Arturo y su corte estaban buscando a Peredur…»

Aquí reaparecen los colores de la Alquimia, sus tres obras, y en su orden, la negra de combustión, la blanca de pureza y plata y la roja de fuego y solar. Así Blancaflor sería la «Piedra Filosofal» o su Alma Inmortal, a la que recuerda y con la que anhela encontrarse, en su Castillo de Belrepaire («Bello volver a unir aquello que estaba quebrado»).

Este autor, Martin de Riquer, en su monografía alude al origen céltico de muchos de los temas literarios caballerescos que forman «la materia de Bretaña». Dice: «En efecto en un poema irlandés titulado *El destierro de los hijos de Usech*, cuyo manuscrito más antiguo es anterior al año 1164 se narra lo siguiente: «En cierta ocasión, el padre adoptivo de la hermosa doncella Deirdre estaba desollando un ternero, a la intemperie y sobre la nieve para dárselo a comer. Deirdre observó que un cuervo bebía la sangre que había caído sobre la nieve y dijo a su aya Leborchám: «Digno de amarse sería el hombre que reuniera los tres colores que veo allí: el cabello

como el cuervo, las mejillas como la sangre y el cuerpo como la nieve». A lo que Leborcham replicó que quien reunía tales condiciones no se encontraba lejos de allí: era Naisi, hijo de Usnech.»

Continúa este autor viendo cómo se ha perpetuado este símbolo, por ejemplo, en el cuento de Blancanieves: «Era un crudo día de invierno, y los copos de nieve caían del cielo como blancas plumas. La reina cosía junto a una ventana, cuyo marco era de ébano. Y como mientras cosía miraba caer los copos, con la aguja se pinchó un dedo, y tres gotas de sangre fueron a caer sobre la nieve. El rojo de la sangre destacaba bellamente sobre el fondo blanco, y ella pensó: «¡Ah, si pudiese tener una hija que fuese blanca como la nieve, roja como la sangre y negra como el ébano de esta ventana!». No mucho tiempo después le nació una niña que era blanca como la nieve, sonrosada como la sangre y de cabello negro como la madera de ébano; y por eso le pusieron por nombre Blancanieves.»

En relación a los 3 puntos, que imaginamos, formando un triángulo equilátero, es uno de los símbolos en las tradiciones masónicas y aún teosóficas de la «presencia de Dios», y con cierta equivalencia al importantísimo icono medieval de las «Cinco Llagas de Cristo» que tantísima relevancia tuvo en el siglo XII. En el libro de Chrétien de Troyes parece que le diera más notoriedad aún que a la aparición del Grial y la Lanza que Sangra, y no lo anuncia, sino que es posterior a la misma, como un «recuerdo del Pacto».

Tres puntos rojos sobre un fondo blanco (al que se le añade una circunferencia también roja que los contiene) formaron también el «Pacto Roerich», el equivalente cultural de la Cruz Roja en lo médico, un símbolo que protegiera los bienes culturales de la humanidad de las guerras y de todo tipo de destrucción motivada por la ignorancia y el egoísmo humano, una especie de Arca de Noé de bienes espirituales que deberían ser conservados en medio de los desastres. Y aquí Nicolas Roerich (1874-1947) es posible que trajera este símbolo como una dádiva de sus Maestros, los mismos quizás que los de H.P. Blavatsky.

El símbolo, con o sin circunferencia, es prehistórico, de los primitivos de la humanidad, y lo vemos por ejemplo en el «Cristo rodeado de ángeles» de Hams Memling como un medallón de su poder espiritual.

En la aplicación concreta de Nicolas Roerich, las tres esferas rojas simbolizan la Espiritualidad, el Arte y la Ciencia y el círculo es la cultura, sobre un fondo blanco.

El mismo Roerich, en medio de la Segunda Guerra Mundial y viendo que las conquistas legales de respeto cultural de poco habían servido frente a los vientos del desastre escribió en 1944: «Las ideas no mueren, dormitan a veces, pero al despertarse son aún más fuertes de lo que

eran antes de su sueño. No ha muerto la Bandera de la Paz. Se ha ocultado, mientras se cometan atrocidades en la guerra. Pero llegará la hora en que de nuevo se dirigirán conscientemente a la custodia de los valores culturales, a una base verdadera del mundo. Y no solamente ondea la Bandera de la Paz sobre los valores culturales: Ella ondea sobre el corazón humano, aquel gran tesoro, donde está creado el futuro renovado».

EL MISTERIO DE KUNDRY Y LA VOZ DEL TRUENO

Cuando Richard Wagner estaba comenzando a idear su *Parsifal*, y había leído, casi con desagrado por lo complejo y superficial el libro de Wolfram von Eschenbach, escribió una carta a Mathilde Wesendonck sobre sus reflexiones al respecto.

Explicaba a su amada, quien le inspiró su Isolda, que quería centrar el drama en el personaje de Amfortas, el rey del Grial que había sucumbido a la tentación de la materia, la angustia de servir a Dios y sentirle, espiritual, en su propia sangre y cuerpo herido por el mal. Pero claro, imposible era hacer esta ópera sin que cada vez radiara más protagonismo el héroe Parsifal, quien al final va a redimir al rey caído.

Parsifal fue el personaje elegido por Wagner en su último, y quizás el más sublime de sus dramas. Antes de escogerle había pensado hacer dicho drama musical sobre Siddharta Gautama, el Buda y sus tribulaciones antes de conquistar la verdad última y la liberación, influido por Schopenhauer y otros filósofos alemanes que comenzaron a centrarse en estos temas[24]y metafísicas. Pero debió darse cuenta de que no era el momento aún. Podría haber elegido también un santo que es la versión medieval del Buda, San Josafat. La narración de la vida del Thatagata, se transformó en la mente medieval en el eremita Josafat (contracción fonética de «bodhisatva») y sus encuentros con Barlam. El mismo Lope de Vega, no fue ajeno a la belleza de esta historia y la teatralizó.

Pero al final Wagner se decidió por el héroe artúrico Parsifal, con su mismo ideal de compasión. Cristiano, pero en un contexto que acepta y enseña la reencarnación, como vemos en el libreto de este último drama musical del autor de *El Anillo de los Nibelungos*.

Pues bien, en esta obra, en Parsifal, aparece un personaje que, finalmente, adquiere aún más importancia que Amfortas y que el héroe del Grial. Es Kundry, quien bajo el poder magnético del hechicero Klingsor, tienta a los caballeros del Santo Cáliz y los convierte en desechos, en esclavos, si no han sucumbido antes frente al encanto de las muchachas flores.

En una clave, Kundry debe ser la «herejía de la separatividad», por el que te das más importancia a ti mismo que al orden natural, al

vínculo con todo lo que existe y vive, al Yo universal. En otra es la Luz Astral, el alma psíquica de la Naturaleza, en todos sus registros, desde los más excelsos y luminosos hasta los más infernales; esa serpiente, que con sus anillos trata de sofocar al aspirante a la libertad suprema, y que llamamos mal. Pero que es en su dimensión más pura y luminosa, en su faz divina, pura luz, pura sabiduría: es la serpiente de eternidad, de luz espiritual, luz que como la física, baña y teje y envuelve el infinito mismo, dentro y fuera. *Demon est Deus inversus*.

En el texto del libreto de Wagner, ella se rio del Salvador:

«¡Ay! ¿Acaso no conocías la maldición que, despierta o dormida, viva o muerta, en la alegría o en la tristeza, me atormenta sin cesar, con un dolor cada vez más agudo y penetrante? Yo le vi… le vi a Él y… ¡me reí! ¡Entonces, Él me miró! Y ahora le busco de mundo en mundo para encontrarme con Él otra vez. Cuando estoy realmente desesperada, creo que sus ojos me miran de cerca, y que su mirada se posa sobre mí. Y de nuevo esa risa maldita vuelve a surgir de mí, ¡cuando un pecador cae entre mis brazos! ¡Y río! ¡Río! No puedo llorar, tan sólo gritar, desvariar, enfurecerme, en una noche interminable de locura, de la cual, me despierto arrepentida. Por Él languidezco de deseo, a Él conocí, de Él me burlé, déjame que llore sobre Su pecho, junto a ti, sólo durante una hora, y aunque Dios y el mundo me rechazaron, contigo podré librarme de mis pecados y redimirme.»

Parsifal supera esa prueba y Klingsor no puede herirle con la lanza sagrada, que pasa a las manos del héroe, y con ella y su magia deshace y hace caer en ruinas toda la fortaleza del hechicero.

Kundry le maldice, maldice sus caminos, se convierte en el laberinto mismo que tendrá que superar, sin hilo de Ariadna, pero con la luz de su fe y pureza. O sea que, aun cuando el corazón de las tinieblas ha sido vencido, todavía debe Parsifal enfrentar miles de pruebas, sufrimientos y fatigas para retornar al Castillo del Grial y convertirse en el nuevo rey del mismo, redimiendo a Amfortas:

«Si te marcharas de aquí, si intentaras encontrar todos los caminos del mundo, los senderos que buscas, no los encontrarías: he maldecido para ti esos caminos y senderos que te trajeron hasta mí.»

Pero finalmente, esta mujer de miles de años, que renace con la naturaleza en Primavera, que duerme en invierno, que conoce las propiedades y remedios de plantas y venenos, que socorre con su ciencia y su humildad cada uno de los dolores de los caballeros del Grial, y que recorre las distancias, volando, a la velocidad del pensamiento, también es redimida y baña con sus cabellos y lágrimas los pies del Salvador, el nuevo rey del Grial. La Naturaleza sólo cede ante el ojo puro del Espíritu, como nos enseña ese libro maravilloso, «Voz del Silencio»:

«Ayuda a la Naturaleza y trabaja con ella; y la Naturaleza te mirará como uno de sus creadores y te prestará obediencia. Y abrirá de par en par, las puertas

de sus cámaras secretas, y desvelará ante tu mirada los tesoros escondidos en sus profundidades mismas de su seno puro y virgen. Inmaculada ante la mano de la materia, ella muestra sus tesoros sólo al ojo del Espíritu, el ojo que nunca se cierra, el ojo para el cual no existe velo en todos sus reinos.»

Misterioso personaje el de Kundry, y tan misterioso como el que habla en el texto gnóstico «El Trueno», y que parece representar la infinitud de luz y sombras del alma de la Naturaleza, la luz espiritual en su extremo y el abismo de la materia en el otro, y todos los peldaños en que la luz del Logos Solar penetra en su íntimo corazón.

Maravilloso texto, éste del Trueno, un desafío para todos los filósofos y eruditos, intentar descifrar el significado y el porqué de lo que dice.

Siguiendo los estudios y la traducción de Antonio Piñero[25], este opúsculo[26] forma parte del compendio encontrado en Nag Hammadi en el año 1945. Es, en concreto, el segundo de los ocho tratados del Códice VI, y su título es, en grecocopto, «*tebronte: nous nteleios*», que él traduce como «el trueno: el intelecto perfecto». El texto sigue el formato de las llamadas aretologías, en que se enumeran las perfecciones (*areté*) de un dios o diosa, por ejemplo, las Isíacas, en la forma: «Yo soy…», mas también tiene el espíritu y forma de las paradojas enigmáticas, tipo koan zen, de la filosofía griega antigua.

Quien habla, como Kundry, es una Sofía-Eva. Eva tentadora, Sofía redentora. La luz de la sabiduría y el ímpetu avasallador de la vida. Las aguas dulces del cielo y las abismales y saladas de la cosmogonía mesopotámica (Apsu y Tiamat, respectivamente). Luz que guía, calor que abriga y ampara, fuego que consume.

Veamos algunas de sus declaraciones:

«Yo soy la que he sido enviada desde el poder y he venido hacia los que piensan en mí y he sido encontrada en los que me buscan. Miradme los que pensáis en mí y escuchadme, oyentes. Los que me estáis esperando, acogedme junto a vosotros; y no me apartéis de vuestra vista; y que no me odie ni vuestra voz ni vuestro oído; y no me ignoréis en lugar o en tiempo alguno.

¡Alerta! No me ignoréis. Pues yo soy la primera y la última, la honorable y la despreciable, la prostituta y la respetable, la esposa y la virgen, la madre y la hija, los miembros de mi madre, la estéril y la que tiene muchos hijos (…) el consuelo de mis sufrimientos, la novia y el novio; y mi marido fue quien me engendró. Yo la madre de mi padre y la hermana de mi marido; y él es mi vástago (…) siendo él mi vástago en el tiempo, mi potencia procede de él. Yo soy el cayado de su poder en su juventud y él es la vara de mi vejez; y lo que quiere él es lo que me sucede. Yo soy el silencio incomprensible, la idea cuyo recuerdo es frecuente, la voz cuyo sonido es variado y la palabra cuya apariencia es múltiple; yo soy la pronunciación de mi nombre.

¿Por qué me amáis los que me odiáis y me odiáis los que me amáis? Los que me negáis, confesadme; y los que me confesáis, negadme. (…) Porque soy el conocimiento y la ignorancia, la vergüenza y la osadía, soy poderosa y estoy

atemorizada, soy la guerra y la paz (…)

Yo soy la que ha sido odiada y amada en todas partes. Soy aquella a la que llaman Vida y llamasteis Muerte, a la que llaman Ley y llamasteis falta de Ley (…)

Yo soy el juicio y la exculpación. Yo, yo estoy libre de pecado y la raíz del pecado procede de mí. Yo soy aparentemente el deseo y el autodominio existe dentro de mí. (…)

Por tanto, prestad atención, oyentes, así como vosotros también, ángeles, y los que han sido enviados, y los espíritus que se levantaron de entre los muertos. Pues yo soy la que únicamente existe y no tengo quien me juzgue. En efecto, son muchas las formas agradables que existen en los múltiples pecados y desenfrenos y pasiones vergonzosas y placeres efímeros que los retienen hasta que llegan a ser sobrios y se apresuran hacia sus lugares de descanso. Y me encontrarán en ese lugar, vivirán y no morirán de nuevo.»

Nadie puede excluir de la vida ninguno de esos contrastes y aún contradicciones, y todas ellas son madre de conocimiento y experiencia. Como decía Miguel de Unamuno, es de alma mediocre quien no acepta las paradojas, pues es el reino en que estamos evolucionando. Claro, esta misma evolución nos exige vencerlas, o armonizarlas, o encontrar el lugar cierto de cada una de estas verdades, y no confundir caóticamente lo que está arriba con lo que está abajo.

SHAKESPEARE Y LA TRADICIÓN ARTÚRICA Y CABALLERESCA

«Sed grande en actos como habéis sido grande en intenciones, que el mundo no vea el miedo y la triste desconfianza gobernar la expresión de una mirada regia. Tened el horror de la hora presente: sed fuego en el fuego; amenazad al que amenaza, y sostened la mirada del horror que intenta intimidaros. Entonces, los inferiores, que calcan su conducta sobre la de los grandes, se convertirán en grandes, a ejemplo vuestro y se armarán con un espíritu indomable de resolución. ¡Adelante, y brillad como el dios de la guerra que se dispone a descended sobre el campo de batalla!»

El Bastardo, en *Vida y muerte del rey Juan*. Acto V, Escena I

En cierto modo Shakespeare, con un buen número de sus obras de teatro, y Miguel de Cervantes, con su *Don Quijote de la Mancha*, ambos, contemporáneos y que murieron casi el mismo día de 1616, cierran el ciclo de la Caballería fáctica, pero abren el de los valores morales asociados, y ahora para todos, no sólo para caballeros errantes o para nobles de sangre.

Las imágenes mentales y símbolos, los significados, las motivaciones, el Ideal, en definitiva, es el del Caballero y la Dama, pero ahora vividos en el alma, la verdadera naturaleza del ser humano, latente o ardiente. Este va a bañar las conciencias más despiertas durante casi tres siglos, creando un modelo de comportamiento, unas reglas de cortesía y un paradigma humano que va a ser invariablemente válido, hasta bien entrado el siglo XX. La Segunda Guerra Mundial, y el triunfo del utilitarismo, antes inglés y luego norteamericano, enraizado evidentemente en un egoísmo enemigo de toda sociedad y civilización, va a disolver este modelo. Antes era difícil ser dama y caballero – ya que es un Ideal– pero había una línea de esfuerzo dirigida hacia ello en casi todas las gentes, aunque fuese en un mundo casi soñado, mítico; ahora ya no. Lo que importa es ser triunfador, y no necesariamente de un modo caballeresco, basta con que la ley no obstaculice. «¿La moral?, qué es la moral. ¿El alma?, ¿quién dice que el alma existe?, ¿no ha demostrado la ciencia que es una hipótesis inútil, desgarrada del ser-naturaleza por la navaja de Okham? El bien y el mal son relativos. ¿Dios?, por favor no hablemos de Dios ni de finalidad, ni de un sentido o fundamento ideal de lo que existe, somos empíricos.

¿Responsabilidad?, la que la sociedad me obliga y ojalá pueda liberarme de esas cadenas inútiles, construidas por los débiles, por los fracasados y perdedores». Así, tristemente piensa un mundo viejo que se deshace en jirones y que ya huele a podrido… Es, como decía el profesor Jorge Ángel Livraga, el tránsito del *homo honorábilis* al *homo económicus*.

En la época de Shakespeare hubo dramaturgos que escribieron ciclos enteros en relación con la tradición artúrica. Pero curiosamente en la obra del *Cisne de Avon* (si es que el autor de estas obras es quien nació junto a este río), apenas si hay referencias a Arturo, a Merlín y a los demás héroes de esta saga.

En *Enrique V* se menciona con la muerte de Halstaff que su alma debe estar «en el seno de Arturo» como la máxima gracia que puede ser otorgada al alma de un caballero. Curiosamente Falstaff es el modelo de anti caballero. No es el opuesto, el villano, y ni siquiera el caballero corrupto, que usa su poder directamente en contra de los ideales de caballería, para destruir, robar, matar y violar. Falstaff representa al alma que debería haber sido caballero y que por no esforzarse, por su inclinación al fango de lo mundano, o sea, por inmundo, sucio, cobarde, y entregado a todos los vicios de la carne y la gula, es como un dragón con alas, pero demasiado pesado para volar. Eso sí, tiene carisma para rodearse de una corte de estúpidos adoradores y títeres de sus infamias.

Y si apenas hay menciones artúricas en la obra de Shakespeare, ¿por qué incluimos un capítulo en este ensayo? Por la razón ya mencionada de que, sin casi hablar de la caballería artúrica, los valores con los que educó al pueblo, burguesía y nobleza inglesa son tales que hacen de sus libros un verdadero ideario caballeresco, el mejor, quizás, desde la caída del Imperio Romano.

Incluso muchos de sus protagonistas o son caballeros o son quienes sucumben a algunas de las pruebas a las que son sometidos en el camino que lleva a este Ideal.

A **Otelo**, militar y de noble alma, le pierde su falta de sutileza y prudencia, la falta de delicadeza caballeresca, defecto o pecado por el que al final da más oído al veneno de un traidor, su enemigo, que al trato cortes y el pensamiento puro con respecto a su dama y esposa, Desdémona. Al final, acaba estrangulándola con sus propias manos, enloquecido por celos y razones adulteradas que no supo poner a prueba debidamente.

Macbeth, también noble y caballero al servicio del rey, asesina a éste pérfidamente por instigación de su esposa, uno de los caracteres más terribles de la literatura de todos los tiempos. No supo poner en

orden los valores caballerescos: 1º Dios; 2º Rey; 3º Dama. Y además, qué dama ni qué diablos, lady Macbeth era un engendro de las profundidades, el limo del Averno amasado con forma humana.

En ***La vida y muerte del rey Juan*** entre otras valiosas enseñanzas, se ve el peligro de que el rey se deje llevar por el interés, y no por el Código del Caballero, en el cual es mejor una guerra justa que una paz vergonzosa -aunque todos queden satisfechos- después de ser violados los principios de nobleza. El discurso del *Bastardo*, uno de los personajes más notables de la pluma shakesperiana, es realmente pedagógico. Despotrica contra los reyes de Francia y el suyo propio, el de Inglaterra que, en vez de seguir el Deber y la Honra, se han dejado seducir por el interés egoísta:

«¡Estúpido mundo! ¡Estúpidos reyes! ¡Estúpida alianza! Juan, para atajar completamente las pretensiones de Arturo, ha abandonado voluntariamente una parte de ellas; y Francia, que bajo los dictados de su conciencia, se había abroquelado en su armadura, que la virtud y la caridad habían conducido al campo de batalla como soldado de Dios, se ha dejado seducir los oídos por ese diablo pérfido que hace cambiar las resoluciones, por ese entremetido que perpetuamente asume la buena fe, por ese quebrantador cotidiano de promesas, por el que estafa a todo el mundo: a los reyes, a los mendigos, a los viejos, a los jóvenes, a las doncellas; por el que, no teniendo cosa externa que perder, fuera de la palabra «virgen», despoja de ella a la pobre virgen; por ese caballero de cara pulida que se llama Interés. ¡El Interés, ese desviador del mundo! El mundo, por sí mismo, estaba en buen equilibrio, rodaba por un terreno plano, cuando el Interés, esa vil e irresistible pendiente, ese dueño tiránico de nuestros movimientos, le hizo cambiar de frente contra toda lógica, sin devolverle su dirección, su objeto, su curso, su propósito. Y ese mismo obstáculo, ese Interés, ese fullero, ese zurcidor de voluntades, ese vocablo que cambia todas las cosas, que ha debido brillar por encima del versátil rey de Francia, le ha hecho retirar la ayuda que estaba dispuesto a dar, y de una guerra concluida con honor, le ha arrojado a una paz vil y concertada con bajeza (…) Puesto que los reyes rompen sus juramentos ante el Interés, ¡Ganancia, sé mi diosa, pues quiero rendirte culto!»

Hamlet es también un joven caballero, hijo del rey asesinado subrepticiamente por su propio hermano, tío del príncipe de Dinamarca. El espectro de su padre se le aparece para testificar contra su tío asesino. Idea una estratagema teatral para representar el asesinato y viendo las reacciones del tío, confirmar si era o no el asesino. Y sin embargo, no reacciona a tiempo, la duda y en cierto modo la pereza de alma hacen que no actúe como el rayo, cuando debía. El asunto tampoco era fácil, desde luego. Poniéndonos en la mente del joven Hamlet, ¿un espectro es testigo suficientemente válido?, ¿la angustia del rey no podrá ser debida a que se piensa que él es el asesino, aunque no lo sea realmente? Y Hamlet no puede solicitar justicia a nadie, porque no hay pruebas y ni siquiera indicios. Pero si él está seguro de que es el culpable, debe hacer justicia con sus

propios medios y soldados de guardia. Y él puede hacerlo porque es el legítimo sucesor, en aquel tiempo estaba en su derecho. Y debe hacerlo rápido, como el movimiento de bisturí de un cirujano, si no quiere o perder la vida o generar una guerra civil. De hecho, al final el reino fue ocupado y el trono, sin herederos, quedó vacante para el príncipe del país vecino.

La justicia de Hamlet debía haber sido la de su depositario legítimo, él mismo, ya que su tío era un asesino y un usurpador, y aunque no hubiera pruebas legítimas él sabía que lo era. Pero Hamlet no llega a asumir esa responsabilidad, se mueve siempre entre dos aguas, entre el ser y no ser, genial reflexión que aparece, precisamente, en la mitad de la obra teatral.

En el nacimiento del Estado moderno, muchas costumbres de la vieja caballería medieval, ya obsoletas y rancias, no tienen sentido, y la genialidad de Shakespeare fue traspasar el espíritu, el ideal, abandonando las formas viejas, como la piel ya inútil que deja tras de sí la serpiente renovada.

La obra que mejor expresa esta situación, la crisis y muerte de la Caballería medieval, en Inglaterra es, como muy bien dice Anna Goldsmith —en su artículo *Chivalry in Shakespeare: How the Great Playwright Reveals the Code of Conduct*— la tragedia ***El rey Ricardo II.***

Ella explica que la sociedad en la Inglaterra de aquel tiempo estaba reglada por los valores y principios caballerescos, una forma de ser y hacer que no necesitaba de demasiadas leyes escritas, y heredera de toda la tradición artúrica. Pero un rey de carácter débil, Ricardo II, que genera un vacío de poder, aun siendo el legítimo; y el carácter demasiado ambicioso —y en definitiva traidor— del duque de Hereford, futuro rey Enrique IV, van a violar y quebrar con sus faltas este Ideal. Y con él, el esqueleto moral que daba sujeción al reino, engendrando una monstruosa guerra civil que durará casi 100 años (y que va a culminar con la Guerra de las Rosas, o sea, desde 1399 hasta el 1485) y el fin del Ideal Caballeresco como tal en este país. Con las obras de Shakespeare este Ideal Caballeresco va a resurgir como el Fénix, pero con nuevas formas, más modernas y que van a engrandecer este país hasta convertirlo en la primera potencia mundial hasta la guerra civil de Europa desde el 1939 al 1945, en la que el Reino Unido pierde definitivamente la hegemonía sobre el mundo, con la pérdida, además, de su imperio colonial.

El inicio de esta obra, la tercera escena del primer acto, es una Justa de Dios, a muerte, entre Bolinbrook y el duque de Norfolk, Mowbray. El primero acusa al segundo de homicidio y traición al rey; el segundo se defiende de la acusación con la de desleal a Dios, al rey

y a sí mismo, lanzada «sobre la garganta» del primero. No se aportan pruebas, difícil sería obtenerlas y garantizar que son válidas. El testimonio es la propia vida empeñada en la lucha, el uno para acusar, el otro para defenderse de la infamia.

Durante la Edad Media las Justas de Dios tenían valor de ley sagrada, y era así como decidían muchos de sus conflictos: la fuerza de Dios protegería e insuflaría ánimo a quien luchaba por la verdad, y arrebataría el poder del alma al envilecido y mentiroso.

Casi como un mal augurio, el rey Ricardo, que va a ser depuesto y luego asesinado más adelante en la obra y en la historia, interrumpe dichas Justas cuando ya habían comenzado, y que habían sido convocadas y autorizadas por él antes. Esta es una severa infracción de la Orden Caballeresca. Después destierra a ambos, a Bolinbrook diez años y a Mowbray de por vida. Al ser confiscadas por el rey las propiedades del padre del primero, o sea, de Juan de Gante, duque de Lancaster (otra infame violación del Ideal Caballeresco), el primero se rebela y se alza contra su rey (otra gravísima violación y ruptura de la Orden), le vence con el poder de su fuerza militar y el rey cede la corona (otra violación inaceptable, pues el rey siendo el legal e instituido por Dios no puede ceder la corona, tiene que combatir, con sus leales súbditos hasta la muerte, y no, por temor e inconstancia entregar «de buena voluntad y con ceremonia» el poder regio).

Esta sucesión de violaciones del Ideal Caballeresco, Ideal que se reflejaba en la sociedad como un orden civil y de valores morales para todos (no sólo para la nobleza), abre fisuras por las que entran vientos devastadores, todo tipo de peste moral y larvas astrales que van a ser el terror de un siglo entero. Quebrada la unidad y la armonía, cada parte pugna por sobrevivir al mismo tiempo que lleva en sí los gérmenes que lo van a desgajar en partes menores.

El análisis de Anna Goldsmith es ciertamente lúcido. Dice en la conclusión de su artículo: «La caballerosidad no era solo un detalle menor en la vida de la nobleza de Inglaterra en la Edad Media, sino una forma de vida. Este código de conducta afectaba todo lo que hacían y determinaba cómo vivían sus vidas. Más importante aún, la Orden de Caballería dictaminaba cómo se esperaba que la gente de una nación actuaría en relación con la posición del rey. Bajo ninguna circunstancia era aceptable desafiar al rey, y como se ve en este análisis de *Ricardo II*, está claro que había una razón legítima para este estándar. Sin lugar a dudas, el liderazgo pobre e ineficaz de Ricardo fue una contribución decisiva para el declive de la caballería en Inglaterra; sin embargo, fue la combinación de sus acciones con Bolingbroke las que causaron el fracaso definitivo de la Orden de

Caballería. Un acercamiento al análisis de la obra histórica de Shakespeare, *Ricardo II*, revela, en primer lugar, la importancia que tuvo el código de caballería durante el siglo XIV, pero lo que es aún más grave, lo que sucede cuando se abandona la Caballería. Como señalaron varios académicos, el pobre liderazgo de Richard creó un vacío de poder que creó la necesidad de un nuevo líder. Una vez que Bolingbroke se dio cuenta de esta necesidad, finalmente decidió que, romper la línea de sucesión y ser el líder fuerte que Inglaterra necesitaba, era más importante que adherirse al código de Caballería. Ambos hombres fracasaron en sus respectivos roles en la nación, y como resultado, sus acciones se combinaron para forman el catalizador que provocó la muerte de la Caballería en Inglaterra.»

Siendo la obra de Shakespeare en la que mejor se muestra cómo se quiebra la Orden de Caballería es, asimismo, la que mejor establece sus rituales, sus poderosas afirmaciones (en las que luego no habrá concordancia) y la importancia del honor, sin el cual el caballero pierde su alma. Después en la literatura y en la vida renacentista este concepto del honor va a adquirir un nuevo protagonismo que modelará la sociedad futura, a pesar del materialismo y nihilismo creciente, hasta el siglo XX, como dijimos; y es fácil que en medio de la crisis de valores que vivimos, retorne, como una antorcha de nueva esperanza. Ya se insinúa en la necesidad del héroe y en las nuevas sagas del cine, entre la que destacamos el retorno de la caballería, ahora «galáctica» de Star Wars o en el inmortal El Señor de los Anillos.

Uno de los contendientes le dice al rey:

«Tú mandas en mi vida, pero no en mi honra; mi deber es consagrarte la una, pero mi buen renombre, que a despecho de la muerte me sobrevivirá en la tumba, no tienes poder para arrojarlo al negro deshonor. Soy aquí infamado, acusado, insultado, atravesado hasta el fondo del alma por la lanza envenenada de la calumnia, que ningún bálsamo puede curar sino la sangre del corazón que ha exhalado este veneno (…) El más puro tesoro que nos concede esta vida mortal es una reputación intachable, destruida la cual los hombres son tan solo barro dorado o pintada arcilla. Un espíritu valeroso dentro de un pecho leal es una joya en un cofrecillo con diez cerraduras. Mi honor es mi vida; ambos son una y la misma cosa. Quitadme mi honor, y ha dado fin mi vida. Así, mi querido soberano permitidme probar mi honor; por él vivo y por él quiero morir.»

Los caballeros debían ir a la Justa de Dios, según leemos en esta obra, a encontrarse con la muerte, pero felices de defender una buena Causa (en realidad uno de ellos siempre debía estar aquejado de la gangrena de la culpa, pero si era fieramente egoísta, esto no lo incomodaría demasiado y debía simular su inocencia). Se debían, pues, despedir de sus amigos y allegados:

«Bolingbrook: Tanto Mowbray como yo somos semejantes a dos hombres

que hacen voto para una larga y penosa peregrinación. Permitidnos, pues, que demos una solemne despedida y un afectuoso adiós a nuestros diversos amigos (…) Mi querido señor, me despido de vos, y no lo hago enfermo, aunque tengo que hacer con la muerte, sino joven, vigoroso y respirando con alegría.»

Y la respuesta del otro es equivalente:

«Mowbray: Sea cual fuere el lote que me depare Dios o mi fortuna, aquí ha de vivir o fenecer, fiel al trono del rey Ricardo, un hidalgo leal, justo y sin tacha. Jamás cautivo alguno sacudió de un corazón libre las cadenas de su esclavitud ni abrazó el tesoro de su manumisión incontrastada con más regocijo que mi alma saltarina celebra el festín de este combate con mi adversario. Muy poderoso señor, y vosotros, compañeros pares, recibid de mi boca la expresión de mi deseo de que viváis felices años. Marcho al combate gentil y gozoso, como si asistiera a un torneo: la lealtad lleva tranquilo el corazón.»

Desde luego, uno de los dos es un hipócrita y miente, y según la visión de la Orden de Caballería, Dios mismo establecería quién es el justo, por la fuerza que arrastra la convicción de la verdad.

Ciertamente esta es una brevísima muestra, son miles, y no exagero, las enseñanzas de Caballería y Recta Nobleza que Shakespeare enseña o sugiere a sus lectores, una biblia moral de la Dama y el Caballero, la más completa versión revitalizada de la herencia artúrica y donde el campo de batalla no se muestra sólo en la arena y la palestra de combate, sino en los mismos pliegues del corazón humano, el lugar real donde se enfrentan los poderes celestes y los del caos.

GALAHAD, EL CABALLERO PERFECTO DEL LINAJE DE JESUCRISTO

«Salieron del castillo y se separaron unos de otros, tal como habían dispuesto, entrando en el bosque cada cual por un lado, por donde más espeso lo veían, por donde no había ni camino ni sendero.

(…)

Aquí veo el principio de los grandes atrevimientos y el motivo del valor.

(…)

De este modo, Lanzarote se desprecia y se humilla en grado sumo y le dura el duelo toda la noche; cuando amaneció el día bello y claro, los pajarillos empezaron a cantar en medio del bosque, el sol empezó a brillar entre los árboles; vio el hermoso tiempo y oyó el canto de los pájaros con el que se había alegrado muchas veces; entonces se encontró desprovisto de todas las cosas, de sus armas, de su caballo, dándose cuenta de que Nuestro Señor estaba entristecido por él; piensa que no podrá llegar nunca a un lugar donde nada del mundo le pueda devolver su alegría, pues allí donde pensaba encontrar alegría y todos los honores de la tierra, allí ha fracasado: en las aventuras del Santo Graal; esta es una cosa que le aflige mucho.

(…)

Después de esta mesa, existió la Tabla Redonda por consejo de Merlín y fue establecida con un sentido muy claro, pues es llamada Tabla Redonda por la redondez del mundo y por el conjunto de los planetas y elementos del firmamento; en este conjunto debemos ver las estrellas y otras muchas cosas, por lo que se puede decir que en la Tabla Redonda está condensado todo el mundo. Podéis ver que de todas las tierras en las que hay caballería, sean de cristianos o de paganos, vienen los caballeros a la Tabla Redonda y cuando Dios les da tal gracia que los hace compañeros, se consideran más felices que si hubieran ganado todo el mundo y bien se ve que dejan a sus padres y a sus

madres, a sus mujeres y a sus hijos. Vos mismo habéis visto suceder esto, pues desde
que os separasteis de vuestra madre y se os nombró caballero de la Tabla Redonda, no
tuvisteis voluntad de volver allí, sino que os visteis sorprendido por la dulzura y la
fraternidad que debía haber entre los compañeros.»

Demanda del Grial

El Caballero del Cisne, en la versión wagneriana de Lohengrin, expone el misterio de su linaje, oculto hasta ese momento, como Caballero del Grial:

«En tierras lejanas, inaccesibles para vosotros
se encuentra una fortaleza llamada Monsalvat.
En su centro se yergue un majestuoso templo
tan espléndido que en la tierra no existe nada similar.
En su interior se guarda un cáliz bendito y milagroso,
como bien más preciado. Una corte de ángeles lo trajo a la tierra.
Cada año una paloma desciende del cielo,
para infundir nuevas fuerzas con su poder milagroso.
Es conocido como el Grial y de él reciben sus caballeros
La fe más pura y gloriosa.
Quien es escogido para servir al Grial, recibe de éste un poder sobrenatural.
Contra él nada puede la mentira del hombre malvado
y en su presencia, la noche de la muerte se desvanece.»

Y siguiendo la versión de Wolfram von Aesenbach, Lohengrin es hijo de Parsifal quien es a la sazón rey del Grial.

El ciclo del Grial, y su búsqueda especialmente, es una de las partes fundamentales del ciclo artúrico. Es su corona, su culminación, la gran Aventura, y al mismo tiempo es un injerto, y marca el declinio de la Corte del Rey Justo.

En una clave, la psicológica, todos los caballeros de Arturo son potencias del Alma humana y la Demanda de Grial, la última y gran conquista, el secreto de la teofanía, de la inmortalidad consciente. Boores, Parsifal y más especialmente Galahad –formando una tríada, con todo su simbolismo– se adentran en esta Puerta hacia la Luz, en esta comunión mística que bien puede representar la muerte o la Iniciación. La decadencia del rey Arturo, las discordias entre los Caballeros que fracasan en esta búsqueda o que simplemente no lo han intentado, la acusación contra Ginebra –que es el Hada Armonía

de todos– y contra el primer Caballero, Lancelot; el asalto y conquista de la ciudad por Mordred –la muerte, pero en este caso, de todo lo bueno, justo y bello– indican el declive del reino, o sea, del ser, cuando le abandonan sus principios más luminosos.

Al mismo tiempo, el acento que se pone en esta Demanda del Grial, que llega a absorber las energías vitales del ciclo artúrico, subvierte en gran medida los valores del Ideal Caballeresco, que son en sí mismos religión y mística, y se los hace dependientes del mensaje y del poder eclesiástico y cristiano. Insisto, la transmutación de la mujer en Dama y del hombre en Caballero, gracias al fuego espiritual de un Ideal, es mística y religión en sí misma. Así es presentado por ejemplo en la obra de Chrétien de Troyes. En ella la historia del Grial es una aventura más, no la única, la Aventura con mayúsculas. Un siglo después, en la *Vulgata*, la obra titulada *La Demanda del Grial*, anónima, poco o nada tiene que ver con este espíritu caballeresco inicial. La lealtad, fortaleza o valor, modestia, misericordia y generosidad ceden su paso, sin dejar de ser importantes, a la fe, la humildad y la paciencia. Ahora la sumisión a los religiosos debe ser constante, y se insiste en la necesidad de combatir contra los enemigos de la Cristiandad. Los Caballeros del rey Arturo, que representaban las máximas esperanzas de la condición humana, su ejemplo permanente, son severa y violentamente criticados, y aún humillados, por no alcanzar a ver el Grial. Lancelot, no sólo deja de ser «primer Caballero» al ser nombrado su hijo Galahad, sino que se lo humilla prácticamente en todo el libro y es por muy poco salvado de las llamas del Infierno. Héctor es un orgulloso, y ya está. Lo mismo Gawain, que es vano y lujurioso, y del rey Arturo, lo único que resta son sus lamentos. En esta nueva versión, que es machista, sexista, racista y fanática (como lo era lo peor de la cristiandad en este momento) el personaje de Ginebra, encarnación del Eterno Femenino, directamente se desvanece pues en palabras del fundador de la Orden del Cister, la mujer es un instrumento del diablo, en vez de un motivo de inspiración, la encarnación del alma del caballero.

Las parábolas bíblicas de la higuera seca y de los talentos son usadas para denigrar a los caballeros de la corte del rey Arturo y especialmente a Lancelot. O sea, que al final, los caballeros de esta Corte lo habían sido por sus dotes naturales y la fortuna, y no por la presencia de sus almas nobles y bondadosas.

Galahad, o Galaz, se convierte en el «Caballero Perfecto», y nadie duda que lo sea, pues culmina la demanda del Grial; es como un Enviado o Avatar, del linaje del mismo Cristo, o sea, del Árbol de Jesé. Pero curiosamente, en los textos más antiguos Galahad es simplemente

uno de los nombres del mismo Lancelot, no su hijo. En otras, como en Wolfram de Eschenbach, el héroe y después rey del Grial es Parsifal, y esta es la versión que usará Richard Wagner para sustituir su idea original de narrar en un drama musical el camino del Buda hacia la gran libertad y compasión.

Hechas estas salvedades, hay mucho que aprender del valor simbólico y mítico de este personaje, Galahad, que por cierto fue inspiración del perfecto caballero portugués, un santo también, el condestable Nuno Alvares Pereira, el héroe de Aljubarrota. Y también del infortunado rey, también portugués, Don Sebastián, que consumido de ansias de ser como su modelo, perdió el sentido común que le habría hecho oír a sus mejores consejeros y quebró el tronco de su dinastía …y aún se le llora y se espera que llegue cabalgando desde el mar un día de niebla.

También en este momento del ciclo artúrico, y especialmente en esta versión en que la aventura del Grial es única y definitiva, sucede lo que H.P. Blavatsky llama «ley de retardación»: el impulso generado en este círculo de caballeros para realizar esta gran conquista lanza también su savia vital en ella, y comienza un proceso de decadencia y pérdida de su juventud. La primavera y plenitud del verano son sustituidas por la decadencia del otoño y la muerte del invierno. El texto anónimo de la Demanda del Grial lo expone con gran belleza y dramatismo:

«Cuando los de la Tabla Redonda oyeron estas palabras, se levantaron todos de sus asientos, haciendo el mismo juramento que Galván había hecho, y dijeron que ya no cesarían de vagar hasta que estuvieran sentados en la alta mesa en la que se servía todos los días una comida tan buena como la que habían tenido allí. Al ver el rey que Galván había hecho tal voto, lo sintió mucho, pues sabe bien que no podrá echarse atrás en esta empresa. Se dirige a Galván: «¡Ay!, Galván, me habéis matado con el juramento, pues me habéis quitado la mejor compañía y la más leal que yo había encontrado: la compañía de la Tabla Redonda. Cuando se separen de mí, sea la hora que sea, sé bien que no volverán, antes bien, se quedarán en esta Demanda la mayoría y no terminará tan pronto como pensáis. Y no podría ser menor mi sentimiento, pues yo los he criado y educado con todo mi poder y siempre los he querido y aún los amo como si fueran mis hijos o mis hermanos y por eso me pesará mucho su marcha; yo estaba acostumbrado ya a verlos con frecuencia y a tener su compañía; no sé cómo podré soportarlo.» Después de estas palabras, comenzó el rey a pensar melancólicamente y en este pensar se le vinieron las lágrimas a los ojos, como bien pudieron apreciar los que estaban allí delante. Y, hablando, dijo tan alto que todos pudieron oírlo. «Galván, Galván, me habéis puesto un gran pesar en el corazón y no podré desprenderme de él hasta después de saber ciertamente a qué fin habrá llegado esta Demanda, pues temo mucho que mis queridos amigos no vuelvan de ella ya.» «¡Ay, señor! –dice Lanzarote–, por Dios, ¿qué decís? Un hombre tal como vos no debe concebir miedo en su corazón, sino justicia, valor y abrigar buena esperanza. Debéis confortaros; si morimos

todos en esta Demanda, nos será mayor honor que morir en otro lugar.» «Lanzarote –responde el rey–, el gran amor que he tenido siempre hacia ellos me hace decir tales palabras y no debe extrañar que entristezca por su marcha. Ningún rey cristiano tuvo tantos buenos caballeros, ni nobles a su mesa como yo he tenido hoy y ya no habrá ninguno que los tenga en cuanto se hayan ido, ni volverán a estar reunidos alrededor de mi mesa tal como han estado aquí, y es ésta la cosa que más me apena». A estas palabras no supo Galván qué responder, pues se daba cuenta de que el rey tenía razón. A ser posible, se hubiera arrepentido gustosamente de sus propias palabras, pero no hubo lugar, pues ya eran públicas.»

Volviendo a las dos versiones más extremas del ciclo del Grial, la caballeresca en sí misma y la clerical o cisterciense, es de gran interés recordar que en la primera el Grial es un cáliz místico, que renueva el vigor del alma y el sentido del juramento vivo, y no se asocia directamente con la copa sagrada que habría recogido la sangre de Cristo. Lo mismo con la lanza que gotea roja sangre, símbolo del dios germánico Wotan, y que luego se convierte en la lanza del legionario Longinos, que habría herido a Jesús en la Cruz.

De hecho, las primeras menciones del Grial lo identifican con la esmeralda de la frente de Lucifer. Si consideramos que tanto la esmeralda como Lucifer están asociados a Venus, más específicamente en su forma de «estrella del amanecer», pues etimológicamente es «el que trae la Luz»; y que Venus, como doble luminoso de la Tierra es en las tradiciones esotéricas el «Padre de la Mente y la Conciencia», el Grial sería el corazón mismo de la espiritualidad que reina sobre la condición humana, el que alimenta a Iniciados, discípulos e idealistas en el mundo entero para no desfallecer en su misión. Todos estos serían como «los guerreros de Odín», de los que los textos germánicos dicen que es un misterio qué los alimenta y sostiene.

El Cáliz Místico y la Lanza representarían los arquetipos del Eterno Femenino, el Gran Espacio que a todos acoge y alimenta; y la Fuerza Pura, *Fohat*, que como un rayo rasga la noche, abre los caminos para la vida y destruye las murallas, el Eterno Masculino. El equivalente al 1 y al 0 de la Matemática Sagrada, o en los mandalas budistas –por ejemplo en el sistema de la Gran Perfección de Padmashambhava– a la espada en llamas y al cráneo-cáliz con sangre.

Es imposible no relacionar este símbolo del Cáliz del Grial con la Copa del Soma hindú, y lo más fácil es que este sea su verdadero origen. En el excelente artículo de Antonio Medrano *El Grial en las tradiciones orientales* se explica con detalle esta relación. Soma es quien otorga la inmortalidad, es el elixir de vida eterna y simboliza el acto de la Iniciación misma, por la que se vierte esta sangre de vida eterna, la luz del Yo Superior sobre la conciencia personal humana. El Grial

sería el vaso sacrificial que contiene al Soma. Dice este autor:

> «Según Burnouf, el samudra o recipiente del soma es el vaso que «contiene la sangre del dios viviente», de Agni, personificación del fuego, del mismo modo que «el graal contiene la sangre de Cristo inmolado». Tanto el uno como el otro representan el «Vaso universal» o «vaso de purificación» en que se recoge el principio del calor y de la luz, de la vida y de la sabiduría. Por su parte, Leopold von Schroeder, que llama la atención sobre la identidad existente entre el soma y la luna, califica al «soma celestial», origen del soma terreno utilizado en el rito, de «modelo de Grial». En su opinión, el Grial o «recipiente milagroso» no es otra cosa que «el fondgefass o vaso celeste de la luna, dispensador de milagrosas bendiciones», generador de la lluvia, propiciador de la vida y despertador del entusiasmo, que más tarde sería identificado con el vaso de la última cena de Cristo. Schroeder no deja de señalar que el soma podría aludir asimismo al Sonnengefäss o vasija solar, en cuanto que el Sol puede ser considerado como «una vasija llena de leche caliente» o como «un gran puchero que ayuda a satisfacer todos los deseos y a dar eterna bienaventuranza». Lo único que hay que lamentar en las tesis sustentadas por los dos autores mencionados es el naturalismo al que pretenden reducir correspondencias y significaciones simbólicas tan certeramente captadas.
>
> La identificación del Grial con el soma es también subrayada, esta vez en un plano de rigurosa coherencia tradicional, por Ananda Coomaraswamy, el cual emplea como sinónimas las expresiones Soma-thief («ladrón del soma») y Grail-winner («conquistador del Grial»), calificando de tales a Indra y Garuda. Del primero, que, tras conquistar por esposa a Apala, beberá de sus labios el soma, dice el citado autor que «es el Grail-winner de los Vedas». Otro tanto puede decirse de Garuda, el ave solar de Vishnú, la cual, pasando a través de la rueda de bruñido acero, «radiante como el sol», que protegía al soma, se apodera de éste para entregarlo a los dioses y los hombres. Comentando el fragmento del «Satapatha Brahmana» en el que se dice que «la luna es el alimento de los dioses», Coomaraswamy, tras puntualizar que la luna no es aquí más que el símbolo del «mundo» o «universo», es decir, de todo aquello que está «bajo el sol», afirma que este es el Grial que mantiene y alimenta al «Sol sobrenatural», el «ojo de Varuna, Rey del Cielo, al tiempo que es alimentado por él, por el acto de su visión». «Es de este Grial, como medio de rejuvenecimiento y procesión del que depende la vida de Varuna, el Rey Pescador, la deidad ab intra. Arquetipo del vaso sacrificial que contiene el soma, y exacto gemelo, por consiguiente, del Santo Cáliz cristiano, es la «Copa del Asura» o «Cuenco del Padre Titán» del que habla el Rig-Veda. Esto es, el cuenco, cáliz o recipiente (camasa, patra) que, fabricado por Tvashtri, el artista divino, fue posteriormente dividido en cuatro por los tres Ribhus (expresión simbólica que alude a la pérdida de la unidad primordial y al alejamiento del Centro que la misma lleva consigo: el número cuatro ha de entenderse como referencia a las cuatro direcciones del espacio, los cuatro puntos cardinales). Según Coomaraswamy esta «Copa del Asura» no es, en realidad, otra cosa, «el platel o disco (patra = mandala) del sol». O para decirlo más exactamente,

del sol y la luna unidos, como corresponde al estado de los orígenes, cuando aún no se había producido la escisión de la dualidad y Cielo y Tierra eran perfectamente coincidentes. Es este «Grial solar», concebido como «un vaso nutritivo que satisface todos los deseos» (un an all-wish-fulfilling vessel) y cuyo modelo es «el orbe, patena o bandeja solar que contempla todas las cosas y participa así de ellas en un mismo instante», el que se erige en «prototipo de toda patena sacrificial.

Para comprender mejor la apuntada identificación entre el Grial y el soma, será conveniente aclarar que este último, llamado en el Rig-Veda «el padre de los dioses» y «la deidad semejante al sol», es el néctar celestial, el elixir de la inmortalidad (amrîta), el «agua de la vida», y tiene su equivalente en el haoma avéstico, la «ambrosía» del mito griego (servida a los dioses en el Olimpo) o el «hidromiel» de la mitología nórdico-germánica, el milagroso Odrerir, brebaje de la poesía y de la eterna juventud. De ahí, la correspondencia del vaso del soma con el Grial, en el cual se guarda la sangre de Cristo. A esto se añade que las virtudes del soma son, de acuerdo a los textos védicos, las mismas que las del Grial del Medioevo europeo: protege el cuerpo, cura la enfermedad, da salud de cuerpo y alma, aleja las dificultades y los peligros, conforta y consuela, proporciona fuerza y alegría, inflama e ilumina, prolonga la vida, inspira a los poetas y sabios, hace surgir un sentimiento de paz con los dioses, otorga la inmortalidad. El soma aparece, por otra parte, ligado a la roca y la montaña, símbolo del centro, del eje cósmico y de la elevación espiritual. Traído de los Cielos por el águila mensajera de Vishnú (del mismo modo que el águila de Zeus es portadora del néctar divino en la mitología griega), el soma es depositado en lo alto de la montaña, recibiendo los calificativos de «crecido en la montaña» y «morador de la montaña». Todo lo cual ofrece también un significativo paralelismo con la copa milagrosa del mito cristiano, la cual, si por un lado recoge la sangre de Cristo en el monte Calvario, por otro, es conservada en el castillo de Monsalvat, el monte
santo o montaña de salvación.»

Esta relación del Grial con la relación de luz Sol-Luna, que asimismo simboliza a Thot, es aclarada, en una clave astronómica, por el gran Roso de Luna en el capítulo de Parsifal de su libro *Wagner, Mitólogo y Ocultista*:

«Resulta, por consiguiente, que en los cielos, y constantemente al lado opuesto del Sol, los rayos de este, interceptados por la opacidad de la Tierra, determinan una especie de taza o cáliz, cuyo fondo o cavidad interna está determinada por el cono de sombra pura de nuestro planeta, y sus paredes o revestimiento exterior, por decirlo así, está delimitado, a su vez, por el cono de penumbra. La disposición, entonces, de estos dos conos, con la esfera terrestre en su boca nos ofrece una semejanza muy clara con el Cáliz, los Corporales, la Hostia y la Patena del Sacrificio Cristiano de la Misa, y nos expresamos así, es obvio, para no herir respetables creencias piadosas, cuando son ellos, efectivamente, los que se semejan a estos Cálices, Hostias, etc., únicos de los excelsos cielos. Basta examinar la figura para darse cuenta de la exactitud de nuestro símil. Las

dos copas clásicas iniciáticas indostánicas: la de Sukra o terrestre, y la de Manti, o lunar, tienen, así, en el espacio, la más perfecta y antigua de sus representaciones astronómicas, y sería ofensivo para la despierta intuición de nuestros lectores insistir más sobre este punto concreto.»

Desde cierta perspectiva Galahad es la «la joya en el loto», expresado por el *mantram* a Avalokiteshvara «Om Mani Padme Hum». El loto que lo encubre y da nacimiento es Lancelot, y de él surge esta joya de la perfecta Caballería. El escudo mágico que lo protege y que lo hace indestructible, por su pureza, es de color blanco con una cruz de sangre, lo que nos evoca *ipso facto* la túnica y cruz templaria. Pues esta nueva Caballería, casta y sacerdotal es el Ideal templario, el del caballero que ha pronunciado sus votos monásticos y que va a servir de medida y ejemplo a todas las demás órdenes religioso-caballerescas como la de Calatrava, Santiago, etc, etc. *La Demanda del Grial* dedica varios capítulos a la historia de dicho escudo y cómo este perfecto caballero rechazó el que le ofrecía el rey Arturo al salir de su corte, pues Galahad esperaba uno que el Cielo mismo le enviara. Otro símbolo, pues, indica que Galahad es superior a Arturo y no puede, por tanto, recibir un escudo de éste. De hecho, Galahad sustituye a Arturo como «primus inter pares», hace que se pierda el sentido de la «Mesa Redonda» y centra en torno de él una nueva «caballería celeste», la de los 12 caballeros y su mesa del Grial. Igual que en el Asiento Peligroso en el que sólo podía sentarse el predestinado, y a todos los demás que lo intentasen les traería desgracias y muerte inminente, también este Escudo sólo es válido para el «perfecto». El rey Bandemagus tienta fortuna, pero un misterioso caballero blanco aparece en el bosque le hiere mortalmente. Y después le dice: «Señor caballero, fuisteis demasiado atrevido y necio al colgar este escudo de vuestro cuello, pues no está permitido que lo lleve ningún hombre si no es el mejor caballero del mundo. Y por vuestra falta, me envió Nuestro Señor para que tomara venganza.»

La relación Lancelot-Galahad es semejante a la de Siegmund-Siegfried. Se nos enseña que «donde no hay lucha no hay mérito», y que todo avance evolutivo proviene de esta lucha, de la experiencia, del mérito. Pero también se enseña que es como si estuviéramos forjando la estatua de oro de nuestra verdadera identidad, es el hijo espiritual –y al mismo tiempo nuestro Padre en los Cielos– forjado con lo más sublime y divino de nuestras conquistas y vivencias, vida a vida. Cuando esa misma «estatua de oro» o «caballero perfecto», el Yo Superior, esté completo y adquiera vida se convertirá en ese misterioso personaje del libro *Luz en el Sendero*, simbolizado por Galahad en esta Demanda, cuando dice:

«Busca al guerrero interior y deja que pelee en ti. Recibe sus órdenes para

la batalla, y obedécelas. Obedécele, no como si fuera un general, sino como si fueras tú mismo, y como si sus palabras fuesen la expresión de tus secretos deseos; pues él es tú mismo, aunque infinitamente más sabio y fuerte que tú. Búscale antes de que en el fragor y fiebre de la batalla puedas dejar de percibirlo; pues él no te reconocerá a menos que tú le conozcas. Si tu grito llega a tu oído atento, entonces luchará en ti y llenará el triste vacío del interior. Y si esto no sucede, entonces podrás permanecer durante la batalla sereno e infatigable, manteniéndote apartado y dejándole pelear por ti. Entonces será imposible que des un golpe en falso. Pero si no lo buscas, si pasas a su lado sin percibirle, entonces no hay salvaguardia para ti. Tu cerebro se turbará, tu corazón se tornará irresoluto, y en medio del polvo del campo de batalla, tu vista y sentido se oscurecerán; y no distinguirán tus amigos de tus enemigos. Él es tú mismo; sin embargo, tú eres finito y sujeto a error. Él es eterno y seguro. Él es la verdad en ti. Una vez que haya penetrado en ti y se haya convertido en tu guerrero, jamás te abandonará por completo, y en el día de la gran paz, él y tú os convertiréis en uno.»

Juan Carlos del Río, en su *La Saga del Rey Arturo* nos explica que Galahad es «demasiado espiritual para amar», pues de hecho, en él, dice «no cabe el concepto del amor cortés, que está más cerca del Eros griego que del Amor cristiano». Dice que es un nuevo Cristo, un Mesías, tan esperado durante toda la Edad Media, y después, y que «si despojamos la figura de Galahad de todo el simbolismo cristiano, vemos que se trata de un avatara, que llega a nosotros en un momento de necesidad, cuando es necesario rescatar la Sabiduría Interior, simbolizada por el Grial». Asimismo, lo identifica, en su clave histórica, aunque con reticencias, con Federico II, emperador del Sacro Imperio Romano Germano, y rey de Sicilia y de Alemania. En su fortaleza de Castel de Monte, en Apulia, se llegó a decir que estaba guardado este cáliz místico. Dice que en su simbolismo más interno representa este caballero la Pureza, y en el exotérico la predestinación.

Del mismo modo que el oro es inmune al ataque químico de los demás metales (sin contar el mercurio), Galahad es inmune a todo tipo de tentaciones, de dudas, de debilidades. En él no hay un penoso camino para llegar al florecimiento de la virtud. Sólo, en toda la Demanda del Grial, manifiesta una debilidad al tener que entrar la mesa que portaba este en la fortaleza de Sarrás, y le pide a un tullido que le ayude a sujetarla, curándole antes, como haría un nuevo Cristo. Desconocemos el significado de esto, que debe ser, evidentemente simbólico.

El color asociado a Galahad es el rojo, pero no el rojo de Mordred, o del Caballero Rojo, que es un rojo tierra, oscuro o sucio, sino el rojo vivo, color asociado al idealismo, al sacrificio, a la fuerza, a la voluntad y a su impulso creador, un color para vencer las dificultades y salir de la pasividad. En la heráldica medieval el color

gules es el rojo intenso y hay leyes que prohibían llevarlo en el escudo a menos que se fuera príncipe; este color es representado en los grabados como líneas verticales en el escudo y simbolizaba el amor ardiente para con Dios y con el prójimo, ardid, la alteza, alegría, caridad, audacia, victoria, generosidad, fidelidad, fortaleza e intrepidez; y como comportamiento el deber de proteger a los oprimidos por las injusticias.

En las Religiones Antiguas este color fue símbolo del sacrificio y del amor del hombre por su Creador, del fuego del altar en que se hacían ofrendas al Eterno. Decían que el fuego creó el mundo y que debía destruirlo, pues como nos recuerda Frederic Portal en su *Simbolismo de los Colores*, «el alma emanada del amor de Dios debe regresar a su seno». El Fuego, y su emblema-color, el Rojo, era el Fénix de la Resurrección. De ahí que figure en la última etapa alquímica, el *rubedo*, la corona de la transmutación que forma la Piedra Filosofal, que el mismo Galahad simboliza. Incluso, este caballero muere en éxtasis contemplando el Grial, como si fuese una llama de ofrenda en el altar, que se pierde en lo infinito. Es la inmersión en la llama divina de la Vida Universal, la muerte de lo efímero y del mundo de las apariencias.

Los artistas de la Edad Media figuran a Jesucristo con ropas blancas o rojas después de la Resurrección. El rojo era, tanto para los árabes como para los cristianos, el símbolo de los deberes religiosos, del amor del hombre hacia su Creador y símbolo de la oración. En *La Demanda del Graal* alude directamente al descenso del cielo de las lenguas de fuego del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, siempre el más importante para la caballería artúrica. Y en el Día de Pentecostés es cuando Galahad se presenta a la Corte del Rey Arturo y asume su lugar en el «asiento peligroso», que únicamente para él no lo era, en el año 454 después de la pasión de Jesucristo, según este libro.

Rojo es también el escalón o piedra cúbica de donde extrae su primera espada de caballero, destinada al mejor del mundo, y semejante a cómo Arturo se hizo con Excalibur. Pero hay una diferencia importante: esta roca o piedra cúbica de mármol rojo no está asentada en el suelo, sino que flota en el río, como indicando que él no va a ser rey de justicia en el mundo, sino que su destino es fundirse, como lo hacen las aguas fluviales en el mar, en el misterio de Dios. No es el centro del mundo, como Arturo, sino que marcha como una flecha hacia el centro del Cielo.

Sólo casi al final de su *Demanda* va a sustituir esta espada, que se la otorga a Parsifal, por «la del extraño tahalí» que habría sido la espada misma de David y Salomón, otro elemento cristiano judaizante

ausente en los primeros textos del Ideal Caballeresco.

También en esta obra, *La Demanda del Graal*, se hace una oposición continua entre la caballería terrenal y la celestial, criticando amargamente a esta primera. La gran fuerza de inspiración en la ahora llamada terrenal –que en sí mismo ya es un insulto, si bien se mira, y una dicotomía innecesaria– es la dama, mientras que en la caballería celeste es el Grial, como «caballeros de Cristo». Curiosamente en los primeros textos del Grial, la virtud para alcanzarlo no era la absoluta castidad, y desde el nacimiento, sino la completa ausencia de orgullo. Esta oposición entre ambas, innecesaria como dije antes, pues la una debería ser el fiel reflejo y no la oposición de la otra, es semejante a la que establece San Agustín entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre (que convierte en una depravada Babel). Cuando, del mismo modo, lo mejor sería que la Ciudad del Hombre encarnara los Ideales y Arquetipos celestes de la Ciudad Divina. Como dice el obispo de Hipona en su libro *La Ciudad de Dios*:
«Dos ciudades han surgido de dos amores: del amor a sí mismo, hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrestre, del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la ciudad celestial», éste es el molde de donde nace toda la Demanda del Grial de la *Vulgata*.

La derrota del escudero de Galahad, Melián, hijo de rey, en esta obra, es debido a esta oposición:

> «Entonces te hirió el Enemigo con uno de sus dardos. ¿Sabes con cuál? Con el del orgullo, pues pensaste que saldrías del paso con tu valor. Y así fuiste engañado por el entendimiento, pues el escrito hablaba de la caballería celestial y tú interpretaste de la secular, por lo que fuiste orgulloso y por eso caíste en pecado mortal.»

Y dado que es tan actual en este tema, quiero recordar algo que escribí hace años, en el artículo «San Agustín y su Ciudad Celeste»:

> «La misma oposición que hace San Agustín entre ambas Ciudades es una doble medida, un hachazo[27] a la misma uniformidad de las leyes de la Naturaleza, o sea, los Decretos de Dios.
> En la mentalidad clásica la ciudad terrestre quiere evocar a la celeste, alcanzar con todas sus fuerzas su divina «medida». Lo que nunca es posible, por la resistencia que ejerce la materia, e incluimos aquí también a la «materia humana» que se niega a abandonar sus hábitos viciosos o simplemente inútiles. Pero la Medida, el Ideal está siempre ahí, como guía, como referencia, como faro en la tempestad, y aún como esperanza redentora. Hay un Norte, y es necesario encontrar los caminos en la tierra que nos permitan, a veces con rumbos aparentemente contradictorios, avanzar en esa dirección. Pero si miramos la Estrella y avanzamos renegando de la tierra que pisan nuestros pies, es evidente que tropezaremos y caeremos.
> Esta lección es también la que nos da el organismo humano, en que nadie

es perfecto, pero las células obedecen las leyes escritas en su ADN. Y cuando no lo hacen es porque se convierten, no en una célula santa, sino en una cancerígena.

Además, para los filósofos romanos, griegos, egipcios, etc., el amor a sí mismo, o sea, la búsqueda de la belleza, luz y justicia en el propio corazón humano era la clave para llegar a sentir y vivir el «amor de Dios». La falta de confianza en lo mejor de nosotros mismos nos convierte en seres abyectos, mutilados, traumatizados, llenos de angustias y miedos, mendigos de la vida, sin nada que ofrecer a los demás. La oposición que hizo San Agustín, y el Cristianismo en general entre el sí mismo y Dios ha dejado un rastro de cadáveres morales e hipocresía. Sus frutos han sido, y son aún, muy amargos, y los que caen en las redes de estos sofismas, abandonando su voluntad al tótem de cualquier perversa creencia, son «carne de sectáreo» y fanatismo, sin libertad interior, ni capacidad para pensar por sí mismos, ni decisión para servir a aquello que consideran noble, justo y bueno… el único modo de construir una Ciudad Terrestre que no sea enemiga, sino imagen de la Celeste. Pues esto es, y no una fuga hacia adelante o hacia atrás, lo que la Ciudad de Ideales reclama de su sombra, y de sus «hijos del alma».

Qué bien lo expresaron los sabios egipcios: «Si Ra avanza, yo avanzo. Si yo avanzo, Ra avanza.»

No hay oposición, la Luz es siempre la misma, brote del corazón del universo o del propio corazón.»

En ningún otro lugar es tan evidente este rechazo al ideal artúrico de esta obra como en las palabras que se le dirigen a Lancelot quien, por cierto, después de ser un caballero enamorado y resplandeciente en sus virtudes, el primer caballero, se convierte en un llorón arrepentido, pues han sembrado en él todo tipo de complejos y culpas por lo que era el fundamento de la caballería, el culto a la Dama, el amor cortés:

> «Lanzarote, te he mostrado este ejemplo para que veas la vida que durante tanto tiempo has llevado, desde que caíste en pecado, es decir, desde que recibiste la Orden de Caballería, pues antes de que fueras caballero habías albergado en ti todas las buenas virtudes de manera tan natural que no conozco a ningún joven que pudiera serte semejante.»

¡Dios Santo! ¡Se le dice que ha caído en pecado desde que ha sido nombrado Caballero, que era virtuoso en su estado salvaje, natural! Quizás Rousseau obtuvo de aquí su inspiración del «buen salvaje» a quien la cortesía y la civilización envenenan el alma…

En toda la narración de las aventuras de Galahad y la demanda del Grial una y otra vez se muestran alegorías de profundos significados, aunque se abusa del lenguaje y las parábolas bíblicas, que absorben el antiguo simbolismo natural. Tanto en hechos como en sueños, que luego interpretan ermitaños. El ciervo blanco y el pelícano que alimenta a sus crías que simbolizan a Jesucristo, en esta versión;

la cerca que guarda los 150 toros, que es la Tabla Redonda; el león con alas que vuela por el mundo entero, Galahad; la espada quebrada que sólo puede unir este héroe perfecto, con su sola voluntad; la Espada del Extraño Tahalí que nadie sino el más puro puede blandir; la nave sin remos en que la hermana momificada de Parsifal –y dama de Galahad– acompaña la Demanda del Grial, y donde luego éste alimenta durante años a Lancelot y a Galahad; el túmulo del rey que pena durante centenares de años, y que lo vincula al viejo mito de los «Durmientes», como Osiris, el del corazón detenido, en Egipto; el cisne blanco que simboliza el amor, y que es rechazado, para seguir la perennidad del cuervo negro; el año de prisión que pasan Parsifal, Boores y Galahad, alimentados por el Grial, y el año en que Galahad gobierna Sarras, por compasión; la visión del hombre rodeado de estrellas y junto a siete reyes y dos caballeros; la Nave construida por Salomón con el Árbol de la Vida, y con signos caldeos, trazados por ángeles que al descender se convirtieron en ellos, otorgándoles su potencia mágica; y la cama asombrosa, con los tres maderos: verde esmeralda, blanco y rojo, las tres fases del Árbol de la Vida que trajo Eva del Paraíso, etc, etc.

Esta última, la Nave de Salomón es realmente llamativa en sus significados. Recordemos lo que está escrito en ella:

> *OYE TU, HOMBRE, QUE QUIERES ENTRAR DENTRO DE MI, QUIENQUIERA QUE SEAS, MIRA BIEN SI ESTÁS LLENO DE FE, PUES YO NO SOY MAS QUE FE Y POR ESO MIRA BIEN ANTES DE ENTRAR QUE NO TENGAS MANCHAS, PUES YO SÓLO SOY FE Y CREENCIA Y TAN PRONTO COMO FALTES EN LA CREENCIA, YO TE FALTARÉ, DE TAL FORMA QUE NO TENDRÁS NI SUJECIÓN NI AYUDA MÍA, SINO QUE TE FALTARÉ DEL TODO EN CUALQUIER LUGAR QUE SEAS ASALTADO POR LA FALTA DE FE Y YA NO VOLVERÁS A TENERLA.*

En ella deben bogar por mares tempestuosos que amenazan tragarlos en cada momento –el mar como serpiente de infinidad de bocas abiertas, del *Ramayana*, símbolo de la materia primordial– y todo en ellos debe ser un acto de Fe, sin una duda ya en sus corazones, pues a partir de cierto momento, máxime cuando se adentran en lo absolutamente desconocido sólo lo que es puro y sin mancha puede recorrer este Camino, la senda que lleva al Grial.

Si, inicialmente, el Grial, como Esmeralda, era *lapis exilis*, la «piedra del destierro», pues fue arrancada de Venus para ser insertada en la Tierra, sólo los valores que su virtud irradia permiten el retorno al Círculo de los Caballeros Celestes.

LA DAMA DE SHALOTT, DAMA DE LA CORTE DEL REY ARTURO

Quien conozca el poema de Tennyson pensará, y con razón, que ella nunca fue una dama en Camelot. Y en cierto modo así es, en el Camelot de piedra y en su corte de caballeros que pueden ser heridos en las batallas y justas. Pero según las enseñanzas de la Filosofía Natural, quien muere persiguiendo un Sueño o Ideal (que son dos formas de lo mismo), atraviesa las puertas hacia lo invisible bogando en una «barca mental», impulsada por los vientos de ese hálito divino y se funde con ese Ideal, penetra en él, forma parte de él y con el llamea en su mismo Fuego. De este modo, y si esto es así, la Dama de Shalott, dormida en su sueño de muerte cuando llega a Camelot, la de altas torres, y se encuentra con Lancelot, de alguna manera con él se desposa y se convierte en dama, ahora del Camelot celeste, del Castillo de Ideales del cual el otro, el que nos parecería real, es la simple imagen y sombra.

Y en el mito y en la literatura es así, pues con Ginebra, y Morgana, la Dama de Shalott es hoy la más conocida del ciclo artúrico, y la belleza del poema inglés como el rayo de plata de una estrella, ha penetrado en el alma de nuestra civilización y en él ya vive, ojalá que por siglos y milenios. No poca importancia en ello han tenido los benditos cuadros de Waterhouse, «La Dama de Shalott» mirando a Lancelot, enredada en la misma trama que estaba tejiendo, o el de ella en la barca que conduce a Camelot, o incluso aquel en que la dama con vestes de rojo fuego y cinturón de oro, dice que «está harta de sombras» y quiere vivir de verdad, pues quiere amar. Ciertamente la Hermandad Prerrafaelita, en su búsqueda de un Grial de perfecta belleza en las tradiciones artúricas, sintió una gran conmoción con este personaje.

En otros capítulos hemos hablado de varias de las damas de la corte del Rey Justo: de Ginebra en el de Lancelot, de Morgana en el de Merlín, etc.

El antecedente verdaderamente antiguo, o clásico, de esta Dama es la Elaine de Astolat o de Ascolat, que muere de amor por Lancelot. Es un personaje femenino que aparece por vez primera en la *Materia de Bretaña*, en el ciclo de la *Vulgata*, a principios del siglo XIII en la obra llamada *Mort Artu*.

En la versión de Thomas Mallory, del siglo XV, Lancelot

combate con los colores de esta dama, pero con escudo y armaduras diferentes de las propias para no ser reconocido. Accede a hacerlo cuando Elaine, la hija del Señor de Astolat, perdidamente enamorada de él, se lo pide en este torneo organizado por el mismo rey Arturo y en el que estará presente la misma reina Ginebra. Lancelot rompe, venciendo, cuarenta lanzas, pero es herido por Boores, uno de los Caballeros del Grial. Elaine lo cuida en sus propios aposentos hasta que Lancelot recupera la salud. Antes de irse, Elaine le expresa su amor, pero él, que se debe a Ginebra, regresa a Camelot. La doncella muere de tristeza, pero antes dispone que una barca lleve su cuerpo, ya inerte, con un lirio en la mano hasta el castillo de Arturo. Lleva también en la mano una carta que explica el infortunio. Lancelot, compadecido, hace que celebren un solemne funeral.

Curiosamente, Tennyson además de los dos poemas a la Dama de Shalott también retrata esta historia en el capítulo «Lancelot and Elaine» de los *Idilios del Rey*, escrito más de veinte años después.

Ésta es la conocida versión de Tennyson, que en su lengua original es de una musicalidad realmente prodigiosa:

LA DAMA DE SHALOTT

Parte I

A ambos lados del río se extienden
Largos campos de cebada y centeno
Que visten al mundo y encuentran el cielo,
Y a través de estos campos el camino corre
Hacia Camelot, la de muchas torres;
Y la gente sube y baja por sus riberas,
Mirando los lirios que florecen
En torno a la isla río abajo,
La isla de Shalott.

Los sauces palidecen, los álamos tiemblan
Las brisas hacen trémulas y oscuras
Las ondas del río que siempre corre
Abrazando la isla
Y fluyendo hacia Camelot.
Cuatro grises murallas, y cuatro grises torres,
Vigilan el espacio de flores,
Y el silencio de la isla hace prisionera
A la Dama de Shalott.

En las orillas, veladas por los sauces
Se deslizan pesadas barcazas que remontan
Lentos caballos; y furtivas
Las chalupas se deslizan con navegar sedoso
Surcando rápidas las aguas hacia Camelot
Pero ¿quién la ha visto saludando con la mano

O en su balcón, la ha visto en pie?
¿O alguien conoce, en todo el reino
A la Dama de Shalott?

Sólo los segadores, cosechando muy temprano
Entre las espigadas mieses
Oyen una canción que resuena alegremente
Desde el río en espiraladas ondas, claramente
Hacia Camelot, la de muchas torres.
Y bajo la luna, el segador cansado
Apilando las gavillas en montones aireados,
Oyéndola, susurran, es
La Dama encantada de Shalott.

Parte II

Allí teje la dama día y noche
Una tela mágica con alegres colores
Ha oído un rumor que dice
Que una maldición caerá sobre ella
Si mira fijamente hacia Camelot.
No sabe cuál puede ser esta maldición,
Y así ella teje sin cesar,
Y ningún otro cuidado la dama tiene,
La Dama de Shalott.

Y moviéndose a través de un espejo claro
Que ante ella pende todo el año
Las sombras del mundo aparecen,
En él mira el camino cercano
Serpenteando hacia Camelot.
En él gira en sus remolinos el río
Y en él los toscos aldeanos
Y las rojas capas de las niñas del mercado
Van dejando atrás Shalott.

A veces un tropel de alegres damiselas
O un abad, lento en su jamelgo,
A veces un joven pastor de rizados cabellos
O un paje con pelo largo y vestes granas
Pasa rumbo a Camelot, de muchas torres;
Y a veces, a través del espejo azul
Los caballeros se acercan al trote, de dos en dos.
No hay para ella un fiel y leal caballero,
La Dama de Shalott.

Pero en su trama halla deleite,
En tejer las mágicas visiones de este espejo,
Pues a menudo y en noches silenciosas
Un funeral, con sus antorchas y penachos
Y su música, se dirige a Camelot:
Cuando la luna brilla en lo más alto,
Se acercan dos jóvenes amantes recién casados;

«Estoy ya harta de sombras», dice
La Dama de Shalott.

PARTE III

A tiro de flecha de sus troneras
Cabalgaba entre los campos de cebada,
El sol centelleaba entre las hojas
Ardiendo en las grebas de bronce
Del valiente Lancelot.
En su escudo, un caballero con la cruz roja,
Ante su dama siempre arrodillado,
Que brillaba en campo amarillo
Ante la distante Shalott.

La brida enjoyada resplandecía, suelta
Como uno de los ramos de estrellas, que vemos
Colgando en la dorada Vía Láctea
Las campanillas de la brida cantaban con alegría
Al cabalgar hacia Camelot.
Y de su tahalí blasonado colgaba
Poderosa corneta de plata,
Ante la distante Shalott.

En el azul de un día sin nubes
Fulguraban las joyas de su silla,
Su yelmo y penacho flameaban juntos
Como una llama ardiente,
Mientras cabalgaba hacia Camelot.
Como a menudo en la noche purpúrea
Bajo los brillantes cúmulos de estrellas,
La estela de un cometa, con su rastro de luz,
Pasa sobre la silenciosa Shalott.

Su frente clara y ancha resplandece a la luz;
Su corcel huella el camino con sus cascos de hierro
Bajo el yelmo sus negros rizos al viento
Flotan mientras cabalga hacia Camelot.

Desde la orilla y desde el río
Él centellea en el espejo de cristal,
«Tirra lirra», por el río
Canta Sir Lancelot.

Dejó la trama, ella, dejó el telar
Dio tres pasos en su cuarto
Y vio cómo florecían los nenúfares,
Vio el yelmo y su penacho,
Ella miró hacia Camelot
Fuera voló la tela, y ondeó abierta;
El espejo se quebró de lado a lado
«La maldición ha caído sobre mí», gritó
La Dama de Shalott.

PARTE IV

Ante el empuje del tormentoso viento del Este
Los bosques ya de un pálido amarillento, dejaban caer sus hojas
La ancha corriente quejándose en sus orillas
Y un cielo pesado y bajo derramando su aguacero
Sobre Camelot de altas torres.
Ella descendió y encontró una barca
Que bajo un sauce flotaba, abandonada
Y en torno a la proa, escribió
La Dama de Shalott.

Y abajo, en la oscura extensión del río,
Como un audaz vidente en un trance,
Mirando todo el alcance de su propio infortunio
Con vidrioso semblante
Dirigió su mirada a Camelot.
Y al finalizar el día,
Soltó amarras y se tumbó en la barca,
La ancha corriente lejos la arrastró,
A la Dama de Shalott.

Tendida, vestida en blanca nieve
Que libremente cae a un lado y a otro
El viento posa las hojas levemente en ella
A través de los murmullos de la noche
Y así, se desliza flotando hacia Camelot
Y mientras la proa hiere en su curso
Los campos y colinas sombreados de sauces
La oyeron cantar su última canción,
A la Dama de Shalott.

Oyeron una canción, triste y santa,
Cantada en voz alta, cantada en voz baja
En cuanto su sangre se iba helando lentamente
Y sobre sus ojos se abatían las tinieblas por completo,
Fijos en Camelot de muchas torres.
Y antes que llegara sobre la marea
A la primera casa junto a la orilla, murió
La Dama de Shalott.

Bajo las torres y balcones,
Junto a las tapias de jardines y galerías
Una forma luminosa fue boyando
Con la palidez de la muerte, entre las casas distinguidas,
Silenciosa, hacia Camelot.
Y al embarcadero fueron llegando
Caballeros y burgueses, lores y damas,
Y en torno a la proa leyeron su nombre,
La Dama de Shalott.

¿Quién es ella? ¿Qué hace aquí?
Y cerca del palacio brillante

Murieron los sones del jolgorio regio
Y se santiguaron apartando el miedo,
Todos los caballeros en Camelot:
Pero Lancelot, después de meditar un poco,
Dijo, ¡qué rostro tan hermoso!
Dios piadoso le otorgue su gracia,
A la Dama de Shalott

Todo el poema centellea en metáforas e imágenes sugerentes, de un sutil simbolismo poético.

Desde el castillo de la Dama de Shalott, de muros grises y cuadrado flanqueado por torres cuadradas, con jardines de nenúfares y rodeado por agua, una isla. Esto delimita un espacio «fuera del mundo», sagrado, como una barca en otra dimensión. Muchos santuarios en la antigüedad fueron construidos así en islas, siendo a veces los ríos que la cercaban subterráneos, como en la misma catedral de Winchester. Ella, la Dama de Shalott, como el alma, vivía prisionera en su cárcel de soledad y silencio, y sólo a veces, se la oía cantar. Ella es «la desconocida», como la dama que San Jorge debe salvar del dragón que la acecha, y es su voz la única que traspasa estas murallas y este río.

Como en una cámara oscura, todo lo ve a través de un espejo, los campos sembrados, el río, el camino, las peregrinaciones, los paseos de damas y caballeros; mientras teje una tela con las imágenes que sueña desde lo que en el espejo ve. Es la imaginación del alma humana, como la tela que Penélope teje y desteje esperando el retorno de Ulises. La Dama de Shalott es víctima de una maldición que dice que cuando mire hacia afuera, y más, en dirección a Camelot, perecerá.

Aquí podemos leer esta alegoría en dos sentidos opuestos, quizás.

1. La Dama es el Alma prisionera en su soledad, rodeada de muros, inaccesible, que con el espejo de su imaginación crea y recrea lo que intuye de lo real, pero que un día va a querer llegar a ese mundo ideal, aunque sea a través de su muerte aparente, su metamorfosis que le va a permitir retornar a su Castillo de Ideales, a su Camelot celeste, desde donde se olvidó y apareció en su silencioso retiro.

2. Es también el Alma, condenada a salir de su aislamiento cuando el amor llame a sus puertas, y la llame a la vida de los sentidos, por necesidad kármica, con lo que morirá, pues ya no será consciente de ella misma. Es la «entrada en el mundo», la edad en que se despierta a la limitación de uno mismo y el impulso a ir más allá, la

búsqueda del otro, el sexo y la muerte. Esta edad era llamada en Egipto, Edad de Hathor, la diosa del amor y la belleza, los 16 años, la edad que activa lo que la Filosofía de las Causas llama «corazón energético del cuerpo astral», y el Alma se ve inundada por sus corrientes, para bien y para mal, y comienza toda la actividad glandular que activa en la tierra el mundo psíquico.

Ambas versiones son muy semejantes y en cierto modo dicen lo mismo, a uno y otro lado del espejo.

De hecho, cuando la Dama de Shalott dice «estoy harta ya de sombras» (*I am half sick of shadows*) es al ver a dos recién casados amándose, bajo la luz de la Luna. Ella también quiere vivir. Ella también quiere amar.

Recordemos, en una clave ese amor es el que le lleva a la corriente de la vida de los sentidos, arrastrada por sus aguas y también cienos. Pero en otra clave es la que le lleva a despertar de este mundo de los sentidos y a través de la imaginación que su espejo mágico le otorga, ver, oír y sentir lo real. Aquí la luz de la luna y los enamorados es una llamada a lo Real, o sea, a lo que ni nace ni muere. La Luna es la intuición (*buddhi*) y los enamorados el Amor (Venus-*Manas*), es la Mente superior, que irrumpe en la cárcel de lo cotidiano y mecánico y banal de nuestra vida ordinaria.

Hay un cuadro realizado, en este mismo año en que escribo, por la gran poetisa, pintora y mística Akiane que expresa muy bien esta idea. Se llama «Fluorescence», la de las almas enamoradas bajo el Árbol de la Vida. La fosforescencia de la pareja que se besa en el cuadro hace que, en la oscuridad, lo único que se vea sea el rastro luminoso del Amor. Pero ya con luz, sin desaparecer éste, todo lo abarca el misterioso, pleno, omniabarcante Árbol de la Vida, que es también el del Destino que teje las uniones y separaciones, en ese camino infinito de las Almas, sabiendo que sólo puede acercarse y separarse lo que está vinculado, o sea, lo que en definitiva es uno. Junto al Árbol se leen los versos:

> One kiss,/ one tree,/ and one light/ make two hearts/ glow up at night.
>
> «Un beso, un árbol y una luz, hace que dos corazones brillen en la noche».

Pero quien realmente hiere a la Dama de Shalott con los dardos de Eros es «El Caballero del Amor», Lancelot, con el brillo del sol en su armadura y su brida enjoyada, como uno de los brazos de la Vía Láctea en la noche, según dice el poema. Es llamativo su escudo, el de un caballero con una cruz roja (tipo templario, y el mismo símbolo con que se va a representar a Galahad) arrodillado ante una dama.

También evoca así la imagen del Caballero de la Cruz Roja y la Reina de las Hadas, en el poema de Edmund Spenser escrito en 1590.

Lancelot es descrito como un cometa en los cielos, porque va a quebrar el orden en los cielos, la quietud, la inercia; es el rayo del amor o del deseo-fatalidad que hace que se quiebre el espejo, se pronuncie la maldición, y que el tejido que pacientemente elaboraba la Dama de Shalott se pierda y vuele. En este momento es cuando ella mira hacia el Castillo de Arturo y queda completamente encantada por la necesidad de dirigirse a él. Bajo el sauce –el árbol que llora a Cristo, por haberle fustigado con sus ramas– encuentra la barca, a la que da su nombre y en ella se tiende para la muerte transfiguración, y es arrastrada por la corriente, hasta que despierte, su cuerpo abandonado, en un Camelot Celeste, antes soñado y ahora en él renacido.

Cuando entra en la barca el cielo está encapotado, es un cielo de plomo y luego llueve. Todas las imágenes son de gran tristeza, es la «muerte del Alma» para renacer tras las pruebas en la Primavera, son los tres días que suceden al solsticio de invierno y tras de los cuales nace el Salvador. Conmueve el alma, el verso en que dice, sobre su última oración, que es «cantada en voz alta, cantada en voz baja», pues como en el mítico canto del cisne, su voz no se deja de oír y muere cantando. Como una llama se va apagando su voz y su sangre se va helando, y en este «capullo de resurrección», llega a Camelot, con su belleza intacta, su alma pura, como el lirio que le simboliza. Lancelot la ve e invoca para ella la gracia de Dios, el Dios del Amor y la Piedad, el mismo que ha tejido su destino y… le ha llamado de nuevo a Camelot.

Jose Carlos Fernández

Terminado en Madrid, el 5 de junio del 2021

[1] Sigo en la descripción de este personaje muy de cerca el trabajo excelente de Juan Carlos del Río, *La Saga del Rey Arturo*.
[2] Que será Galahad, quien culmina la Demanda del Grial y se funde con su luz, en éxtasis. Curiosamente, por la ley de regresión, cuando los Caballeros comienzan esta búsqueda del Cáliz Místico y se esfuerzan por alcanzar una nueva dimensión de lo Sagrado (a lo que sólo accederán tres) es cuando se resquebraja la concordia entre los Caballeros y se declara una guerra intestina.
[3] No es ni mucho menos que esta relación sea definitiva, pero en la descripción que hace John Steinbeck en la descripción de las mismas, sí que lo parece.
[4] Cuadro realizado por el usuario de Wikipedia, STyx. Dominio público.

[5] Del libro *Magia, Religión y Ciencia para el Tercer Milenio.* Volumen II, pág. 40. Editorial Nueva Acrópolis.

[6] Artículo «Qué es Mística» 1987.
[7] Adriana Zierer, en su artículo «Galaaz e Lancelot n'*a demanda do Santo Graal*: modelos ideais de cavaleiro em confronto» explica muy bien este cambio operado. Desde el caballero empujado por la nobleza de alma, y por los valores de esta, y cuyo símbolo es Lancelot; y del caballero cristiano que sirve fielmente a los ideales de la Iglesia. En vez de estar su alma raptada por el Amor, Galahad ora y ayuna para conseguir acercarse al Grial. Vemos también esta oposición en que Galahad es «de la sangre de Cristo», mientras que Lancelot fue educado por la Dama del Lago y habría vivido y sido educado en un palacio encantado en el fondo de este mismo lago. Esto es completamente pagano, una resurrección de los viejos misterios religiosos y de la alegría de vivir, de la magia. Esa vieja mística que dice que la mejor oración a Dios es un corazón contento. Cómo puede haber si no, comunión con el Alma de la Naturaleza. Es el retorno del Dios Pan.
Curiosamente, y en ese sentido, Lancelot es muy semejante al perfecto caballero en el *Mahabharata*, Bhisma, que al igual que Lancelot rechazó la corona, para **servir**, según el significado del mismo nombre de Lancelot, de «ancilla», en latín «servidor». Bhisma es hijo de la Diosa del Río Ganges, y educado por ella «debajo de las aguas», y es, como Lancelot, invencible.
[8] Me ha parecido tan excelente que no he podido evitar dejar así la cita, tan extensa.
[9] Ver conferencia del director de orquesta Pedro Halffter, «Tristán e Isolda: El acorde enigmático».
[10] Según se explica en el artículo «Esmaltes y colores», de la web Redheraldica. aquí: https://redheraldica.com/articulos/esmaltes-y-colores
[11] Idem: https://redheraldica.com/articulos/esmaltes-y-colores
[12] Artículo «Sentido del mito en Platón». Autor, Francisco Duque Videla. Web biblioteca.acropolis.org https://biblioteca.acropolis.org/sentido-del-mito-platon/
[13] Su conocimiento de las virtudes de las plantas hace de él, también, un Caballero-Médico.
[14] Tal y como aparece, por ejemplo, en el poema anónimo del siglo XV *El matrimonio entre Gawain y la Dama Ragnell*, que algunos atribuyen al mismo Sir Thomas Malory, Heinrich Zimmer en su *El Rey y el*
Cadáver hace una bella exposición del mismo, después comentado profusamente por la filósofa Lucia Helena en sus ciclos de conferencias sobre este tema.
[15] Rojo, la sangre de la herida en el cuello, y también su escudo. Verde, el caballero, la capilla y el cinto que le entrega la dama.
[16] Hallada en 1939 en la cueva alemana de Hohlenstein-Stadel, rota en pedazos.
[17] La palabra en francés es «perron» y es traducida por «escalón», palabra medieval que significa «Piedra llana o tabla que forma un desnivel y ocupa la parte inferior de un portal» (DICCA XV, Diccionario de Castellano medieval del siglo XV de la Corona de Aragón). Puede significar también «escalinata» y en francés «porche».

[18] Película de John Boorman, 1981.
[19] Ver el buen trabajo de Azzurra Rinaldi, «A Sobrevida de Merlím:Da Idade Média à Contemporaneidade».
[20] En la versión de John Steinbeck «Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros».
[21] En la escena III del Acto II de Enrique V, cuando la hostelera dice que

Falstaff ha muerto: «**Bardolff**: ¡Ojalá estuviera yo con él, dondequiera que esté; sea en el cielo o en el infierno! **Hostelera**: No; de seguro que no está en el infierno; está en el seno de Arturo, si algún hombre ha ido alguna vez al seno de Arturo.»

[22] Identidad de nombre: Kyot y Quijote. Identidad de circunstancia: encontró la historia de Parsifal /Quijote escrita en arábigo en un manuscrito. Identidad de lugar: en Toledo. Identidad de materia: en un cartapacio y papeles viejos y sin importancia/ Un legajo sin importancia/ Identidad temática: es la Historia de un Loco Caballero Andante, recordemos que también a Parsifal le llamaban «el Loco Caballero».

[23] Según Martin Riquer en su artículo «Parsifal y las gotas de sangre» aparece primero en la obra de Chrétien de Troyes, en el relato galés, dentro de los Mabinogion, llamado Peredur ab Evrawc y luego en el Parzival de Wolfram von Eschenbach y en el Tristán francés.

[24] Recordemos la pasión de Beethoven por los Upanishads, cincuenta años antes.

[25] Él mismo declara que «es una pieza de un vigor extraordinario, sin paralelos en la literatura antigua».

[26] «Textos gnósticos». Biblioteca de Nag Hammadi I: Tratados filosóficos y cosmológicos. Edición de Antonio Piñero, pág. 451 y ss.

[27] Y en cierto modo, la misma oposición que se hace entre la Caballería Celeste y la Terrestre en la versión cristianizada del Ideal Caballeresco.